

REVISTA VIRTUAL QUIMERA



NUMERO 3 VOL. 1 | FEBRERO DE 2021

**BRUJA POR DERECHO
DE MUJER**
Pág. 94

**VIAJE AL INTERIOR
DEL MITO**
Pág. 130

EL SEPTENTRIÓN
Pág. 5

**DEL EMPERADOR FILÓSOFO Y LA
LEGITIMIDAD DE LA SANGRE**
Pág. 124



Todos los textos en este número son propiedad de sus respectivos autores. Queda prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos de esta publicación sin el consentimiento expreso de los mismos. Revista Virtual Quimera no se responsabiliza de las opiniones o comentarios de los autores en sus obras.

Índice

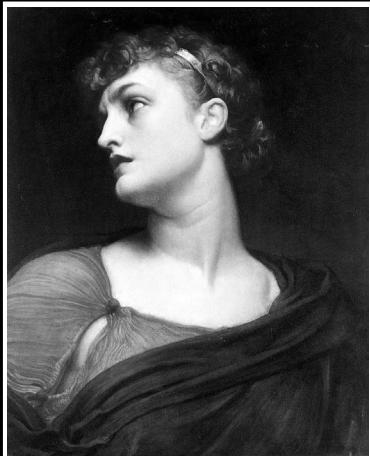


Imagen de portada:
Antígona
por Frederic Leighton

Directora de edición:
Ivannia Victoria Marín
Fallas

Diagramación, edición y
diseño de portada:
Vincent Rodríguez Trejos

Edición:
Tamara Viquez Madrigal

Redactor:
Félix Alejandro Cristiá

**¿Deseas colaborar en
nuestro siguiente tomo?**

Consulta nuestras bases de
publicación en:

[revistavirtualquimera.com/
normas-para-publicar/](http://revistavirtualquimera.com/normas-para-publicar/)

Revista Virtual Quimera se
publica semestralmente, en los
meses de febrero y agosto.

1 RELATO

2 La mujer que cantaba, Daniel Frini

5 El Septentrión, Jia Kim

7 La leyenda de El Dorado, Ramon González

Reverter

11 La princesa cautiva, Ramon González Reverter

16 Gisela y la loba, Andrea Pereira

19 Élafos, Penélope Gamboa Barahona

22 La leyenda del Machuca, Calú Cruz

26 El error no fue mío, José A. García

28 La última vela, Tiziana Palandrani

30 El llanto de la madre, Ramón Patricio García

Gebauer

32 Impresión de las distancias, José Arturo Monroy

36 Cuatro relatos cortos, Jaime Alberto Cabrera

38 El arúspice y la soñadora, Maximiliano Sacristán

41 La novena ola, Marta Mariño Mexuto

45 Despertar, Santiago Garcés Moncada

51 El ciervo, Sofía Ailin Parrella

53 Trilogía del antihéroe, Claudio Mamud

55 Isolda y el cóndor, Osvaldo Aníbal Martínez

57 Perséfone, María Cecilia Carvajal Velasco

61 POESÍA

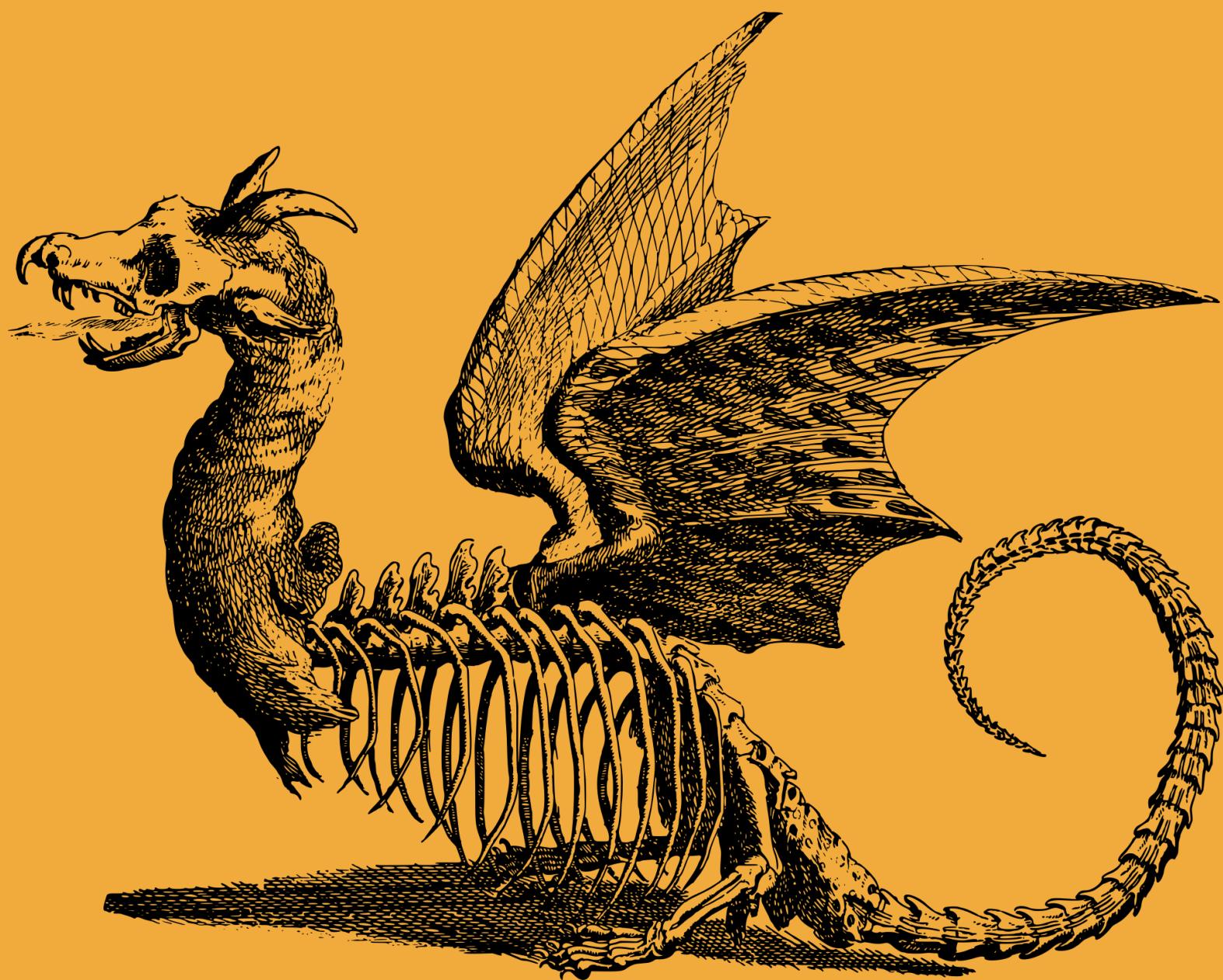
62 Mucho más en contra, Rolando Reyes López

64 La reina indómita de Aquitania, Ana María de Obesso Grijalvo

Índice

- 66 *Para que no muera el sol*, María Graciela Kebani**
- 69 *La leyenda del caballo Árabe*, Ricardo Arasil**
- 73 *Canto a las profundidades*, Ivón José Blanco Pérez**
- 76 *Dos poemas*, Isbel González González**
- 78 *Dos poemas*, Marianella Sáenz Mora**
- 81 *Gladiador Borghese*, Beatriz Saavedra Gastélum**
- 83 *Mirando el abismo*, Dayliana Carranza Méndez**
- 85 *Hare hare*, Marta Prieto Tato**
- 87 *Los ojos de Sísifo*, Raúl Guerrero Payo**
- 89 *Bruja por derecho de mujer y otros poemas*, Marta Rojas Porras**
- 96 *Norte sobre el vacío*, Byron Ramírez**
- 98 *El mito de Agustina*, Sebastián Hamlin**
- 101 *Dos poemas del libro “Las lunas del mal”*, Lucía Alfaro Araya**
- 104 *¿Usted me quiere, mína?*, María Pérez-Yglesias**
- 109 *Trova bri bri hacia Sulákaska*, Josué Rodríguez Calderón**
- 111 ENSAYO**
- 112 *Una breve divagación sobre el libro*, David Ruiz**
- 116 *El culto mitraico: Implantación en Roma e Hispania y su influencia en el cristianismo*, Marco Almansa Fernández**
- 121 *Del emperador filósofo y la legitimidad de la sangre*, Felix Alejandro Cristiá**
- 126 RESEÑA**
- 127 *Viaje al interior del mito (reseña)*, Leopoldo Orozco**

REIA GO



La mujer que cantaba

Daniel Frini

O currió cuando el Mandato Celeste bendecía a Shun Zhi, el segundo emperador Quing.

Más allá de la Gran Muralla, y antes de llegar a las tierras manchúes de los ancestros del Hijo del Cielo, en la provincia de Kansu y en el desierto de Badnjinlin vivía Xiao Chen Sying, la Estrella del Amanecer.

Por esos años, Sying era apenas una jovencita que habitaba junto a sus padres —miserables agricultores— una franja angosta de tierra, en la orilla meridional de uno de los Lagos Misteriosos. Apenas lograban subsistir, a base del poco maíz o trigo que podían arrancarle al suelo, y de la crianza de cinco o seis cabras. Vivían en una yurta que tenía más de choza o de cueva que de casa; a incontables días de viaje de cualquiera de los Cuatro Caminos del Emperador.

La familia era inculta y temían a los espíritus de la arena; que, según decían los shunshis, no soportaban la alegría del canto de las mujeres. Entonces, Xiao Chen cantaba. Y su voz era un milagro.

Sus canciones volaban entre las dunas altísimas; y el eco rebotaba en la arena quieta y congelada del invierno, en las paredes de piedra de las altas montañas o en la superficie queda de los lagos. El desierto devolvía las mismas y hermosísimas canciones de Xiao Chen, días o semanas

después de que ella las cantase.

Eran los primeros días del Descenso de la Escarcha del año del Gato; y un guwai, mercader venido desde Ashkhabad en viaje a Loyang en busca de seda, perdió el camino luego de atravesar las montañas Tian. Mientras afrontaba un sinfín de penurias —el acoso de ladrones nómadas que diezmaron su caravana en gentes y bienes, el desconocimiento de los dialectos de los pueblos que encontraron, la falta de mapas y las puñaladas del hambre y el frío—, llegó a los bordes del desierto y acampó a orillas de una laguna. Una noche fría y de viento escaso, un vigía lo llamó para que escuchase, muy clara, una voz que cantaba. El guwai conocía, de los labios de un viejo contador de historias, que una duna dorada en el desierto del Tenggeli sonaba como campana cuando soplaban el viento frío del norte, pero esto era diferente: era una hermosa, dulce y embriagante canción de cuna, más bella y limpida que cualquier otra que hubiesen escuchado nunca los hombres de su caravana. En un momento, la voz parecía venir de muy cerca, al oriente y todos buscaban a alguien que se acercase, cantando, desde allí. Un segundo después, la canción sonaba lejos hacia occidente y la voz se callaba de a ratos; para renacer, otra vez, llegando desde la mismísima laguna. Sin embargo, nadie le temía, puesto que algo tan

maravilloso sólo podía ser regalo de dioses y no engaño de los demonios.

La voz los visitó varias veces, de día o de noche. Les traía historias en palabras que desconocían, pero que los hacía llorar recordando las familias queridas y los sabores lejanos; o reír, pintándoles aromas de primavera y de aventuras de niños. Algunas veces, las canciones eran alegres e invitaban al baile. Otras eran suaves, casi tristes y llevaban añoranzas que dolían. Unos días después, el guwai siguió viaje.

Mediando el Despertar de los Insectos del siguiente año del Dragón, la caravana entró en la provincia de Shanxi, gobernada, entonces, por Zheng Shikai, Señor de la Guerra, antiguo súbdito de los depuestos Ming, y ahora, su más ferviente exterminador. El guwai fue detenido, acusado de espionaje. Lo que quedaba de sus mercancías y animales fueron decomisados. Los hombres comenzaron a ser torturados en busca de informes sobre el enemigo. Uno de ellos, con la esperanza de salvar su vida, contó a los hombres de Zheng que en el viaje que acababan de hacer, en un desierto que estaba hacia occidente y hacia el norte, habían escuchado cantar a una joven; y su voz era capaz de acallar el piar de los pájaros o aquietar los vapores del dragón; y que al oír sus canciones de cuna los ejércitos se dormían. El Señor de la Guerra vislumbró un arma letal y un adecuado presente para el Emperador. Todos los hombres de la caravana, incluso el guwai, fueron interrogados en busca de más precisiones; y luego asesinados.

Zheng envió al general Shen Li y a sus quinientos mejores hombres en busca de la mujer que cantaba.

Así nació el Ejército de los Quinientos, y la Expedición.

Siguieron los años de la Serpiente, el Caballo y la Oveja; y los soldados iban de un desierto a otro, desgastándose y sin noticias en su búsqueda. Fueron al Taklimakan y al Kumtag, recorrieron el Lop Nor, atravesaron el Badnjinlin dos o tres veces e, incluso, llegaron hasta Zungaria. Decidieron volver hacia el sur, hacia el Mu Us y pasaron, una vez más, por el desierto en el que había vivido Xiao Chen. Eran los días de la Germinación del Cereal del año del Mono y acamparon en una laguna similar a la que describieron los hombres del mercader. Y esa noche, la oyeron.

Los Quinientos lloraron con una canción que les hablaba de su madre ancianayrieron con otra que les contaba las aventuras de un camello loco. El único que permaneció inmutable, fue Shen Li. La voz venía desde no muy lejos al norte, cruzando la laguna. Ordenó a sus hombres que levantasen el campamento de inmediato, y encontrasen a la mujer. El ruido de los Quinientos marchando, calló la voz.

Después de un día de camino, El general ordenó un nuevo alto y el más absoluto silencio. Ahora la canción sonaba, lejana, hacia occidente. Otra vez la marcha, sin descanso y un nuevo alto que duró varios días hasta que escucharon otra canción, pero ahora desde el sur.

Así pasó ese año, y el del Gallo, el del Lobo y el del Jabalí. Algunos de los Quinientos fueron muriendo y Shen Li los reemplazó con levas que hizo entre las gentes que encontraron a su paso. Fue otra vez el año del Gato y el orgulloso ejército se transformó en una horda exasperada que arrasó aldeas en busca de información, primero, y por el simple saqueo, después. Cada cierto tiempo, escuchaban la voz que cantaba, cerca o lejos, a derecha o izquierda, tras las dunas o en el valle próximo. Shen Li y los suyos partían tras ella de inmediato, pero jamás la encontraron.

Hubo otro año del Gato y los Quinientos no eran más de cien, andrajosos, preocupados por llevar las riquezas de tantos años de rapiña, y no desertaban más que por el temor a la ira de su general, que era al único que le interesaba, aún, encontrar a la dueña de la hermosa voz.

Más o menos una vez cada luna, oían cantar a Xiao Chen

Eventualmente, pasaron a la vista de las tierras que ella había habitado. Eran, ahora, un páramo con rastros apenas visibles de algún viejo asentamiento. Nadie, siquiera, miró las ruinas.

La mujer que cantaba había sido dada en matrimonio a un hombre de la lejana Kashi en los tiempos del comienzo de la Expedición; y había muerto, hacía muchos años, al dar a luz a su primer hijo.

Cerca del amanecer de un día cercano al Solsticio de Invierno de un año del Tigre, Shen Li, casi ciego, oyó una canción que hablaba de gloriosos

ejércitos con armaduras brillantes y banderas de seda, del honor del combate y la lealtad del enemigo; del filo de la espada, la punta de la lanza y la belleza de la flecha en el aire. Entonces, lloró. Vistió lo que imaginó eran sus mejores ropas de guerra y caminó hacia el sol, hacia la voz de Xiao Chen.

El Badnjinlin se tragó a los Quinientos. Nunca más, alguien supo algo de ellos.

Muchísimo tiempo después habían pasado siete u ocho años de finalizada la Segunda Guerra del Opio, un rico gentleman inglés con aspiraciones de arqueólogo, se internó en el desierto acicateado por leyendas populares, en busca de antiquísimas ciudades en ruinas que, por supuesto, no encontró. Sin embargo, a orillas de una pequeña laguna salada sus porteadores desenterraron algunos huesos de camellos. A falta de nada mejor que hacer, el caballero ordenó un alto, acampó y se dedicó durante tres días a estudiar esos huesos. Para su sorpresa, encontró dos alforjas llenas de piezas de porcelana, algunas telas raídas, una estatuilla, no más alta que un pulgar, de un Buda de oro; y dos vasos de plata impura; junto a tres esqueletos humanos que parecían de soldados. Las pocas armas y unas monedas sueltas le permitieron aventurar que esos cadáveres tenían más de doscientos años.

La noche antes de partir, fría y de viento escaso, un porteador lo llamó para que escuchase, muy clara, una voz que cantaba. El inglés no le dio importancia.

El Septentrión

Jia Kim



Combat de Romains et de Gaulois, Évariste Vital Luminais

Mi madre me contó alguna vez que los jóvenes que mueren de mal de amores a una temprana edad se convierten en septentriones, espíritus del viento que recorren la tierra siempre hacia adelante, besando con sus alas de nieve las bellas flores primaverales y posando sus gélidos labios sobre las mejillas de aquellos que esperan en vano a sus seres queridos, quienes ya no volverán.

Mi madre murió en invierno. Para aquel entonces yo llevaba cuatro años fuera de mi Perusia natal, luchando contra los romanos en una consecutiva guerra samnita, yendo de un lado a otro, donde se me necesitara, siempre

preservando la paz en nombre de Laran. De todos los dioses era a él al que le rezaba más, no por amor a las contiendas sino, al contrario, porque él siempre luchaba por el amor de la alada Turan, la dama más hermosa de los cielos. Yo también tenía el corazón desbordado con la imagen de mi Arunthia. Mientras estaba de campaña podía prescindir de la comida si esta se agotaba o del descanso, pero no había ni un día en el que no pensara en ella. Era todo lo que necesitaba para seguir respirando y cuando nos vimos por última vez juré a su familia y a la mía, y a cada dios que estaba siendo testigo de aquella velada, que volvería sin demora y uniríamos nuestras vidas y destinos para siempre.

Tan solo le pedí que me aguardara.

Sin embargo, no pude cumplir nunca mi promesa, pues me hirieron gravemente en la orilla del lago Vadimón, en donde perecí al cabo de un tiempo. Un legionario me hirió en el abdomen y allí me quedé, maldiciendo a aquel romano, de cuyo rostro no me acordaré nunca. Puede que la herida no fuera tan grande como mi culpa. Estaba tumbado cerca del agua, carmín de tantos cuerpos que flotaban en ella, y no podía deshacerme del sentimiento de haberme convertido en un hombre que falta a su palabra. No podía entregar mi alma a Eita y bajar a su reino sombrío, no sin cumplir antes mi promesa.

Me acordé, en última instancia, del canto a Turan que entonaban mis hermanas. Le pedí, con los ojos ardiendo de dolor que me convirtiera en viento, y así algún día podría regresar a la tierra desde el norte y quedarme para siempre al lado de Arunthia. La benévola diosa me permitió morir de la forma que más ansiaba: por amor y no por la guerra. Se posó radiante ante mí, más clara que el sol, tapando el cielo con sus alas y extendiéndome su mano me dijo: levántate. Yo me alcé y me dijo vuela y yo volé. Ligero me vi de todas las cadenas del mundo. Al cielo me elevé en forma de humo y abracé la extensión del universo con mi nueva forma celeste.

Ahora sobrevuelo la tierra todos los días con mis hermanos septentriones, alentando los valles y las praderas con nuestra presencia, pero azotando el corazón de las personas que esperan noticias mejores. Al principio me

quedaba junto a ellos para consolarles, aunque con el tiempo vi que mi presencia fría solo les afligía más. Mi commiseración era inútil. Sé que la diosa me hizo inmortal como ella, atado por el resto de la eternidad a la ardua tarea de traer noticias sombrías, porque vio en mí la sinceridad de nuestro amor. He visto cada rincón del mundo y toda su fealdad. He presenciado pestes, hambre, odio, guerras que arrebataban sollozos hasta a los señores de los dos mundos. Y eso ha petrificado mi corazón, que no siente más ese dolor ajeno, pero no por ello dejaré de buscar a mi amada. Estoy seguro de que está allí, en algún lado, esperándome para regalarme una de sus sonrisas que me arrebatan el aliento, recogiendo flores silvestres que crecen en los campos y trenzándolas en su corona. Lo sé, sé que algún día la encontraré.

La leyenda de El Dorado

Ramon González Reverter

Cientos de miembros de una tribu del altiplano se reunieron a orillas del lago sagrado. Un murmullo recorrió la multitud mientras se realizaba la solemne ceremonia. El jefe fue despojado de sus vestiduras por varios ayudantes, embadurnado de arcilla y se le roció con polvo de oro hasta convertirlo en El Dorado. Luego fue conducido hasta una balsa, donde se le unieron otros caciques. Despues de ser cuidadosamente cargada con ofrendas de oro y esmeraldas, se empujó la balsa hacia el lago Guatavita. Los cantos y la música reverberaron desde las cumbres vecinas conforme el ritual llegaba a su apogeo. Entonces se hizo el silencio más absoluto. Los caciques arrojaron las ofrendas a la laguna y luego el jefe se sumergió, surgiendo entre las aguas con el cuerpo limpio de su capa áurea. La música se reanudó hasta llegar a un nuevo crescendo en aquel remoto lago, oculto entre los valles cercanos. Ya fuese un hecho real o un simple mito, esa historia caló hondo entre los ávidos conquistadores. El Dorado entró en los anales del Nuevo Mundo y con el tiempo pasó de ser la leyenda de un rito tradicional al objetivo de los buscadores de tesoros.

Verano del 1534.

Una fila de soldados españoles encabezados por el capitán Diego Quesada se aventuró en el infinito verdor de la selva tropical del este, más allá de la cordillera andina. Cuanto más se adentraban, más

densa se volvía la jungla en un entramado natural de troncos, lianas y enredaderas que crecían hasta ocultar el sol. A duras penas conseguían abrirse paso entre el follaje, por lo que aprovechaban las trochas seguidas desde antiguo por los animales para ir desde sus guaridas hasta los arroyos cercanos. Los recios soldados, embutidos en sus armaduras de metal, avanzaban en silencio, sufriendo con estoicismo el intenso calor y las picaduras de mosquitos. De vez en cuando el oficial hacía un alto para permitir un descanso a la maltrecha tropa y reponer fuerzas bebiendo y comiendo un poco de carne seca. Su determinación era inflexible. El propio Francisco Pizarro le había ordenado encarecidamente que localizara El Dorado aunque tuviera que recurrir a la violencia para conseguirlo.

La expedición, tras partir de las montañas peruanas, hacía más de un mes que padecía el infierno de la selva. Hasta que un día llegaron a un valle más abierto con flores exóticas y el sol luciendo sobre la foresta. Allí se encontraron con los muiscas, una primitiva tribu de indígenas armados con arcos y cerbatanas que arrojaban dardos venenosos. En un principio los nativos se acercaron con temor y respeto, pero el capitán Quesada supo ganarse su confianza entregándoles cuentas de vidrio y otras fruslerías. El trato cordial hizo surgir a las mujeres y niños de la aldea que permanecían

ocultos. Los recién llegados fueron acogidos como amigos. El oficial quería confraternizar con los indios para arrancarles el secreto que escondían sus tierras. La armonía duró apenas una semana, pero durante ese período ambos pueblos convivieron en paz. Pasaban las horas aprendiendo unos de otros, ayudándose mutuamente y regodeándose con los presentes intercambiados. Si bien los nativos les ofrecían cuencos de arroz con trozos de cerdo, a cambio ellos les cedían espejos que hacían las delicias de grandes y pequeños, pero sobre todo de las mujeres del poblado. Siguieron aguardando y los aborígenes pronto empezaron a fiarse de los españoles y a mostrarles pequeños objetos de oro, que con cautela y esmero habían ocultado al principio. Aparecieron brazaletes, collares, figuras de culto y saquitos de cuero que algunos llevaban alrededor del cuello. Quesada intuía que pronto aquella jovial tribu compartiría con ellos la ubicación de la fuente de sus riquezas, sin verse obligado a ordenar un cruel derramamiento de sangre. No obstante, también intuía que la codicia de sus hombres desataría los problemas.

Un soldado de naturaleza brutal, que se había unido a la expedición para escapar del castigo por haber asesinado a una inocente chiquilla inca, ciego de ambición, una noche intentó embriagar a un anciano y dado que rehusaba explicar nada acerca de sus tesoros, acabó torturándolo. Cuando los miembros de la tribu descubrieron el cuerpo destrozado del viejo, atacaron a la adormilada tropa con saña y sin previo aviso. El asalto fue tan letal que los españoles

perdieron una docena de soldados y la mayor parte de las armas de fuego. Los supervivientes se reagruparon en la espesura y se internaron en la floresta tratando de ocultarse. Se detuvieron a varias leguas junto a una laguna alimentada por un afluente del Amazonas. En aquella improvisada zona de reposo, el capitán Quesada se quitó el casco y se enjugó el sudor de la cara mientras se preguntaba si hacer frente a los indios o huir por el verde infinito de la selva tropical.

No podía imaginar hasta dónde llegaba la sandez de ciertos hombres que actúan movidos por la codicia. El atisbo de culpabilidad quedó enterrado bajo preocupaciones mucho más acuciantes. Aunque le atormentaba, ya no había vuelta atrás. Por mucho que le pesara, necesitaba a aquel bastardo para salir airoso del apuro. Ya ajustarían cuentas más tarde. Su despropósito había desencadenado la batalla contra los lugareños y su posterior huida por la jungla.

De pronto cesaron todos los ruidos de la noche, como si la selva hubiera enmudecido por arte de magia. Se oyó un chapoteo en las oscuras aguas de la laguna seguido por gritos de terror y varios disparos de pistola. El rugido fue similar al clamor de un demonio furibundo salido de una pesadilla. El bramido reverberó en la oscuridad y experimentaron un escalofrío que les heló la sangre y se llevarían hasta la tumba. De repente los gritos se cesaron con la misma velocidad con la que se habían producido. Los centinelas. Enseguida la noche recuperó su habitual sosiego. Poco después una ominosa figura

emergió de las profundidades. Una criatura anfibia surgida del infierno acuático. Los escasos supervivientes contemplaban aterrorizados la laguna. La bestia rebasaba los dos metros y medio de altura, tenía el cuerpo recubierto de escamas, en el cuello poseía agallas y por la espalda corría una larga fila de espinas quitinosas. Sus poderosos brazos terminaban en manos palmeadas con dedos acabados en garras de veinte centímetros. Unas largas aletas surgían de sus brazos y unían sus tobillos a los pies. Dos grandes ojos destacaban en un rostro de tonalidad cenicienta. Aquel leviatán había aparecido entre las aguas iniciando un feroz asalto mutilando y segando vidas. El capitán Quesada reaccionó ordenando reanudar la partida hacia el oeste y abandonar aquel maldito lugar para siempre.

Un poco después, justo cuando emprendían el marcha, la noche estalló a su alrededor. En esa ocasión, la sanguinaria alimaña no los atacó desde el agua, sino desde la floresta. La oscuridad fue su aliada. El infierno se desató sobre los hombres apostados en la orilla. La escaramuza fue encarnizada. La criatura agarró al soldado que tenía más cerca, lo alzó en vilo y lo arrojó sobre los restantes miembros de la expedición como si fuera un muñeco de tela. Los españoles gritaban a medida que eran desgarrados por la enfurecida bestia. Otro hombre murió cuando las poderosas zarpas le rasgaron la cara y le atravesaron el peto. Las espadas refulgieron y sonaron varios tiros, quizás acertando a la fiera. Sin embargo el monstruo no se detuvo, sino que emitió un alarido de furia y redobló la

brutalidad de su ataque. Los curtidos soldados caían como espigas de trigo segadas por una guadaña gigante. A raíz de la inusitada velocidad y violencia empleada, aquel espécimen del averno se comportaba como si fuera el guardián de aquel edén. Con ágiles movimientos Quesada desató las correas que ceñían la armadura y se la quitó para poder huir sin impedimento alguno, esperando que aquel demonio justiciero no fuera tras él. Emprendió una loca carrera por la jungla mientras oía el lamento de los moribundos. Achacaba sus males a lo que habían hecho a los muiscas. Consciente de su culpabilidad, rogaba por el perdón de sus pecados. Pasaron unos minutos hasta que se detuvo jadeante para recobrar el resuello. Agazapado pudo atisbar el leve fulgor del destrozado campamento junto a la laguna. Sentía un miedo atávico que le recorría las venas. Luego se escabulló en la espesura de la selva.

Dos meses después, el capitán Diego Quesada, único superviviente del grupo, llegó a la civilización. Estaba agotado, famélico y enfermo. Mientras examinaba sus heridas y atendía sus dolencias, un capellán escuchó su absurdo relato acerca del ataque de una diabólica criatura a la tropa y lo atribuyó a delirios de alguien que había perdido el juicio debido a las penalidades sufridas. Jadeando por el dolor y el cansancio, el agonizante oficial le confesó el secreto de la expedición y le confió una gruesa pepita de oro y un cuaderno de notas con un mapa del tesoro. Al límite de sus fuerzas, Quesada reclamó la extremaunción y murió. El cura se santiguó y creyendo que obraba según

la voluntad del Señor, pues abrigaba la esperanza que no despertasen de nuevo la codicia de los exploradores, optó por esconder las pruebas evitando así masacres de indios como la de Cajamarca, perpetrada el año anterior por Pizarro y sus secuaces. Su misión consistiría en refrenar el afán de saqueo de los aventureros españoles por la avaricia que arraigaba en sus corazones. Aquellos objetos del legendario tesoro jamás volverían a ver la luz. Encubriría aquel asunto

con un velo de silencio para impedir la infamia que se cebaba con los nativos desde la llegada de los conquistadores y dejaría que el mito de El Dorado cayera en el olvido. Nacería así uno de los grandes misterios del Nuevo Mundo con el fin de preservar aquel paraíso de la ambición de los hombres.



Imagen: Museo del oro, Bogotá

La princesa cautiva

Ramon González Reverter

Prólogo

En el año 334 a.C. Alejandro Magno cruzó el Helesponto al frente del ejército macedonio, un contingente de aliados griegos y una pequeña flota de refuerzo ateniense. Tras la batalla de Issos, en la que derrotó a los persas del rey Darío, mientras asediaban la ciudad fenicia de Tiro, el general Parmenio atacó por sorpresa Damasco y se apoderó del tesoro que el Gran Rey tenía para pagar a la soldadesca, y capturó a la totalidad de la familia real y a Barsine, la viuda de Memnón de Rodas, comandante de las fuerzas persas en Asia Menor, con fama de ser la mujer más hermosa del mundo y considerada descendiente de Afrodita, aunque fuese hija de Artabazo, sátrapa de la región de Frigia.

Barsine era de noble cuna, ingeniosa, seductora y risueña. Incluso Alejandro había quedado prendado de ella, pero durante los meses que duraba el sitio a Tiro se limitaba a tratarla con galantería.

La atractiva viuda solía pasear sin excesivo pudor por el campamento de los macedonios. Aquel había sido un día especialmente bochornoso, con un elevado grado de humedad. Con objeto de aliviarse del calor, Barsine, después de bañarse completamente desnuda en el mar, para escándalo de los soldados más veteranos, enfiló hacia el pabellón de las esposas de

los oficiales de alta graduación, los taxiarcas del ejército.

Como siempre vestía a la griega, con un quitón blanco con una franja púrpura que a su vez estaba ribeteada de pan de oro. El grácil tejido de lino plisado insinuaba un cuerpo perfecto de miembros esbeltos y dejaba entrever unos senos erguidos y unas nalgas redondeadas. Abierto por los costados, asomaban unos muslos perfectamente torneados. Llevaba la frente ceñida por una preciosa diadema, los brazos adornados con intrincados brazaletes de oro forjados por los mejores artesanos locales, los labios rojos y los ojos pintados con bistre. Barsine estaba soberbia.

Al entrar en la tienda, se encontró con que Casandra, embarazada de seis meses, permanecía recostada en un triclinio mientras una pareja de esclavos la abanicaban y una doncella libia servía pasteles y vino. La recién llegada hizo una reverencia, el usual gesto de cortesía. Barsine se movía con la elegancia de una sélfide, las estatuas de mármol que constituyen las columnas de algunos templos griegos. Sus delicadas manos revelaban una vida de ocio y placer.

—¿Es un buen momento para una visita?

—Adelante, Barsine. Ya sabes que tu compañía siempre me place.

—Pero en tu estado...

—No te preocupes —manifestó Casandra afable. —Estoy soportando los rigores del embarazo y me vendrá bien un rato de asueto.

—Pues yo también he de confesar que necesito un poco de diversión. Soy una cautiva aburrida de vivir rodeada de tropas codiciosas de botín, listas para asesinar y violar.

—La guerra se reduce a eso, crueldad e injusticia. Debido al peso de la responsabilidad que agobia a los maridos, es lógico que nosotras sirvamos de esparcimiento para aligerarles de la pesada carga. De hecho, es lo mínimo que se espera de cualquier esposa, que les relajemos en el tálamo antes del reposo cotidiano. Amor con total devoción, ese es nuestro sino.

—Exacto, tú misma lo has dicho. Se nos exige aplacar su lujuria, por ese motivo siempre he procurado mostrarme voluptuosa a fin de provocar el deseo en mi esposo. En cambio, tú estás dispuesta a correr el riesgo de parir otro hijo. Tú que tenías fama de ser tan hermosa como una vestal.

La aludida no pudo evitar soltar una carcajada, sin malicia alguna.

—Exageraciones. Me temo que mi belleza nunca ha sido comparable con la tuya. Es obvio que detesto estar encinta, pero...

Cassandra se encogió de hombros. Las mujeres, sobre todo las de alta alcurnia y noble cuna, que competían por los varones aristócratas de la corte, se llevaban como el perro y el gato. Sin embargo, ellas parecían mantener una sincera amistad.

—Eres muy valiente, ¿sabes?

—¿Por quedarme preñada? ¿Acaso tú no lo harías?

—No tuve hijos con Memnón —confesó Barsine apesadumbrada, aunque con suma entereza.

—Perdona mi torpeza. No tenía intención de herir tus sentimientos.

—No te preocupes. Has sido muy considerada, de veras... Déjame que te explique. La vida en la Corte Real de Darío podía resultar muy aburrida, pero debías lidiar con una jauría de jóvenes dispuestas a abrirse de piernas con tal de cazar la pieza más codiciada de la nobleza.

Su voz tenía un timbre y un tono de una sensualidad irresistible, a la par que una cadencia exótica añadía un plus de fascinación. Cassandra entendió por qué aquella mujer enamoraba a cualquiera que hubiera tenido la ventura de conocerla y escucharla.

—De hecho mi vida se reducía a vivir en lujosos palacios atestados de nobles ambiciosos capaces de devorarse mutuamente con tal de ascender. En teoría, todos formaban parte de la élite, pero trepaban unos sobre otros

y se comportaban con una crueldad asombrosa. Y las mujeres eran peores porque actuaban en las sombras. Casada con un mercenario griego al servicio de los persas, aunque fuera el comandante de sus fuerzas armadas, me sentía como una forastera en mi propio hogar.

—Penoso dilema. Comprendo tu estado de ánimo.

—Con franqueza, mi corazón se hallaba desgarrado por dos sentimientos contradictorios. Por un lado el instinto maternal y por otro el mundanal placer. Como a toda mujer, la maternidad me atraía —alegó con voz harto seductora—. Sin embargo, me asustaba la posibilidad que Memnón se cansara de mí y me relegara en pos de alguna concubina. O peor aún, que me repudiara por otra. En esa época mi prioridad era impedir que olvidase mis encantos.

Cassandra la contempló de hito en hito apreciando su belleza. Su cabello de color miel enmarcaba unos ojos verde esmeralda ligeramente sesgados. Su aspecto era imponente y su porte regio.

—El típico comportamiento de una esposa apasionada.

—Por eso hice cuanto pude para evitar quedarme embarazada —murmuró Barsine abrumada por la melancolía, bajando la mirada hacia la alfombra que cubría el suelo de la tienda.

—No seas ingenua. El tiempo pasa para todos. Siempre habrá candidatas

al lecho conyugal cuando no estés en la flor de la vida.

—He sacrificado mi juventud en aras al placer de mi esposo, siguiéndole en sus campañas, allí donde fuera hasta que murió luchando contra Alejandro durante el asedio de Mitilene. ¿Aunque quién sabe? Admito que algunas veces me arrepiento de no haberle dado un heredero a su estirpe.

Su habitual vivacidad se había esfumado sustituida por una expresión compungida. Cassandra notó una oleada de pena por aquella doncella solitaria en un mundo de hombres violentos.

Entonces entró una sierva de piel cetrina acompañando a una chiquilla. La niña se acercó a Cassandra mientras observaba con curiosidad a la extraña. A sus cuatro años era muy espabilada. Alborozada, la anfitriona estrechó a la pequeña entre sus brazos y luego la aupó radiante de felicidad hasta que ésta protestó con candor pueril:

—¡Mamiii!

—Se llama Eunice, como una de las nereidas, las ninfas del mar hijas del dios Nereo y Doris —dijo la madre orgullosa.

Conmovida por aquella tierna escena de amor filial, Barsine exclamó:

—Un nombre precioso para una niña preciosa. Ser madre ha de ser toda una experiencia.

—Y también un maravilloso privilegio —puntualizó Cassandra. —Saluda a la

princesa, Eunice

—¡Oh! —suspiró la chiquilla excitada con la cara iluminada por una sonrisa contemplando a Barsine. —Una princesa de verdad.

Ambas rieron con desenvoltura y Barsine tendió los brazos hacia la niña, que fue hacia ella sin temor alguno. Un hecho asombroso en las criaturas de tan corta edad. Se abrazó a la cortesana persa con la inocencia pintada en el rostro. Ésta aprovechó la ocasión para acariciar sus rizos oscuros con ternura y luego la besó en la frente.

—Has sido bendecida por una princesa, cariño —declaró Barsine en un tono que era la encarnación del deseo.

Reconfortada por la experiencia de haber sido ungida por una dama de la nobleza, la vivaracha criatura dio las gracias y le pidió a su nodriza:

—Vamos a jugar, tata.

A continuación la niña abandonó la tienda en busca de nuevas aventuras seguida por su aya. Casandra, como perfecta anfitriona, ordenó a la criada libia que sirviera vino en dos copas y se la ofreció a su invitada.

—Los placeres de la riqueza —comentó señalando la deliciosa bebida. —Como te iba diciendo, la belleza tarde o temprano acaba por marchitarse.

—Intento prepararme para cuando eso ocurra —manifestó Barsine cuyos ojos brillaban como ascuas, empañados con lágrimas de envidia— aunque me

guste hacer gala de mi hermosura.

—Las apariencias no son tan importantes. La verdadera belleza reside en el corazón de cada cual.

—Tienes razón, Casandra. Quizá me haya equivocado.

—Pues todavía estás a tiempo de revertir la situación. Aún eres joven y conservas la fama de ser la mujer más bella del mundo. Puedes consultar a los dioses del Olimpo en busca de consejo.

—¿No podrías dármelo tú en calidad de amiga?

—De acuerdo. Yo te recomendaría buscar un nuevo amor y cuando lo halles no dudes en engendrar un hijo. Luego afronta tu destino con dignidad.

—¿Afrontar el destino con dignidad? Bien, eso es lo que haré. Me siento afortunada por tener amigas que me proporcionan tan sabios consejos.



Imagen: The weddings at Susa

Gisela y la loba

Andrea Pereira

Eran cuatro los lobitos, jugaban en el bosque felices con su madre. Tres machos y una hembra esperaban la llegada de su padre. Pero, de pronto, la madre levantó las orejas, prestando atención a un extraño sonido. En breve vio a su lobo caer rendido en un mar de sangre.

Madre y pequeños corrieron asustados, la hembrita se perdió del grupo y asustada corrió sin mirar atrás. Sin saber cómo llegó a una casa, se escondió entre las flores del jardín y se durmió hasta que, al día siguiente, una niña le tocó la cabeza con su pequeña y temblorosa mano. La lobita quiso alejarse, pero al notar que ambas eran cachorritas se quedó tranquila. Luego del hallazgo, la niña fue rápidamente hacia su casa, llamó a su madre y ambas le dieron agua, comida y un nombre. —Soy Celeste, quédate tranquila, nosotras nunca te haríamos daño —le dijo la mujer viéndola comer.

La lobita crecía día a día en aparente calma, pero su madre adoptiva temía que fuera un peligro para ella y su otra hija, así que fue a consultar a un hechicero que le dio un libro. Gracias a este instrumento, Mercedes, la niña que encontró a la loba, ayudó a su mamá a preparar una poción que prometía que su hermana jamás sería peligrosa. Celeste le dio tres gotas de

la poción en su alimento y su pequeña las ingirió.

Al día siguiente, cuando fueron a ver a su mascota no la encontraron. En su lugar, junto al plato de comida, dormía una joven desnuda. Mercedes le picó el hombro con un dedo. Entonces, la chica despertó, se apoyó en sus codos y le sonrió.

—¿Dónde está Gisela? —preguntó Mercedes.

—Soy yo —dijo la muchacha.

Entonces, Mercedes corrió a traer a su madre. Celeste, que pensaba que el conjuro era nada más para que Gisela estuviera siempre tranquila, se sorprendió muchísimo y salió corriendo al patio. Las tres entraron, vistieron a la jovencita y le preguntaron qué había pasado el día anterior.

Gisela respondió que estuvo jugando con Mercedes en el jardín, que vio a mamá leer un libro y que luego le dieron su comida, la cual le dio mucho sueño.

Como seguían sin entender bien la situación, Celeste corrió a ver al hechicero, quien le dijo que entre todos los conjuros había elegido el más complejo y jamás probado para el cual creía tener una solución.

—Gisela será la muchachita que me describes durante casi todo el mes, excepto las noches de luna llena. Cuando suba la marea, ella volverá a su forma original. Volver será difícil y doloroso, la hará muy agresiva, así que van a necesitar esto un día al mes —dijo, ofreciéndole unas cadenas plateadas.

Al llegar la luna llena, el hechicero fue a visitarlas. Gisela, ya enterada, aceptó ser encadenada y los tres presenciaron su primera transformación, un proceso que se repetiría cada mes. Sin embargo, Gisela fue feliz con su familia, vivió como humana sabiéndose una loba. No olvidó sus orígenes, pero cada luna llena se encadenó a la cama esperando que pasara la noche.

Gisela siguió con su vida, se enamoró de un humano y su descendencia generó lo que hoy conocemos como licantropía.



Imagen: Le Loup d'Agubbio – Luc Olivier Merson

Élafos

Penélope Gamboa Barahona

Acteón se escondió tras un árbol, sacó su cabeza y arrojó la jabalina. El ciervo que sus perros tenían acorralado, un macho de cornamenta fabulosa, profirió un chillido y cayó muerto sobre el césped.

Quirón se acercó a su discípulo, sonriendo alegremente.

—¡Enhorabuena, joven Acteón, ha cazado un animal magnífico!

—Artemisa ha sido benévola conmigo, maestro.

Los perros rodearon el cadáver del ciervo y abrieron sus hocicos salivosos. Acteón los espantó con un grito, se echó el cadáver al hombro y tomó el camino de regreso a Tebas. “Este ciervo no formará parte de los festines de mi padre o de mis perros”, se dijo a sí mismo, “lo ofrendaré a la diosa, de este modo ella verá que no soy ningún desagradecido.”

Aristeo lo reprendió en las afueras del templo.

—Es tiempo de que dejes la caza, hijo mío, me estoy haciendo viejo y muy pronto tendrás que hacerte cargo de este templo en mi lugar. Cambia las flechas por la túnica sacerdotal.

—¡Extrañas palabras salen de tu boca,

padre! ¿No fuiste tú uno de los mejores cazadores de Beocia? ¿No fue la abuela Cirene la misma que despreció las artes de su sexo y prefirió dedicarse a pasear por los bosques con su jabalina? La caza está en mi sangre, forma parte de mi linaje y me siento orgulloso de ella.

—No te vanaglories de tu herencia, no sabes cuándo te tocará a ti ser la presa en vez del cazador.

Acteón ignoró las palabras de su padre y se sentó a limpiar su jabalina, tarareando en voz baja una canción antigua. Melampo, el más fiel de sus perros, se echó a sus pies y aulló al ritmo de la tonada.

Al día siguiente, se levantó muy temprano y sacó a los perros de su encierro. En el bosque, la manada persiguió a un jabalí hasta la orilla de un río caudaloso, más allá de la frontera tebana. En ese lugar escuchó risas femeninas y, curioso, movió los arbustos frente a él.

Las risas provenían de un grupo de ninfas que jugaban a echarse agua del río con candidez infantil. Algunas estaban sentadas sobre las rocas de la ribera, otras zambullidas en la corriente y, las más osadas, al otro lado del cauce.

Acteón las observó en silencio,

cautivado por la belleza de aquellas criaturas. Su mirada lujuriosa prestó atención a cada detalle de los cuerpos desnudos ante él: los senos, las caderas, los cabellos largos pegados a la espalda. Pero no fue sino hasta que vio al centro del cauce que tembló con deseo y sintió la dureza de su miembro.

Allí, bañándose en el agua de la corriente, estaba una mujer bellísima; más hermosa, incluso, que las ninfas que la acompañaban. Se movía con la agilidad de una amazona, esquivando el vaivén de la corriente y equilibrándose con ayuda de las rocas. En su cabeza tenía un adorno peculiar, una tiara hecha con astas de ciervos.

Acteón vio el adorno y suspiró asombrado. La diosa Artemisa era muy reservada con su desnudez y su cuerpo en general. Poder observarla en la intimidad de su baño matinal, un espectáculo que ni los mismos dioses conocían, era un regalo de Tique que no iba a desaprovechar.

Metió la mano dentro de su túnica y se masturbó hasta el clímax, sin notar la rama seca a un lado de sus pies. Una de las ninfas miró en su dirección al escuchar el crujido y gritó, las demás cubrieron a su señora con sus cuerpos.

Artemisa, al verlo, montó en cólera, ¡qué atrevimiento el de ese mortal mirón! Sus misterios virginales eran suyos y de nadie más, cualquier profanador debía ser castigado de inmediato. Con el ceño fruncido, lo señaló y pronunció al aire unas palabras.

Acteón no entendió nada de lo que la

diosa dijo, pero algo en su interior se retorció, tripas saliéndose de su lugar y acomodándose en otras partes de su cuerpo. Completamente aterrorizado, echó a correr y, en medio de su huida, vio cómo sus dos piernas se transformaban en patas de ciervo.

Un dolor punzante en su espalda lo dobló en dos y lo obligó a poner sus manos en el suelo, una posición cuadrúpeda que no correspondía a su condición de hombre. De su frente nacieron dos protuberancias, inicios de astas largas.

Sus intentos desesperados por llamar a Quirón se esfumaron en el aire, todo lo que salió de su boca fue un chillido animal que alertó a sus perros. Melampo lo vio y corrió hacia él con el hocico abierto, el resto de la manada también hizo lo mismo.

Acteón trató de decirles que no era un ciervo verdadero, sino su amo convertido en uno, pero sus palabras entrecortadas se transformaron en balidos. Melampo le clavó los colmillos en el cuello y los otros, en el lomo y las patas. Antes de morir, pidió disculpas a Artemisa por su imprudencia.

Los perros despedazaron al ciervo y, durante horas, buscaron a su amo por todo el bosque. Quirón escuchó los ladridos, se acercó al cadáver del ciervo y reconoció enseguida a su discípulo. Lleno de tristeza, enterró sus restos en un claro y construyó una estatua sobre la tumba para consolar a los afligidos canes.



Imagen: Diana and Actaeon - Autor desconocido

La leyenda del Machuca

Calú Cruz

A Jeannette Rodríguez.

*Plena te sentís, avecilla, al contemplar
cada amanecer
desde la rama del más alto de los árboles*

Ella era una indígena fecundada por las entrañas de la tierra y parida a través de sus afluentes. Su cabellera negra era tan hermosa y larga, que, cuando estaba húmeda, le llegaba a media nalga. Tenía las piernas tan bien esculpidas como dos perfectos mástiles de carabelas españolas, y sus ojos avellanados poco a poco se fueron pintando del color musgo claro del río. Era hermosa: diabólicamente hermosa para cualquier cristiano; por eso, su corazón siempre debió ser para otro indio...

Pero él... él sintió que de pronto la amaba. Caprichosamente la deseó. Tal vez fue el demonio quien quiso pintarle aquel hermoso paraje: el remanso de las aguas moviendo entre sus ondulaciones las hojas doradas que cayeran desde la copa de los árboles, un tumulto de arcilla blanca al fondo haciendo contraste para un cuerpo laqueado de canela o las libélulas multicolor apareándose sobre el hombro de la bella mujer; y de vuelta el río que ahora sujetaba los pechos de la india meciéndolos ligeramente de un lado al otro dejando salir del agua sus pezones punteados de vez en cuando. Verla bajo aquel claro de luz debió ser una terrible maldición, pero sentir que sus manos varoniles eran las del río, ese fue su delito.

Aún siendo india, ella era caprichosa como muchas mujeres del mundo. Estaba cansada de ser una más entre las compañeras de Garabito y sumamente hastiada de las constantes rencillas de este con el namapume chorotega. Se quedaba viendo las pisadas de su hombre como una que no sabría qué esperar del futuro y sentíase perdida entre las líneas de cada hoja.

Pero este otro era distinto. Él era un hombre viajero y atrevido, uno que podría traer un poco de sorpresa a sus labios... Ella se llamaba Dulcehe y él, Antonio Álvarez Pereyra. El hombre hizo un ademán con su mano izquierda a los veinte del regimiento que lo acompañaban y estos, bajo un entendimiento malicioso de compadrazgo, se fueron quedando rezagados al margen de las aguas; quizá custodiando a su señor o haciendo de vigías desde puntos más estratégicos, parados sobre las piedras del río o subidos en algún árbol.

Él se quitó la ropa en la orilla y fue adentrando su cuerpo lentamente entre las aguas, con cada paso iba acercándose a Dulcehe; quien aún no había escuchado el chapoteo. De pronto la naturaleza dejó de escucharse: las aves silenciaron su festejo, las chicharras modularon sus chirridos escandalosos y la ventisca dejó de resoplar por encima de los árboles quedando solo las hojas doradas que ya estaban circulando en torno al cuerpo de Dulcehe.

La mujer sintió la presencia varonil a sus espaldas, o quién sabe si llevaba

rato viendo el reflejo que en las aguas se proyectaba... Fue volteándose con la suave caricia del río, y ladeando sus nalgas como si su trasero fuese un gran navío, quedó de frente a Antonio Álvarez Peryra y luego clavó sus enormes ojos avellanados en la mirada de él.

Ya antes la habían deseado; bien se conocía la mirada pícara de los hombres. Coyoche estuvo al acecho de su cintura, incluso en una ocasión pretendió sorprender al gran Garabito con tal de llevársela como botín de guerra. Gurutiña había hecho lo propio colmándola de alhajas en forma de animales míticos, pero ella seguía coitando en el abandono con las aguas; tal vez por temor se había negado a cualquier hombre que no fuese aguerrido como el suyo, aunque este fuera distante con ella.

Cuando Garabito partía en sus temerarias expediciones Dulcehe se iba descalza entre la vegetación silvestre, pisando las flores amarillas con la planta de los pies y sacándole, con ello, varias heridas a su piel y, por dentro, a sus entrañas.

Pero ahora estaban ahí de frente, él desnudo y ella desnuda... Quizá la mujer se dejó impresionar por la imagen, poco usual, de Garabito preocupado por su propia vida. Ella sabía que la causa de esa preocupación era este hombre que ahora, desnudo entre el río, la miraba de frente...

Dulcehe, guerrera de las Britecas, abrió su boca hasta ese momento sellada y dejó salir, apaciblemente, varias palabras en su lengua nativa.

Varios días habían transcurrido desde el fortuito encuentro de la pareja en

la poza del Machuca. Hasta Tivives se hubiera podido seguir la huella de Antonio tratando de dar caza al rey Garabito.

Con el mismo regimiento de 20 hombres, pero una nube de la codicia en sus ojos ideó la estrategia, y fue así como confabulado contra su propia dicha apresó a Dulcehe, y después de hacerla suya incalculable cantidad de veces —perpetrando con ello la semilla incorruptible e indígena—, la presentó ante Juan de Cavallón como punto clave para la caída del cacique mayor.

Pero cerca de su lecho, y durante las noches en que había entregado a la mujer para que se sometiera a interrogatorios, seres amorfos fueron visitándolo de uno en uno hasta formar el grupo completo que lo atormentara varias veces y hasta las tres de la madrugada...

Se aparecían primero en sus sueños lejanos, iban degollando a los españoles que poco a poco vertían su mirada azabache hacia cualquier ramada; luego, aparecían los cuerpos tirados cerca de los trillos mientras él intentaba, a duras penas, no triturar con su caelzado los rostros mutilados de sus amigos de expedición que se contaban por montones.

De pronto estos cadáveres abrían su boca dejando al descubierto una risa frenética de maíz amarillo, y posteriormente, una llamarada se adueñaba de aquellos ojos hasta regresarlos a la vida, pero adoptando formas grotescas. Volvían sus ojos llenos de furia y, tiznados en su piel con el color purpúreo, se halaban los cabellos; luego corrían con las puntas de sus lanzas hechas de piedra pulida en una sola dirección: su humanidad.

Luego, bañado en el sudor de su propia congoja, abría sus ojos abruptamente y tenía a esos espíritus ahí... Cubiertos por un claro de luna se dejaban ver al pie de su cama con sus enormes hocicos de lagarto, varias manos de escama de serpiente halaban los pies del conquistador y las frazadas, mientras otros, con cara de mono, se subían a su cama por los bordes o caían desde el techo, o desde el ropero de madera que había dentro de la habitación.

Y justo antes de que el reloj acariciara la hora en que debía terminar el suplicio aparecería un último ser con rostro de jaguar —y dejando que de sus cuerdas vocales salieran atronadoras voces al unísono— apuñaba su mano de gorila y gritaba:

“¿Lo recuerda, Antonio Pereyra? ¿Lo recuerda?... ¡Quien haya metido su cuerpo en estas aguas no vuelve a salir!... ¿Lo recuerda!”

A la mañana siguiente, Antonio abría la puerta de su estancia y encontró un pozo de sangre, y, en medio de él, una enorme cabeza degollada de jabalí. Pronto, el portugués fue perdiendo la razón y de vez en cuando de su boca brotaban palabras en lengua huetar. Constantemente vociferaba “Quien haya metido su cuerpo en las aguas no vuelve a salir” y cuando se le preguntaba, de dónde había sacado tal estribillo, su cuerpo y su espíritu emanaban una calentura vertiginosa. Ataque similar habían vivido los hombres del capitán Ignacio Cota cuando, en el pasado, se procedió a interrogar a un grupo de cinco mujeres indígenas que encontraron bañándose en el río. Todos comenzaron a

balbucear palabras no propias de la lengua española.

Omitieron los historiadores que, a Antonio Álvarez Pereyra hubo que llevarlo ante un cura por encargo de don Juan de Cavallón, y que por recomendación del cura —una vez que reunió las pruebas testimoniales de los hombres que presenciaron el amorío entre el portugués y la indígena— se sugirió que solo podría librarse de la maldición de Dulcehe si se quedara con ella por siempre.

Se dice que el portugués murió en la ciudad de Esparza en 1599, que no hubo registro de matrimonio alguno, pero que sí dejó descendencia extramatrimonial con una mujer de la que, curiosamente, no se tiene dato alguno. Sé que ustedes me preguntarán que por qué no existe un registro de todo cuanto he narrado, pero vamos, seamos sinceros, y perdonen que cuestione tanta incredulidad en voz alta... ¿Cuál registro brotado de la mano de los españoles habría de hacer quedar al prestigioso Antonio Álvarez Pereyra, el explorador y conquistador de varios poblados, como un hombre fuera de juicio? ¡Ninguno! Pero cierto es que sí hay registro escrito para decir que el aguerrido Garabito tuvo que bautizarse junto con tres mil de sus súbditos en una quebrada poco honrosa.

Así que mi estimado lector y futuro visitante... ¡Cuidado con bañarse en el río Machuca pensando que sus aguas transparentes solo tienen la ingenua cualidad de ser curativas o servir para refrescar! Más le valdría hacer caso a la advertencia que escupen los lugareños como eterna letanía “Que quien se bañe en el Machuca se queda en Orotina”; porque del río al

embrujamiento hay un solo paso y la verdad que hay cada mujer orotinense que pareciera tener su cuerpo bastante endiablado, igual a como lo tuviera la bella Dulcehe.

El error no fue mío

José A. García



Imagen: The Battle of Actium, 2 September 31 BC – Lorenzo A. Castro

Sabía que no tendríamos que haber abandonado aquel quinquereme en esa isla perdida. Debimos haberlo incendiado. Fácil resulta ahora imaginar que los perros romanos lo encontrarían y podrían copiarlo. Porque sólo de ese modo lograrían realizar una obra de ingeniería siquiera similar a la nuestra.

Seremos eternos aliados, prometieron para arrastrarnos a la guerra contra los helenos. Nunca olvidaremos su ayuda,

repitieron en su apestoso Senado más de una vez; lo sé, yo estaba allí. Y, en cuando lograron salir de la sucia ciénaga donde vivían, comenzaron a conquistar todo. Debimos haber previsto que no se contentarían con derrotar a sus vecinos más cercanos.

¿Cómo es posible que estos toscos hombres, poco imaginativos, carentes de toda grandeza y que sólo sirven para luchar se atrevan siquiera a atacarnos?

Y todo por un barco abandonado.

Los veo avanzar veloces hacia nuestras costas, orgullosos con sus estandartes flameando al viento, creyéndose capaces de superar a nuestra numerosa flota, a nuestros marinos nacidos en el agua, de llegar hasta nuestras fortificaciones. Ellos, que recién ayer han aprendido a flotar fuera del pantano en el que nacieron.

Nuestros gloriosos barcos abandonan el puerto para encontrarse con los ladrones de inventos, prestos a defender lo que nos pertenece y demostrar que, aún con las fuerzas diezmadas por los años de constantes enfrentamientos, no nos derrotarán. A pesar del fuego griego que lanzan contra nosotros, seremos quienes al final triunfarán. Pero, ¿qué son esos gritos?

¿Acaso aún veo más barcos romanos, allí, en el horizonte, sobre el mar? ¿Será posible que sean tantos? ¡Es inaudito! ¿Han talado hasta el último árbol de su tierra?

¡Te maldigo romano por imponernos ésta guerra! ¡Te maldigo capitán, por abandonar aquél barco cuando lo mejor era destruirlo! ¡Me maldigo por no haber impuesto mi voluntad como Embajador en ese momento!

Las lágrimas nublan mi visión, el odio mi razonamiento. Sé que el error no fue mío, pero, con mucho pesar, sólo llamas puedo discernir en el futuro de la gloriosa, inigualable y nunca superada Cartago...

La última vela

Tiziana Palandrani



Imagen: Una fábula - El Greco

Las palabras del médico bordean frágilmente la almohada de Domínikos.

Y de todos los verbos de su vida, ahora solo queda en su memoria una pregunta.

Por qué pintar tantas veces aquel tema

singular de un niño soplando, y con un mono.

Que no es un niño.

Es un recuerdo, lo quiero explicar antes de morirme.

Intento hablar pero solo me salen mis

antiguas palabras forasteras.

Que no es un niño; es el secreto de un hombre recién llegado, alumbrado por el fulgor del atardecer.

Y entre todas las estrellas florecidas, un destello llama la atención de mis ojos de pintor.

Detrás de una ventana entreabierta, una mocita; los rasgos transformados por el centelleo de la vela que iba encendiendo, tal que en principio no pude entender si fuese un niño, un ángel o un sueño.

Y así pinté mi indecisión.

Ese rostro explotaba de luz quedando el resto atrapado en el abismo, como el hombre que se asomaba, burlándose de un encanto tan bello cuanto insopportable.

En cambio, por un instante, se le quedó en el semblante la misma marca de eternidad, mientras que la niña susurraba al tiempo de inflamar otras siete velas clandestinas.

Palabras que me perseguían por todo el callejón verde asediando mi curiosidad de simio insatisfecho.

Sin embargo, el deseo de cautivar sobre el lienzo aquella carita carmesí, cada vez estaba más lejos de la realidad.

Pero ahora sigue atrapándome, y por fin me encontró.

Espero que me salve, aquella oración con la cual me quedo en esta última cama.

Yo, El Greco, lo confieso ahora.

Pinté tantas veces esa vela para que no se me apague; ya no puedo más.

Y se apagó.

El llanto de la madre

Ramón Patricio García Gebauer

Lloro por mis hijos en la soledad de mi cueva. Lloro porque un salvaje los ha estado asesinando uno por uno. Lloro porque solo puedo hundirme en mi dolor y esperar lo peor.

Mi primer hijo en sucumbir a manos de ese asesino vivía tranquilamente en un bosque. Era grande y fuerte y temible; siempre quiso vivir en soledad, alejado de los hombres, y por eso podía ser algo agresivo con aquellos que se adentraban en su territorio. El salvaje lo atacó dentro de su propio hogar y asfixió a mi pobre hijo. Y no solo eso: no estuvo satisfecho con haberlo matado, no, tenía que llevarse un recuerdo de su atrocidad. Entonces desolló a mi hijo y desde entonces el salvaje usa su piel como vestidura.

Le siguió mi hija. Yo creí que estaría a salvo por vivir en un lejano lago y por mantener buenas relaciones con los pobladores (aunque de vez en cuando devoró una que otra oveja). Aqueello no detuvo a ese monstruo, quien viajó hasta su lago para matarla. Mi hija se defendió y luchó ferozmente, pero al final el salvaje logró asesinarla, mutilando y quemando el cuerpo de mi querida hija. El salvaje siguió profanando el cuerpo, bañando sus flechas en la sangre de mi hija.

Me sentí aliviada al saber que mis otros hijos no vivían solos: ellos eran guardias, defendiendo la propiedad de

seres imponentes y poderosos. Pensé que el criminal no intentaría robarle a aquellos seres temibles, pero me equivoqué. Uno de mis hijos protegía un rebaño, y el salvaje lo asesinó para robarse los animales. Otro de mis hijos custodiaba un jardín, y el salvaje, para robarse unas frutas, le dio muerte. Mis pobres hijos estaban cumpliendo con su deber, un deber que ellos ni siquiera eligieron, y aun así el salvaje no tuvo compasión con ellos.

Y ahora me he enterado que ese bastardo ha secuestrado a uno de mis hijos, uno de los pocos que aún viven. No entiendo cómo pudo hacer esto... Mi hijo es guardián de una tierra lejana a la que pocos mortales han podido ir y regresar sin daños... Mi hijo, pobre de mi hijo, ha de estar tan asustado ahora, y quién sabe lo que este monstruo piense hacerle...

Millanto ya no es de tristeza sino de ira, y las lágrimas me queman las mejillas al pensar en él: salvaje, asesino, monstruo, criminal, bastardo... Y lo peor es que se cree un héroe. ¿Qué hay de heroico en atentar contra el que no te ha hecho ningún mal? ¿Qué hay de heroico en masacrar familias enteras? ¿Qué hay de heroico en hacer llorar a una madre? Te maldigo, te maldigo por arrebatarme a mis hijos, te maldigo, te maldigo a ti y a tu falso heroísmo, te maldigo, Heracles.



Imagen: Hércules y el Cancerbero – Francisco de Zurbarán

Impresión de las distancias

José Arturo Monroy

A Rosse Cuadra

Gustaba caminar por la avenida, en especial, entre la calle catorce y quince. Despertaba la primavera, su estación preferida, pues las jacarandas siempre estaban en flor: púrpuras caricias que ornamentan los cielos y endulzan todos los caminos. Gustaba, sobre todo, pasar sobre la calle quince, cuidando siempre de pisar las baldosas. Cuando el tiempo no tiraba de su corbata, subía al Parque Gómez Carrillo a tomar el café matutino y conciliar sus penas y preocupaciones con el Príncipe de los cronistas[1].

Una mañana, de camino al trabajo y con una hora extra en el bolsillo, decidió llevar el conteo de las baldosas que pisaba día a día en ese tramo al que le tenía tanto afán. Andaba, como un niño con zapatos nuevos, viendo hacia abajo mientras contaba las baldosas cuando uno de los cálices purpúreos cayó danzando con peculiar elegancia frente a su rostro. Alzó entonces la mirada y toda la avenida comenzó a perderse a la distancia en una suerte de perspectiva fragmentada.

El sendero, anteriormente derecho, dejaba ver ahora una ligera inclinación ascendente que se iba pronunciando

más y más. El errante, sin embargo, no bajó ya la mirada. Continuó caminando. De cuando en cuando, volteaba a ver, pero no por mucho tiempo. La realidad era ahora lo que se quedaba a la distancia. El camino continuaba empinándose y la acera, que hasta entonces acompañaba sus pasos, comenzó a desaparecer bajo sus pies. Encontró sumamente extraño el hecho de que no sentía terror... ni siquiera miedo, sino todo lo contrario, lo invadía un sentimiento de familiaridad.

Lo que hace poco era una avenida pavimentada, era ahora una suerte de baldosas dispersas que daban a la nada: un espacio negro, en apariencia infinito, que se extendía frente a él; un espacio vasto, frío, silencioso e intermitentemente iluminado por nebulosas que cambiaban de azul a naranja, de verde a escarlata, de gris a rosado. Conforme más se adentraba, las estrellas se hacían más evidentes. Algunas, como faros distantes, se apagan y enciendían, llegando a lastimar sus ojos al contacto directo con el fulgor; otras, como hadas juguetonas, serpenteaban por la bóveda y orbitaban alrededor de su cuerpo para perderse después en el oscuro e inexistente horizonte.

Volteó a ver su muñeca y el reloj, que mecánicamente se ponía todas las mañanas, era un algo ajeno a su imaginario. Tal concepto resultaba difuso e irreconocible en su mente. Cuando reparó en ello, este comenzó a desbaratarse y a deshacerse hasta las cenizas. No sintió miedo, solo extrañeza, porque todo le resultaba familiar. Volteó a ver su mano derecha, la que siempre cargaba el maletín, y lo desconoció también... se hizo polvo cuando intentó apretar con mayor firmeza el mango. Al tener sus manos libres, tanteó su cabello. Antes, estaba recortado a la manera clásica, mas ahora portaba una melena vigorosa y desordenada, sintió en esta un olor ocre, a humo. Vio sus manos después de examinar su cabeza ¡y se habían tornado más finas!, más blancas, ligeras. Un nuevo peso se anunciaba en sus muñecas y vio cómo, lentamente, se materializaron unos brazaletes metálicos. Sintió una fuerte presión en el pecho, su corazón latía como un caballo desbocado e intentó aflojar la corbata. Cuando arrastró el nudo hasta la mitad, se tornó en una serpiente y estuvo a punto de entrar en pánico cuando notó que estaba muerta, degollada. La soltó y cayó al vacío. No se hizo ceniza, ni polvo, solo se quedó allí, flotando a la deriva del espacio. Sus pies nunca cesaron de andar.

¿Qué ocurría? Su mente intentaba dar con la respuesta, ¡sabía que la tenía!, pero se estaba escondiendo entre la borrasca de la confusión. Volteó a ver el camino andado y la lumbre de la realidad era solo un punto parpadeante en la lejanía. Al ver que los significantes poco o nada respondían, intentó penetrar en el significado de lo que

estaba ocurriendo y se hizo la luz. La bóveda oscura comenzó a agrietarse, un estruendo horrible se apoderó del espacio y comenzó a temblar. Todo cuanto sus ojos percibían se quebró, emitiendo un grito como el del cristal que impacta con el suelo.

Cada fragmento que se venía abajo era una pieza del tiempo. En cada una de estas piezas, el hombre, su civilización y los sucesos que componen la Historia estaba albergado en ellas. El fuego, las huellas de Altamira, el número, las ciencias y las artes, las hazañas homéricas, el Partenón, las enseñanzas de Sócrates, Platón, las esculturas de Praxíteles, Roma y su ascenso y caída, el Gran Jaguar, las Catedrales, la Peste, ¡la Inquisición!, el exilio de Dante, el Renacimiento, Notre-Dame, las revoluciones, el vapor, el reloj, la corbata, las reformas, la Independencia de América, la Primera Guerra, la Teoría de la relatividad, la Segunda Guerra, la disputa del alma, los Beatles, Vietnam, hasta el Parque Gómez Carrillo... todo, todo aquello que la mente de usted, lector, pueda colocar en cada uno de estos lienzos, y que figura un momento clave, una vida ilustre dentro del curso de la Historia -oficial y no oficial-, caía ahora como las piezas que son devueltas por una tosca mano a la caja de un viejo rompecabez

Con la vista al frente, continuó caminando. Caminó mientras todo aquello que alguna vez creyó conocer, y hasta disfrutar, se desplomaba a sus espaldas.

Otro punto de lumbre se hizo presente

en su camino. Estaba lejano, pero no aceleró el paso. Mientras más cerca estaba de la luz, más familiar era todo... iba comprendiendo. Alcanzó el portal: ese enorme círculo dorado y palpitante; escuchó una voz, percibió un incienso y... suspiró. Antes de entregarse a las áureas fauces, volteó una vez más. «Todo está claro» murmuró para sí, y prosiguió.

—¿Qué quiere decir eso? ¿Qué quiso decir Apolo? —le preguntó un joven de blonda cabellera y pálido semblante, mientras dejaba a un lado su escudo, a la pitonisa que intentaba recuperar el aliento.

[1] Enrique Gómez Carrillo (Guatemala 1873 – París 1927). Célebre prosista guatemalteco al que se le nombró “el Príncipe de los cronistas” gracias a sus múltiples impresiones de viajes: textos en los cuales se aprecia un notable trabajo poético de corte modernista. Entre la quince y catorce calle, sobre la sexta avenida del Centro Histórico de la Ciudad de Guatemala, se encuentra el Parque Gómez Carrillo, y en el parque, un busto de mármol en honor al cosmopolita y bohemio más recordado de la nación.



Imagen: Alexander Consulting the Oracle of Apollo – Louis-Jean-François Lagrenée

Cuatro relatos cortos

Jaime Alberto Cabrera

El ritual

A Leidy

Abstraído en la incisión, el sacerdote miraba fijamente el cuerpo. Las ofrendas habían sido preparadas con días de anterioridad con los mejores perfumes y ungüentos de las profundidades de la selva. En los códices estaba la fecha exacta de la maldición que nublaría el cielo y sólo la dádiva a los dioses los podría salvar. Empezó la incisión. La joven temblaba al ver la obsidiana penetrar su tierna carne en medio de las oraciones y la humarada asfixiante. El corazón reluciente era exhibido con algarabía por el pueblo devoto. El segundo joven fue conducido poco a poco a la cúspide de la pirámide donde lo esperaba el altar ceremonial. Sin ninguna resistencia, y siendo plenamente consciente de su destino fatal se dejó sujetar las manos y los pies. El divino sacerdote sudoroso y jadeante se fijó la máscara de jaguar y con las oraciones rituales sujetó fuertemente la obsidiana con la sangre goteante que cayó con tibiaza en el pecho del joven que empezaba a asomar vellosidad. El alba irrumpió con sus primeros rayos la pirámide sagrada y el sacerdote entendió que era la señal del Padre Sol. En ese preciso instante recibió un disparo en la frente. Siguieron otros. La multitud observó atónita la lluvia de fuego de aquellos dioses vengadores mitad hombre, mitad bestia que habían predicho los ancianos y los códices.

Mar adentro

Llevan meses navegando por las aguas del Pacífico en lo que ellos creían los mares de la India. Agua y comida empezaban a escasear. El capitán genovés les había asegurado que en pocos días pisarían tierra firme. Su palabra tenía un sólido valor en la tripulación; años de navegación le daban una autoridad irrefutable. Tarde tras tarde el vigía observaba meticulosamente en las alturas del mástil.

El 21 de marzo de 1526 el hombre gritó:
“! Tierra ¡Tierra!”

Todos lanzaron gritos de júbilo y bebieron con frenesí el escaso vino. En pocos minutos el barco se encalló contundentemente en el cristal; mientras los marineros, atónitos, observaban a hombres gigantes pasar de mano en mano la botella.

La reencarnación

Cuando abrió los ojos confirmó que la reencarnación era real. Recordaba vanamente una pira de fuego y dos monedas en los ojos consumiendo su humanidad. Una batalla donde los aqueos destruían la ciudad sagrada de Troya; un caballo de madera que llevaba en las entrañas la perdición.

Ahora sus brazos eran alas y su razonamiento se reducía al consumo obsesivo de una flor.

El acto

Habían preparado el acto con meses de anterioridad. Su cómplice lo esperaría en el lugar acordado. Él llegó y vio a la multitud dispersa en el desierto, alrededor de las aguas.

Entró a las aguas del riachuelo y empezó la función.

“He aquí de quien han hablado los profetas”, dijo el cómplice. Los hombres se arrodillaron confiando absolutamente en sus conocimientos astronómico. El cielo empezó a nublarse, y la gente entró en un frenesí total.

Esa noche el par de prestidigitadores celebran con vino y prostitutas el éxito de la función.



Imagen tomada de pixabay.com

El arúspice y la soñadora

Maximiliano Sacristán

Le tocó vivir en una época desencantada, donde la fantasía brillaba por su ausencia. No obstante, supo darles un uso práctico a sus virtudes adivinatorias. Déjenme que les cuente.

Don Antonio Valerio era el carnicero del vecindario de mi infancia, un comerciante más, atento a las minucias de la supervivencia pequeñoburguesa. Regordete y de cara bonachona (tal vez por sus mofletes), este cincuentón, hijo de inmigrantes italianos como tantos de por aquí, atendía su negocio de nueve a veinte, siempre redituable en un país lleno de vacunos y habitantes carnívoros. Visto desde la calle, la carnicería Espurina no parecía guardar ningún secreto, salvo ese nombre extraño para el común de los mortales. Pero para unos pocos elegidos, don Antonio se destacaba por dos cualidades más: era arúspice y “levantador” de quiniela clandestina.

A mi abuela Amelia le gustaba apostar, y su única distracción de jubilada era la de jugarse un numerito en sintonía con la interpretación de su sueño más reciente. Aquel chico que fui supo ser el confidente de su teatro onírico, y aún recuerdo un listado pegado en la puerta del refrigerador que desplegaba su simbología popular para los cien números de la lotería, o mejor dicho para su terminación de dos dígitos.

Lejos de lo esotérico, esta numerología que iba del 00 al 99 era de vox populi: El veintidós, por ejemplo, representaba al loco; el cuarenta y ocho, al muerto que habla; el sesenta y dos, a la inundación... Abuela despertaba y me llamaba desde su cuarto, antes de que el sueño se diluyera en las urgencias de la vigilia. Doña Amelia, también hija de inmigrantes italianos, le confesaba a su nieto cosas como: “Anoche soñé que volvía a la escuela y tenía piojos. La maestra me retaba porque yo me rascaba la cabeza a cuatro manos. Andá a ver la lista”. Yo corría a consultarla y si encontraba alguna coincidencia regresaba al dormitorio con la noticia: “Los piojos es el ochenta y siete”. Sin darse cuenta, el nieto que fui hacía las veces de intermediario oracular.

En esos días de revelaciones oníricas, abuela se levantaba con una energía especial, porque sabía que cuando saliera a hacer las compras para el almuerzo pasaría por la carnicería para ilusionarse con una modesta apuesta. Y esa noche nos quedaríamos despiertos hasta tarde escuchando la radio: la transmisión en directo desde la sede de la Lotería Nacional nos informaría si el sueño de la abuela había sido premonitorio. No siempre el oráculo adherido al refrigerador era generoso con sus respuestas.

Pero si doña Amelia no recordaba

haber soñado y aún así quería despuntar su vicio de apostadora, había que recurrir a los servicios de don Antonio. Porque para su séquito de unos pocos cofrades, este comerciante se hacía llamar Spurinna, como el famoso adivino romano, y aseguraba ser descendiente de la gens etrusca. De sus lejanos antepasados tribales había heredado el poder de predecir el futuro leyendo las reses que él mismo despostaba. Estaba en su sangre, y sus clientes especiales, los apostadores, aseguraban que sus sugerencias casi nunca fallaban:

—Juéguele al treinta y dos sin temor — recuerdo haberle escuchado decir a mi abuela, mientras el carnicero cortaba a cuchillo filetes de bola de lomo para las milanesas del almuerzo. Visto en contrapicado (yo tendría unos ocho años de edad) todavía recuerdo sus manazas rebanando la carne vacuna con gran parsimonia. Y entre feta y feta, demorarse observando bien de cerca el misterio en la trama de lo que hasta hacía unos días habían sido las entrañas de un rumiante que pastaba parsimonioso por la llanura pampeana.

Tal era su “servicio”, si los sueños freudianos no se comedían a señalar el futuro en forma de guarismo. Luego don Antonio cobraba por partida doble: por la carne vendida y por su servicio de augur. Total, si su cliente (y connivente apostador) ganaba a la quiniela, el que pagaba el premio no era él sino su jefe, el “capomafia” del juego clandestino que organizaba la actividad en el barrio. Como “levantador” de apuestas, el inocente carnicero ganaba su comisión sin

revelarle a sus “colegas” sobre estas destrezas proféticas que lo convertían en el “asesor” más buscado por los tahúres del barrio. No obstante, yo creo que el comerciante hacía lo que hacía no por el dinero extra, sino porque en verdad sentía poseer los genes proféticos de los adivinos de Etruria. Mi abuela, puedo dar fe de ello, ganaba bastante seguido, aunque sus ganancias no sumaban mucho a su devaluada jubilación pues la soñadora no confiaba en su suerte y siempre apostaba “a los premios”, es decir del segundo al vigésimo puesto: tenía más chances, pero el premio era mucho menor que acertarle “a la cabeza”.

Mercader habilidoso y operador de apuestas famoso, así podríamos retratar a don Antonio por el lado de afuera. No obstante, un puñado de íntimos sabía que en ese comercio cuyo nombre sonaba a sustancia de su enemigo declarado, la dietética, había algo de sagrado. Una sacralidad profana, si vale el oxímoron, una magia menor diluida con el barro de la cotidianidad más pedestre y en un tiempo de banalidades al por mayor... Pese a todo, una partícula del arcano aún titilaba en ese reducto como el púlsar de una galaxia distante. Y nuestro anacrónico vate, con su delantal blanco maculado de sangre seca, auguraba en el rojo comestible la suerte de sus creyentes. Como corolario diremos que la clausura de la carnicería del “Tano” Valerio no tuvo nada de sobrenatural. Su éxito como “levantador” de apuestas ilegales le ganó el encono de sus “colegas”, y una denuncia anónima a las autoridades llevaron a los investigadores policiales a allanar el

local. En un cajón brilloso de grasa vacuna los pesquisas encontraron la evidencia que necesitaban: una libreta con anotaciones manuscritas donde se encolumnaban apodos, montos y fechas (abuela habitaría esa lista). Y el arúspice de entrecasa fue detenido no por traficar con la magia de un pasado añorado, no por aportarle algo de sal a un tiempo desabrido; sino por cometer un delito mucho más terrenal: el de burlarle el monopolio de las apuestas “oficiales” al poder de turno.



Dice-players and a bird-seller gathered around a stone slab - Master of the Gamblers

La novena ola

Marta Mariño Mexuto

La encontró muy temprano, cuando todavía no había amanecido del todo, en uno de sus paseos por las calas del acantilado, que quedaban al descubierto con la marea baja. Estaba tendida boca abajo en la arena húmeda y compacta de la orilla, y las olas rozaban sus pies. Sobre sus piernas aún quedaba alguna mota plateada. Cuando la cogió, ella entreabrió los ojos y movió los labios, pero de ellos no salió ningún sonido: todavía se encontraba demasiado débil. El cabello de la joven se enredaba en sus brazos como algas oscuras y viscosas. Le sorprendió la ligereza de su cuerpo, que le hizo pensar que sus huesos eran, en realidad, delicadas espinas. Al sentir su respiración, le pareció tan frágil como un pez recién pescado, todavía palpitante.

Los pescadores que acudían al trabajo cuando la luna aún no se había retirado vieron al marqués llevando en brazos a una mujer desnuda, en dirección al castillo, y no les fue difícil intuir lo que había ocurrido. No es que sucediera con frecuencia, pero todos habían oído alguna vez historias parecidas de boca de sus padres o abuelos, y esta vez había sido él el que la había encontrado. Les resultaba algo cómico, ya que el marqués tenía tal fama de ermitaño que, de haber sido preguntado antes, cualquiera diría que, si encontrara una de ellas,

la hubiera dejado yaciendo en la playa sin mirarla siquiera.

No obstante, la recogió, y se la llevó al castillo, apenas merecedor de ese nombre, donde vivía solo, con un único criado anciano que llevaba toda la vida sirviendo a la familia y que a duras penas podía administrar una propiedad de tal tamaño. Pero el marqués quiso ocuparse personalmente de ella: la instaló en la mejor habitación y la dejó acostada, a la espera de que se recuperara. Cuando lo hizo, se asustó al verse en un lugar desconocido y, además, encerrada. Estaba bastante alterada y se negó a ponerse el vestido que el marqués le había dejado junto a la cama, por lo que éste se vio obligado a llamar a su criado para, entre los dos, vestirla a la fuerza. Él, cuya voz hasta entonces era siempre ronca, ya que podía permanecer semanas enteras sin dirigirle la palabra a nadie, le hablaba a la recién llegada con una afabilidad y delicadeza insólitas en su persona. La única palabra que pronunció fue “Nei”, cuando se le preguntó por su nombre, de modo que así fue como la llamó a partir de ese momento. No llegó a saber si ella le comprendía o no, porque nunca le contestaba, por más que se esforzaba por hacérsele agradable. Nei se limitaba a mirarle con sus grandes ojos acuosos, sin parpadear; pero de vez en cuando

sus labios se curvaban en una sonrisa enigmática, que asombraba al marqués, que no sabía si considerarlo un leve gesto irónico, muestra de que comprendía más de lo que aparentaba, o solamente una mueca involuntaria, como las de los que han perdido el juicio. A pesar de los múltiples baños, su cuerpo seguía oliendo a sal.

Pasado el desasosiego de los primeros días, la existencia de Nei en el castillo se hizo más tranquila. Se limitaba a permanecer sentada mirando a su alrededor con desgano, como si ese nuevo escenario que ella se había imaginado más interesante hubiera acabado decepcionándola. Al principio, pasaba largas horas peinando sus largos cabellos en actitud ausente con un peine de marfil, lo único que utilizaba de todos los artículos que su anfitrión le había proporcionado. Poco a poco, fue pasando cada vez más tiempo frente a una de las ventanas de la mansión, que daba directamente al acantilado. Permanecía allí ajena a lo demás, con la vista clavada en el mar. Sus días favoritos eran aquellos en los que se desataban tormentas que cubrían el cielo de nubes densas y oscuras, y el sonido del mar agitado se unía al silbido constante del viento. Si además se oían los truenos, era el espectáculo perfecto. La mirada de Nei denotaba su deseo de hallarse en el medio de la tempestad, y su leve sonrisa recordaba a la de una de esas antiguas esculturas de diosas griegas de cuya alegría se desconocen las razones.

Ante el ansia que manifestaba Nei por salir de los muros del castillo, el marqués no pudo evitar mostrarse

conmovido, porque parecía un animal enjaulado, que languidece contemplando el exterior. Así que le permitió dar breves paseos, siempre bajo su supervisión, generalmente al alba o al crepúsculo para evitar ser vistos.

Un día se desató una tormenta colosal. Durante toda la jornada el cielo había estado cubierto por un denso manto de nubes, que había oscurecido la tierra como si el sol nunca hubiera salido. Finalmente, empezó a llover por la tarde. Las olas se fueron haciendo más grandes a medida que avanzaba el tiempo; mientras los pescadores, que contemplaban el mar desde sus casas, juraban por la memoria de sus antepasados, quienes jamás habían visto olas de tamaño semejante, y que era imposible que aumentaran, éstas seguían haciéndose más fuertes. Los rayos rompían la oscuridad del cielo y las gaviotas, incapaces de luchar contra el viento, se arrastraban rodando por la arena.

En el castillo, los muros no servían en absoluto para silenciar el ruido constante del viento y de los truenos: cada uno que sonaba retumbaba de manera tremenda, y hacía parecer que las enormes vigas de madera que sujetaban el edificio se desmoronaban. Nei, frente al alféizar de su ventana favorita, manifestaba su nerviosismo arrancando y retorciendo entre sus manos mechones de cabello. El marqués, para evitar que continuara haciéndolo, la agarró del brazo con cierta brusquedad. En ese momento, se dio cuenta de lo imprudente de su acción, porque no sabía cómo iba a reaccionar la joven. Pero ella no

se mostró violenta, sino que miró a la ventana y después a él con una expresión de ruego y a la vez, de fiereza, que hacía innecesarias las palabras. Él no tuvo más remedio que soltarla y dejarla ir, aunque la vigilaría desde la ventana.

La vio frente al acantilado, empapada por la lluvia. Con su vestido blanco destacando en medio del entorno grisáceo, se asemejaba a una aparición de otro mundo. El viento hacía volar el pelo a su alrededor como si tuviera vida propia; a veces los rizos se enredaban alrededor de su cuello con fines perversos. El marqués advirtió que Nei movía los labios y tenía la vista fija en las olas, pero le resultaba imposible distinguir palabra alguna. Las olas llegaban ahora incluso a salpicar el acantilado, cuando normalmente rompían varios metros abajo. La primera ola mojó a Nei y la hizo retroceder, pero mientras la tercera golpeaba las rocas, se fue acercando hasta el mismo borde del precipicio. Al tiempo que estallaban la cuarta y la quinta, el marqués volvió a fijarse en que la joven parecía decir algo y un incontenible temor se apoderó de él. Cuando, con la novena ola, la vio arrojarse al abismo con una leve sonrisa en los labios, se dio cuenta del error que había cometido al consentir que saliese.

Desde que desapareció aquella joven desconocida, el marqués no volvió al castillo, ni su viejo criado intentó que lo hiciera, porque sabía que sería imposible. Se pasaba los días junto al acantilado, dormía a la intemperie y no miraba hacia otro sitio que no fuera el mar. Llevaba ropas harapientas

y el cabello enmarañado; nadie se atrevía a hablarle, pero él estaba continuamente farfullando palabras ininteligibles y contando con los dedos. De vez en cuando se enfadaba y tiraba alguna piedra al mar, pero enseguida reanudaba sus cálculos de manera obsesiva. Se decía que pasaba todo el tiempo enumerando las olas, esperando a que llegase la novena y pudiera reencontrarse con la criatura que una vez encontró varada en la playa.



Imagen: The Land Baby - John Collier

Despertar

Santiago Garcés Moncada



Esa tarde de febrero había llegado a su pueblo una extraña mujer de plateados cabellos, aquella foránea arribó en la carretera con su chispeante mirada mucho antes de que llegara la electricidad y el agua potable de la ciudad a sus ranchos de madera; al bajar de la carroza y pagar al cochero el viaje, se vio acompañada únicamente por su maleta de cuero negra, la cual era un poco más brillante que el roto y anochecido vestido que la envolvía a esa crepuscular hora de domingo.

aminó sin prisa en dirección a la taberna al otro lado de la senda, al acercarse miró a los ojos de José, quien estaba tomando en las afueras del bar y la observaba desde hacía rato, puso en el suelo su maleta y le preguntó con su ronca voz por el camino hacia

el cerro bravo, José la miró extrañado, señalándole una trocha entre los matorrales crecidos que ocultaban el camino a los citadinos y en forma de advertencia, con tono burlón, le dijo: —¡Ay mujer!... ¿Para qué arriesgarse a ir a ese monte tan peligroso? Ese maldito lugar a esta hora ya debe estar lleno de brujas, mi señora, pero bueno... Estoy seguro de que a usted no le pasaría nada, si hasta parece una. —La carcajada de sus compañeros reventó en coro junto con las voces dentro del bar que al parecer escuchaban lo que pasaba, José miró de arriba a abajo a la mujer y dijo:

—Definitivamente...—burlándose así de su apariencia andrajosa y del enmarañado de su pelo blanco, la mujer arrugó aún más el ceño, ya fruncido por los años y acercándose a su oído le susurró con cierta maldad

en el tono:

— Te sorprendería saber cuánta razón tienes, José... —y alejándose riendo, se encaminó a la trocha que le había señalado anteriormente.

José, que jamás había visto antes a esa mujer, se aterró al escuchar salir su nombre de esa boca marchita, un escalofrío le recorrió el espinazo. Ya un tanto ebrio se levantó dando tumbos, no sabía el por qué, pero había logrado asustarlo lo que le dijo aquella anciana, el cielo estaba sombrío y las lámparas que colgaban de las paredes habían sido encendidas por el cantinero hacía poco más de una hora, José tomó la lámpara de aceite que alumbraba cerca de su mesa y, gritando “¡Maldita bruja!”, la lanzó fuertemente contra ella. Sus desorientados sentidos cegados por el alcohol le hicieron fallar el golpe, la lámpara se reventó a los pies de la anciana, haciendo un charco de fuego y encendiéndo la cola de su vestido que logró ser alcanzada por las llamas. La maleta que llevaba cayó al suelo, esparciendo por la carretera algunas exóticas raíces de color rojo y morado y un par de animales muertos llenos de alfileres y costuras.

La mujer gritó al sentir cómo el fuego le desgarraba la piel de la pierna dejándola teñida de infierno y sangre, intentaba rodar por las piedras para extinguir el fuego, pero no lo consiguió sino hasta que se había consumido la mitad de la falda de su traje. El olor putrefacto de la piel y el cabello quemado invadió por un instante todos los rincones: —¡Me las pagarás! ¡Lo juro! —dijo furiosa entre

sollozos y, tomando una rata muerta de su maleta, gritó: —¡Te maldigo desde hoy, estúpido hombre! —enterrando alfileres en cada ojo del roedor. —¡Te condeno a no despertar vivo!, ¡maldito seas José!, ¡¡¡maldito seas!!! —clavando un último alfiler en la cabeza de la rata y lanzándola a la cara de aquel ebrio con saña y repugnancia.

Sintió el golpe en su cabeza mientras la anciana corría al camino y se perdía entre la maleza, riendo de tal forma que al diluirse en el follaje parecía más una hiena que se burlaba de su presa, su voz ronca se hizo exageradamente aguda en la distancia y, cada vez más leve, se escuchaba su amenaza: “¡Recuerda lo que te digo!, recuérdalo...”.

El golpe del animal lo había hecho caer, golpeándose la cabeza contra el borde de la silla, el dolor tardó un poco en desaparecer y el mareo que le produjo la caída había logrado hacerlo desistir de la idea de perseguir a la mujer. Se levantó y, pagando la cuenta con un billete arrugado, se dispuso a ir a casa.

La cabeza le dolía, las calles se derretían como relojes descoloridos, recordaba claramente aquel cuadro extraño que había dejado atrás su madre el día que abandonó el rancho para irse a buscar suerte a la ciudad, sin dejar más que la cena servida y un chocolate reposado en el fogón.

Los ruidos de los niños que bajaban veloces en sus coches de madera, raspando los zapatos contra las piedras, le arañaban los oídos; el cielo estaba oscureciendo mientras

caminaba rompiendo el silencio con un silbido simple, avanzaba lento, mirando cómo entre los árboles florecía el brillo de la luna al alba, dando paso al frío de la noche.

Al llegar a casa, prendió la vela sobre el mesón de la cocina y puso a calentar lo que había quedado del almuerzo en el fogón, se dispuso a comer para descansar, la cabeza le daba vueltas. Después de lavar el plato y de cerrar las ventanas para espantar el frío y los malos espíritus, se dirigió a la habitación, al dejar sobre la mesa el cinturón y la vaina del machete, se desabrochó el pantalón, las botas empantanadas reposaron tras la puerta, contrajo los dedos de los pies que crujieron como ramas secas y un calor en su planta lo reconfortó profundamente. Sobre la silla lanzó la camisa que, manchada de maleza y café, esperaba el nuevo jornal en la mañana y así, en camisola y con el pantalón abierto, se recostó en la cama, dejando sobre la mesa una vela encendida en un frasco de leche vacío que hacía de candelabro.

El dolor de cabeza se hacía cada vez más fuerte, el sudor en su frente mojaba sus labios resecos, sus pensamientos solo le recordaban las palabras de aquella mujer que decía que no despertaría vivo. La madrugada llegó pronto y el revoloteo de su cuerpo girando sobre la sábana lo mantenía en un desvelo desesperante, con los ojos cerrados y el oído puesto sobre el colchón, empezó a sentir cómo bajo la cama algo se movía lentamente, los pasos que se arrastraban casi imperceptiblemente le causaban cierta zozobra, y un escalofrío que subía desde sus pies lo recorrió hasta la coronilla al sentir

sobre su pierna un extraño caminar de dedos que le espantaron por completo el poco sueño que tenía. Al poner sobre la vela consumida un nuevo cabo, vio cómo en su cama caminaban casi una docena de alacranes y arañas, al ver esto, horrorizado, alzó la sábana y la sacudió, lanzándolos fuera de la cama, los miraba ir por el pasillo a la cocina y escabullirse bajo la mesa. Al revisar bien su cama, alumbró el camino hasta sus botas, sacudiéndolas con fuerza hasta sacar un par de alacranes de aquella bota que sin querer había quedado tumbada en el piso de madera, tomó la bota y agitándola los aplastó con rabia, haciendo rechinar el suelo.

Luego de revisar y matar todo lo que pudo encontrar bajo la cama, se dispuso a descansar lo poco que le quedaba antes de tener que ir a trabajar, pero el arrastrar lento de aquel ruido bajo la cama que no había cesado lo hizo imposible.

Poco antes de salir el sol solo las brasas del fogón a leña iluminaban la morada, la callana sobre el fuego calentaba las arepas mientras José tomaba un poco de chocolate directamente de la olla aún caliente y tiznada, el cansancio de aquella noche de desvelo y la resaca de las botellas de anís que había vaciado en aquel bar le habían despertado un mal humor y una ira poco usuales para él.

El sol calentaba fuertemente el cafetal, sus ojos pequeños, entrecerrados por la luz y el sueño, no distinguían bien el escarpado camino entre planta y planta, haciéndolo resbalar varias veces de cara a la tierra. Al

acabar el jornal, su mal humor se acrecentaba, el ardor de sus mejillas bajó un poco al quitarse el sudor en el río, las mansas aguas represadas por rocas y palos bajaron su cansancio, y su espíritu se liberó de aquella ira mientras era bañado por los rayos del sol que atravesaban los árboles. El canto de los turpiales en las copas de los yarumos fue interrumpido por un movimiento en los arbustos, al mirar hacia el lugar, un zorro se asomó y se le quedó mirando un largo rato, al salir desnudo de entre las aguas sintió que la mirada de aquel animal era de un ser distinto a un zorro, le pareció que era de hombre y lanzándole una piedra lo espantó, haciéndole internarse en el bosque en pocos segundos. Terminó de salir y se posó en una roca lisa a recibir calor, luego de secarse al sol empezó a vestirse pero sus botas no aparecían por ningún lado, las buscó casi una hora, pero ya la luz del día iba mermando y no quería que las brujas lo pillaran caminando descalzo por el bosque, así que empezó a caminar maldiciendo y refunfuñando mientras las piedras lacerantes del camino se clavaban en sus plantas, que sangraron hasta llegar al bar fuera de la trocha. Cuando llegó, lavó sus heridas con un poco de agua y con el alcohol de un aguardiente trató de desinfectarse. — Arde como el infierno —dijo furioso, sus amigos le preguntaron qué le había pasado y contándoles, soltaron una carcajada mientras decían: “Eso fue ese zorro... Seguro era un duende y le embolató las botas, compa”. Uno de ellos, que vivía a un par de casas, le regaló unos zapatos viejos un poco grandes para él, quien luego de dar las gracias, se dirigió a su casa malhumorado y cojeando un poco por

las heridas de sus pies.

Al llegar, cerró la ventana de la sala y se fue a la cama sin comer, su cansancio era más grande que su hambre, pero esa noche no pudo descansar, se la pasó pensando en todo lo que le había pasado y se enojaba consigo mismo por ser incapaz de dormir necesitándolo tanto.

“Qué hago yo... Creyéndole a esa maldita mujer que dice ser bruja, si de niño las perseguía con mi padre y el machete, cuando en el techo brincaban y, riéndose, alzaban el vuelo, ¡¿será que de viejo me ha entrado el miedo?!”, pensó, y luego, quedándose en silencio, pasó el resto de la noche mirando al techo.

Al levantarse notó que era un poco tarde para ir a trabajar, había perdido la noción del tiempo. Tomó un pan duro de la despensa y corrió hasta el cafetal. Cuando el capataz de la finca lo vio a lo lejos, su ceño se frunció mientras le mostraba el brillo de su reloj. Al llegar al lugar, esperando el regaño, se sorprendió al no escuchar ni una sola palabra, su pálido rostro era adornado por un par de grandes ojeras y unos labios ressecos y sangrantes. Aquel hombre al verlo así le trajo un café de la cocina de la finca para que se comiera el pan y lo mandó a trabajar al poco tiempo, el sol ese día estaba cansado y se dejaba robar poco a poco el azul del cielo al paso de las nubes grises, el aire daba un soplo lento y, tumbándole el sombrero, anunció el final del jornal.

Al caminar despacio y con la mirada cansada, recogió de entre el cafetal su

sombrero enredado en una rama del camino, al alzarlo de las hojas sintió la forma de la herida, no tuvo tiempo de reaccionar, una culebra cazadora le había clavado los colmillos en la mano haciéndole pegar un grito, desenvainó el machete y picó al animal con mucha furia, desahogando la rabia de esos tres días con la escurridiza criatura de la que no quedaron sino trozos de carne sobre la hierba. La culebra, aunque no era venenosa, provocaba fiebres altas y mareos, su mano un poco hinchada por la mordida fue vendada por la dueña de la finca que dando orden al capataz, lo hizo acompañarlo hasta su casa para dejarlo reposar uno o dos días, pagándole la semana del jornal y un poco más para que comprara medicinas. Ya a caballo casi desmayado, cabalgaba por la calle destapada aferrado a la cintura del capataz, la cabeza le daba vueltas, sentía cómo en los árboles una sombra lo seguía. Al llegar a casa y entrar en la cama, el hombre que lo traía le hizo un té de manzanilla y, preguntándole por qué al llegar en la mañana tenía esa apariencia de muerto, le entregó aquella infusión en una taza de barro.

José, limpiando el sudor de su frente, le contó lo sucedido desde aquella tarde en el bar y luego de terminar, el capataz puso la mirada seria y se santiguó. —Está bien, le creo todo. Me quedaré esta noche haciendo guardia para que pueda dormir aunque sea un poco —le dijo. El hombre amarró el caballo a un árbol afuera de la casa y se sentó en una silla de guadua del comedor mientras se tomaba un café, puso su machete sobre las rodillas y tomó el crucifijo entre sus manos, José lentamente iba despojándose de

la razón, huyendo al sueño.

Afuera, en el frío de la madrugada, el caballo desesperado empezó a relinchar, jalando la cuerda y haciendo crujir el árbol estrepitosamente, el capataz salió a mirar lo que pasaba y vio cómo al reventarse la cuerda que lo ataba salía huyendo su caballo entre los árboles, sin pensarlo salió corriendo tras él, llamándolo y silbando hasta que lo perdió entre la oscuridad y tuvo que regresar, adivinando el camino que a cada paso se le hacía más extraño aunque apenas hacía unos segundos había pasado por ahí.

José a punto de dormirse no pudo percibirse de cuándo se apagó la vela, su respiración lenta fue interrumpida por unas manos oscuras que rodearon su cuello, no era capaz de moverse, su pecho comenzó a ser arañado y su cuello era oprimido al punto de no dejarlo respirar, el miedo había tomado por completo su cuerpo al abrir los ojos y ver un bulto negro encima suyo, su vista se fue nublando con cada segundo que pasaba y solo el ruido de un grito lo hizo volver de la bruma, el capataz había entrado a la habitación jadeando y tomando el crucifijo de la silla empezó a rezar a gritos la magnífica, el bulto negro comenzó a gritar también entre rugidos de animal y mujer mientras tapaba sus oídos. Desenvainando su machete y pidiendo a Dios que los bendijera, comenzó a darle machetazos a la sombra, que gritaba a cada corte de la hoja manchada de brea y sangre. José también tomó su machete y durante toda la noche, sin parar un solo instante, apuñalaron el bulto mientras rezaban en voz alta

todo lo que se sabían, dándole siempre puñaladas impares para que no tuviera forma de curarse.

Al llegar el amanecer, al primer rayo de luz se desvaneció la sombra moribunda, los hombres agotados y victoriosos se dirigieron al bar donde bebieron casi hasta perder la cabeza, contando a todos su gran hazaña y quedándose así hasta la tarde del sábado, gastando todo su dinero en anís y ron y siendo invitados por los otros campesinos en honor a su valor. José, llevaba ya seis días sin dormir, sus ojos rojos y su apariencia de ánima en pena dejaban notar lo cansado de su cuerpo, la beodez de esos días de alcohol lo hacía caminar tambaleándose, caminó más lento por el miedo a caer en las piedras y romper la botella de aguardiente que sostenía en la mano.

Abrió la puerta de su casa y así la dejó, puso el sombrero sobre la silla de su habitación y el aguardiente sobre la mesa, prendió la vela y se miró la cara en el reflejo de la botella, sus ojos no daban más y sin quitarse los zapatos se tiró a la cama derrotado, tumbando su botella de aguardiente casi llena, rompiéndola contra el suelo embarnizado. Se lamentó, pero ya no importaba, por fin podría dormir después de haber derrotado a esa maldita bruja. Al acostarse sintió que algo le detenía la sábana desde el suelo bajo su cama, pero casi desmayado jaló bruscamente la sábana sin pensar y se envolvió en ella, refugiado en infantiles esperanzas, dándole la cara a la pared y la espalda al mundo. La mesa se tambaleó al sacar la sábana de debajo de una de sus patas, pero

José no se inmutó, vencido por el cansancio no pudo ver balanceándose en el bordo de la mesa la botella que le hacía de lámpara esa noche. Al quedarse dormido, comenzó a soñar con el bar, la mujer llegaba de nuevo en aquella carroza al pueblo, preguntó por el cerro bravo y él, riéndose, le señalaba el bosque en llamas a lo lejos que se consumía como si fuese el mismo infierno. La mujer miraba el fuego con asombro y José, tomando la lámpara y lanzándola, la golpeó en la cabeza, las llamas bañaron el cuerpo de la anciana en un instante y él se quedó viendo cómo se consumía, gimiendo y maldiciendo entre las llamas, gritando: —¡No amanecerás vivo! ¡No lo harás! ¡Recuérdalo, no lo harás!...

Al día siguiente, después de arduas horas de traer agua del río con baldes y tarros, lograron apagar el fuego. La casa quedó totalmente consumida por el incendio y nilas cenizas de los huesos de aquel hombre se podían distinguir de los otros carbones humeantes aún en la habitación esparcidos, el negro cristal de las botellas fragmentadas y las manchas de caucho sobre el suelo fue lo único que encontraron en la habitación, sin embargo la puerta de salida estaba intacta y sin manchas, no se había quemado como el resto de la casa y en ella se hallaba, pegada con alfileres, una rata muerta bañada en alcohol.

El ciervo

Sofía Ailin Parrella

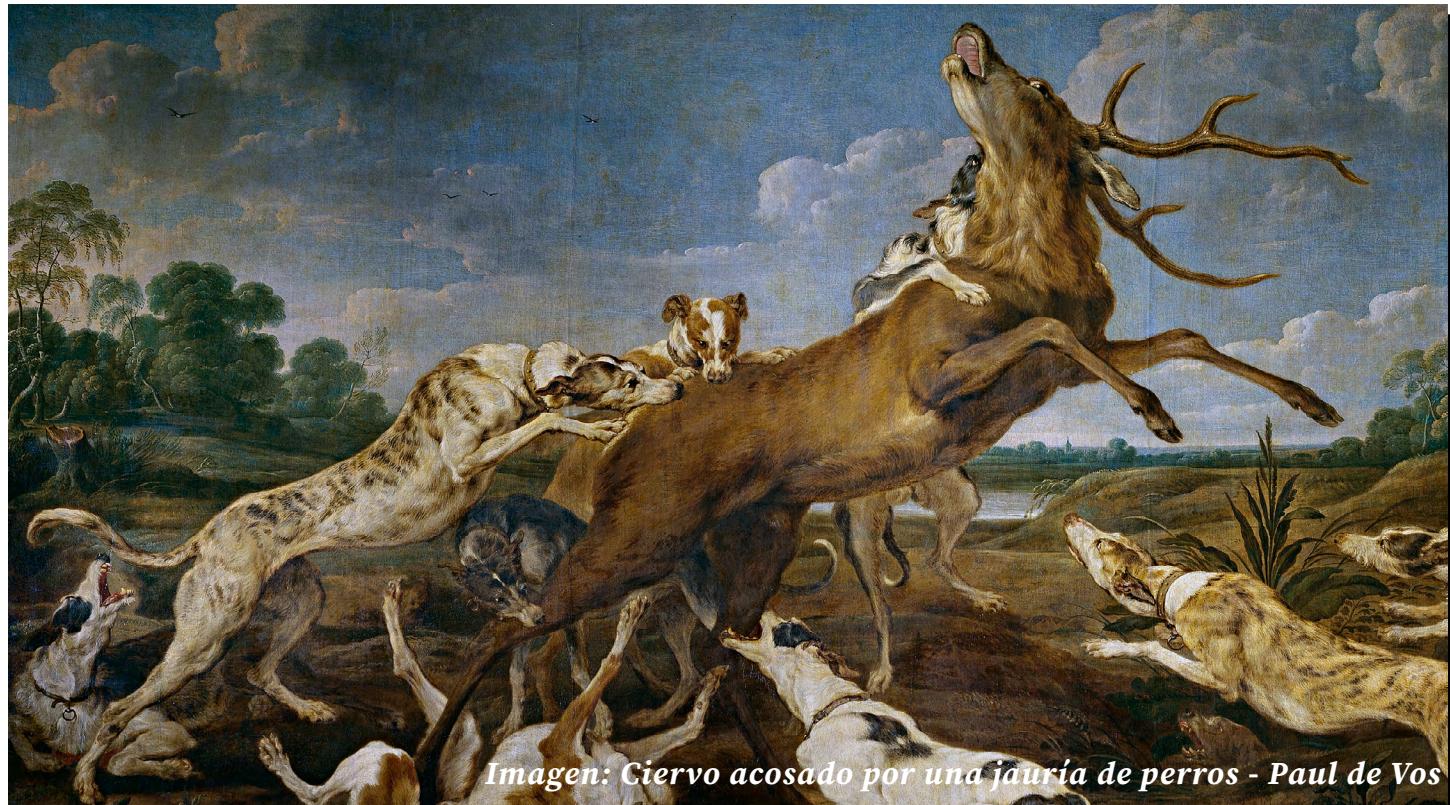


Imagen: Ciervo acosado por una jauría de perros - Paul de Vos

L a mano alzó el cuchillo y la hoja resplandeció bajo el sol de la mañana ardiente. La muchacha seguía revolviéndose contra sus captores, pero las manos que la sujetaban no cedían. Un paño en su boca impedía que los varones oyieran sus súplicas. Resignándose al silencio, sus ojos recorrieron uno por uno los rostros de los varones que clamaban su muerte. Si no la iban a soltar, quería que en sus espíritus quedaran grabados los ojos que estaban a punto de apagar para siempre. La furia en su mirada silenció a los más cercanos, los que en otro tiempo habían sido deleitados por su canto y su belleza. Por último, miró al verdadero culpable, el responsable de que su cabeza estuviera ahora siendo inclinada hacia el suelo.

El cuchillo descendió. La tierra seca bebió con ansia la sangre virginal de doncella que se derramaba desde el altar.

La multitud hizo silencio. Por unos instantes nada ocurrió. No había funcionado. Un murmullo que contenía demasiado resentimiento como para denotar arrepentimiento se apoderó del espacio, hasta que suave, muy suavemente, una brisa cálida atravesó los miles de cuerpos allí parados. Gritos de alegría y agradecimiento a los dioses estallaron entre los varones. La euforia se había apoderado de cada uno de ellos, excepto de él. En medio de las celebraciones, el hombre se abría paso, mudo, su expresión indescifrable.

Logróemerger de aquel tumulto y se vio cegado por el brillo de la arena blanca. Dejando que su visión se acostumbrara a la luz, continuó la marcha por la costa. A su derecha, el mar comenzaba a mostrar señales de agitación que rompían la extraña quietud de los días pasados. Su figura se desplomó en el linde de la arena con el agua. Sintió la sal en el aire al inhalar grandes bocanadas. Mientras luchaba por respirar, el mar se le acercaba juguetonamente, para retirarse en el último instante. Todavía jadeando, el hombre miró el rastro de espuma blanca que se adhería a la arena húmeda. Imaginó que él también podría, como las olas, retirarse cuando quisiera, escapar de aquella playa, dejar tras de sí sólo una espuma blanca como signo de su presencia. La costa estaba en completo silencio y tan solo un zumbido llegaba del festejo funesto. El rey deseó que algún animal interrumpiera aquella calma insopportable, pero bien sabía que eso no iba a ocurrir. Si aún hubiera animales quizás no habría hecho lo que acababa de hacer.

Se rehusaba a volver la vista hacia la multitud, ahora un punto pequeño en la distancia. Le hirvió la sangre al recordar cómo habían celebrado. Ellos no sólo no lamentaban el hecho, lo deseaban. Sintió el calor del suelo bajó sus palmas y recordó sus miradas expectantes, mientras la niña era arrastrada, vio cómo sus bocas se relamían con la promesa de la sangre que repararía la situación. Para ellos, nunca hubo otra opción. Se estremeció al pensar que quizás tampoco la hubo para él.

Sus manos se aferraban a pequeños puñados de arena blanca que dejó escapar entre sus dedos. Observó su pureza: era blanca, muy blanca, casi tanto como la criatura. Fue la pureza de aquel ciervo lo que había despertado el irrefrenable impulso de arrebatársela. Nunca había visto una criatura tan hermosa e inocente. Incluso cuando huía de sus flechas, el hombre no podía evitar maravillarse ante la peligrosa belleza de sus movimientos. Tan solo tras haber obtenido las primeras gotas de sangre reparó en la atrocidad que acababa de cometer, y su boca se llenó del sabor amargo de la bilis al contemplar el espasmo con el que se apagó la vida del animal.

El rey suspiró contemplando el creciente oleaje. Se mojó las manos con el agua salada y se frotó el rostro, conteniendo la respiración. Le hubiera gustado permanecer más tiempo allí sentado, pero las huestes debían estar esperando sus órdenes. Se incorporó con lentitud. Lanzó una última mirada al mar, y contempló la línea que marca su límite con el cielo. Presintió que alguien lo observaba. Se dio media vuelta y emprendió el camino al campamento para ocupar el rol que le correspondía. Aunque no siempre fuera grato, era, después de todo, Agamenón, rey de hombres.

Trilogía del antihéroe

Claudio Mamud

I Jamás vencida

Desde la cima del monte Ficio, la Esfinge contemplaba el paso seguro del viajero que se acercaba a Tebas. En su mirada descubrió que él sería quien daría la respuesta a su enigma. Nunca antes alguien había podido resolverlo. ¡Qué festín se hacía con los perdedores! ¿Acaso este desconocido se jactaría de haberla vencido? No quiso regalarle esa alegría. En cuanto el hombre estuvo al pie del monte, la Esfinge tomó impulso y se precipitó a tierra. Edipo contempló absorto al monstruo muerto. ¿Y ahora? Él quería resolver el enigma y entrar como vencedor a Tebas, pero el suicidio de la que hacía la pregunta le arruinó su deseo. Sin pregunta, no había resolución, por ende: no había héroe. Retomó el camino. Confió en que algo se le ocurriría para contar a los tebanos y tener el reconocimiento que tanto anhelaba. Total, sólo él sabía qué había pasado realmente.

II La boda

—Quisiera que mi casamiento pase lo más desapercibido posible, que sea algo estrictamente personal, que se me recuerde sólo por mis actos de gobierno; por eso te pregunto: ¿Quieres casarte conmigo, Yocasta?

—Por supuesto, Edipo.

III Profunda y sentida reflexión de Edipo al ver a Yocasta ahorcada

—Creo que tenía que haber elegido a otra.

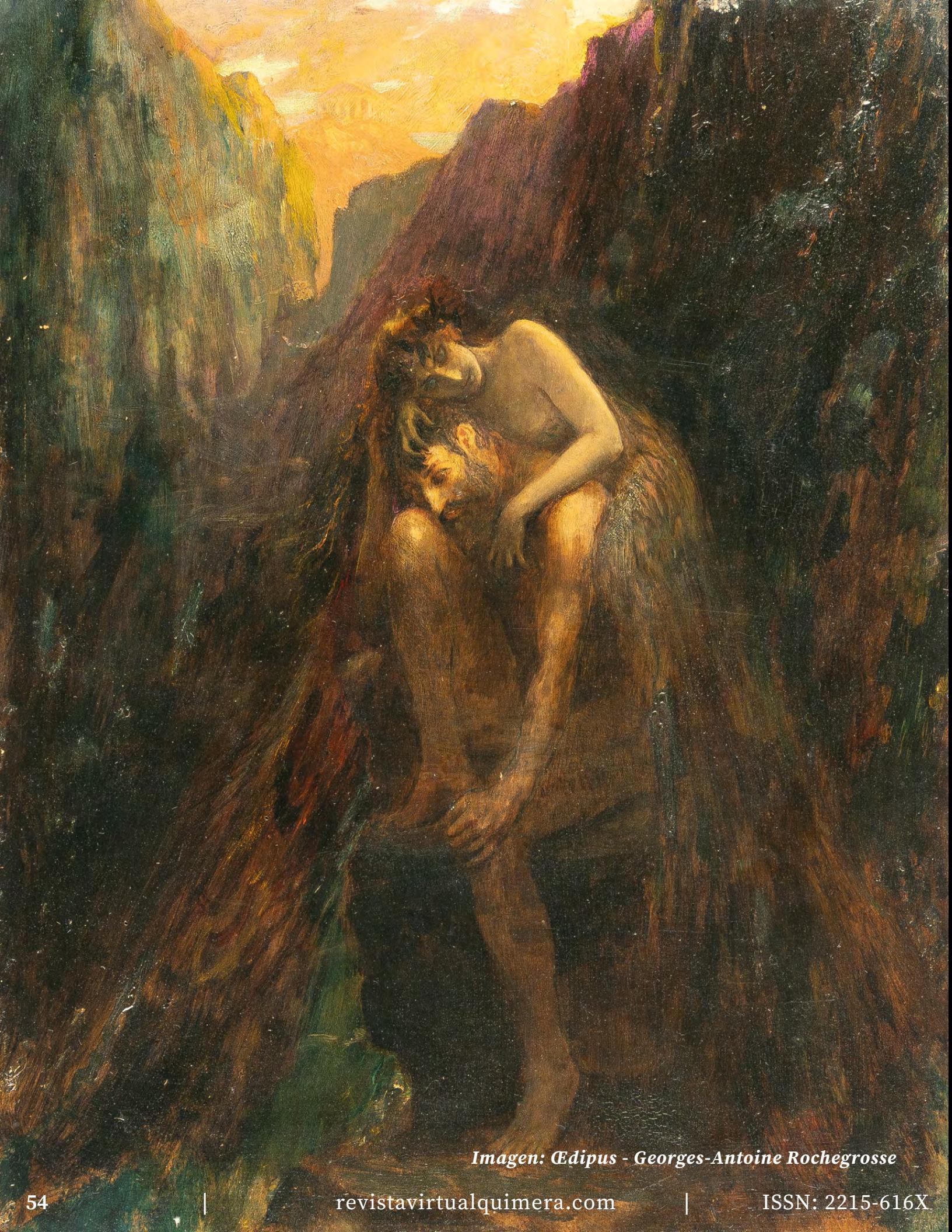


Imagen: Oedipus - Georges-Antoine Rochegrosse

Isolda y el cóndor

Osvaldo Aníbal Martínez



Ia historia la narró una tardecita el ingeniero Demarchi, apasionado historiador de la Campaña del Desierto. Nos habló de Isolda de la Santísima Trinidad Gómez Velazco, capturada a los catorce años por un capitanejo del cacique Coliqueo en las cercanías de Cañuelas, hacia 1860. Isolda vivió en los toldos dos veranos, hasta que una colecta para la redención de los cautivos la trajo de regreso. Ya no quedan rastros de la estancia de Morón donde vivía, pero Demarchi la imaginó recostada en las suaves lomas al sur de un arroyo, donde hoy hay chalets de tejas rojas y plazas con juegos para niños. La casa desapareció hace décadas, pero una leyenda pervivió: la de un indio joven,

prendado de amor por el cutis de perla y los ojos de ensueño de Isolda. Dos lluvias después de la partida de la mujer, el indio —¿cuál sería su nombre?— sujetó sus crenchas con una vincha roja, montó un zaino nervioso y tomó el camino de las carretas. Dos hermanos lo acompañaron. Lo hicieron por instinto, quizás nunca supieron qué fin perseguían. Hicieron noche en montes escondidos, vadearon el Salado cerca de Alberti, o de lo que después se llamaría Alberti. Cerca de Luján los sorprendió una partida de milicos que perseguía a un cuatrero conocido como El Chileno. Encerrados entre una laguna barrosa y una cañada, los hermanos no pudieron escapar a las balas de las tercerolas.

Los uniformados incautaron los caballos, que no tardaron en retobarse y huir, y abandonaron los cuerpos en el fachinal de la orilla.

Aseguran que aquella misma noche el indio llegó hasta la ventana de Isolda, y la llamó con voz de zorzal herido para confesarle su amor eterno. La niña le abrió su ventana y su corazón. Al amanecer, después de aquella única noche de amor, el indio le mostró su pecho horadado por el plomo. Isolda se desvaneció. Al tercer día despertó sin color, como si el fantasma del indio le hubiera contagiado su palidez. Al cuarto día ingresó en el convento donde vivió hasta su muerte, en 1902. El ingeniero Demarchi comentó que hasta mediados de los cuarenta aún se asustaba a los niños con el cuento del fantasma de un indio feroz, que se aparecía flotando en los bañados que se formaban en los bajos cerca del arroyo. Después todo se perdió, como todo se pierde en la memoria de los hombres.

Pero una fantasía alternativa nació de la anterior. En ella el indio sobrevivió a las balas y tuvo su noche de amor antes de escapar de las partidas que lo acechaban. Dicen que murió cerca del Río Negro, cargando a puro coraje y chuza contra la puntería, esta vez acertada, de los fusiles del ejército del general Roca.

Otros, en cambio, cuentan que no murió en la carga, sino que, malherido, cabalgó hasta las cumbres nevadas de los Andes, donde se tendió a descansar de cara al sol y al frío. Y en la noche patagónica, una noche aterradora de

estrellas y misterios, se convirtió en condor.

—Quién sabe —comentó Demarchi antes de despedirse —cuál de todos estos fue su verdadero destino.

Perséfone

Maria Cecilia Carvajal Velasco

Cuando al mundo no lo regían los ciclos, cuando la flor y el fruto brotaban sin ninguna escasez, cuando los humanos aún se reunían con los dioses, yo vivía con mi madre en sus regiones fecundas-los campos de Ceres-Deméter. Es la misma Cibeles-natura amorosa y pródiga, nutricia de todo ser que habita en nuestro planeta terráqueo. Mi vida transcurría en las praderas y en los bosques, y jugaba con las ninfas y los cervatillos, mis amigos, entre las cascadas y la flora silvestre. Un día, embelesada con los narcisos vi que de uno asomaba Eros, el más precioso de todos los dioses. Deseos, le llamaban a estas florecillas. Eros me invitó a penetrar más allá del horizonte, en los suelos abismales y, yo, inocente me precipité a ser poseída mientras él anunciaba: “El abismo tiene terrores y escalofríos que el cielo ignora; pero no comprende el cielo quien no haya atravesado la tierra y los infiernos” “¡Si mi madre te escuchara, Eros!” Ya me embriagada el sutil aroma de la florescencia, de los ardorosos deseos que despertaban mis sentidos. En ellos me transporté a los albores del infinito, a los pechos henchidos de savia, los de mi madre, los de la madre de mi madre, los de las abuelas ancestrales. Las ninfas, entre risueñas y sorprendidas, apenas se miraban entre sí.

Mis tesoros de doncella habían

sucedido a Hades, también llamado Aidoneo, o Plutón: tenebrosa deidad del mundo subterráneo, mi tío, hermano de mi padre. Sus brazos me abrazaron y sus manos desataron los lazos anudados a la tierra de Ceres. Mis amigas fueron castigadas, convertidas en sirenas por no haberme protegido. Los corceles al servicio de Aidoneo corrieron con nosotros desbocados, hasta llegar a las insondables sombras, a los pantanos cenagosos, a su reino, en donde me dio a beber un líquido con semillas en copa de alabastro.

Perséfone: “¡Oh copa extraña que hace que mi mano tiemble! En su rojo licor rutila un deseo espantoso. Las simientes de las granadas brillan en ella como la ciencia del mal, como el grano fecundo de tormentos infinitos. No; no beberé. Pero la copa se me adhiere a la mano. Es raro; ahora me veo en ella, y mis ojos brillan con un fuego sombrío. Es idéntico al que brilla en los ojos de mi terrible esposo, al que arde en mis venas. ¡Ah! ¡Qué flecha ha atravesado mí corazón! ¡Oh, horrible tormento! ¡Es el recuerdo de la felicidad perdida, el recuerdo de lo alto, de arriba! Cuando jugaba en el regazo de mi madre celeste, yo era la virgen divina; sin embargo, tenía un esposo. Pero ya no sé su nombre...su imagen se esfuma... ¿Fue un sueño? ¡Ay, ya no puedo volver a subir! ¿Es preciso, pues, que olvide?”

“¡Qué espejismo! ¡Qué embriaguez desconocida! Tu color cambia, oh rey; tus ojos se agrandan, y tu diadema de oro brilla. En tus cabellos oscuros hay estrellas azules. ¡El negro Plutón se transforma en el hermoso Aidoneo (El no visto)! No he perdido a mi esposo. ¡Jadeante y loca, le vuelvo a encontrar más terrible y hermoso! ¿Es verdad todo esto?”

Plutón: “Es verdad. Yo soy el esposo eterno que Zeus otorgó a la virgen Perséfone. Bebe, y serás la reina de los muertos. Todo el infierno va a celebrar las sombrías alegrías de nuestro lecho nupcial ¡y el Olimpo palidecerá!”

Dioses amigos de Deméter trataron de recuperarme, pero era tarde, como Eva y Adán que comieron del fruto prohibido, ya, yo había comido la simiente y tomado del ácido-dulce licor del fruto de la granada. Fui convertida en reina y esposa fúnebre, y se inclinaron las almas de los muertos con ofrendas a la altura de mis pies. La diadema que ciñe mis sienes se tejió con narcisos blancos, y, además, se bordó con blancos jazmines. Mi trono es negro sin colores, pero, emana hilos, cintas y destellos de plata. El silencio es nuestro beso y nuestra boda, la fusión de lo más terrible y el amor. Ocultamos en las sombras metales y piedras preciosas, y todos los secretos del Hades. Quién los descubra podrá libremente entrar y salir de nuestra corona. ¡Tanto se dice de mí! Que por hermoso que era me quedé con Adonis cuando Venus-Afrodita me lo dio a cuidar. Él yacía en su lecho voluptuoso y ahora lo ocultaba de Ares-Marte, quien celoso le buscaba para asesinarlo.

¡Son sublimes y mortíferas las pasiones de nosotras las deidades! Conocí la maternidad por Deméter, incondicional, éramos una, antes de que Hades me arrancara de su regazo. Las Deméteres también nos llaman. No es verdad lo que se dice, no anhelaba a Adonis desde mi entraña deseosa de diosa mujer, él sería la criatura que yo no había podido concebir. Aunque la tradición órfica, por ser las erinias deidades del inframundo, las relacionan como hijas de mi unión con Hades. ¡Trágico final el de Adonis! Cazaba dentro del bosque y los colmillos de un jabalí enviado por Ares le llevo a morir. ¡Trágico y amoroso final! Afrodita lo convirtió en rosas y anémonas, vertiendo sobre él la misma sangre que su cuerpo derramaba.

También se dice que convertí en vegetales y por celos a dos ninñas seducidas por mí esposo: A Mente en una planta rastrera de menta y, a Leuce en un álamo blanco de cuyas hojas hizo su corona Heracles, cuando después de realizar uno de sus trabajos salió victorioso del averno. Que permití a Orfeo rescatar a su Euridice de la oscuridad, solo que, fue incrédulo y por ello la perdió. Dícese que entregué a Psique el cofre de mi belleza, que Venus-Afrodita le encomendó buscarlo en las tinieblas. Y, también, que fui serpiente al nacer para que mi padre Zeus metamorfoseado en otra serpiente me hiciera mujer. Nuestro hijo sería Zagreb. Ahora y en eones arcaicos, cada trozo del planeta, cada dogma profano o sagrado, cada escribano, iniciado y poeta, hace un relato diferente de nuestras estirpes.

Nuestro linaje es el inspirador de Los Misterios Eleusinos, en la antigua Grecia. Para los indios puedo ser Kali, para los fenicios, Astarté. En cada vez que Hermes con el permiso de mi padre y de mi esposo, me regresa a mi madre, me cubro con las telas de la primavera y, a mi lado, un cortejo de vástagos de ave, fauna y flor, caminan enfilados. Nacen justo en el instante que yo broto de la tierra y, cuando por fin mis pies la tocan, con más brotes se enverdecen y colorean los campos. En cada vez que Hécate me regresa al Hades, me esperan las erinias y antes de penetrar por la hendidura que ha de llevarme a los arcanos subterráneos, me desnudan y cambian mi corona por una de hojas de otoño.

Soy piel-entraña, la misma Perséfone-Kore que desde siempre muere para renacer. Doy cumplimiento a los ciclos humanos, a los del mundo, luna y mujer. Me desgarro, me desmenuzo en basura y, mezcladas yacen las semillas que en eclosión se tornan en bellos jardines y bosques bajo la lluvia y el sol. Me arrebatan la inocencia y es cuando me inicio en el saber. Soy crepúsculo y aurora. Soy inicio y término. Soy el ocultamiento del sol y saludo en la mañana. Soy instante de fémina que muere, en saliva dulce.

Solo sé que soy Proserpina-Kore y, algunos me llaman Perséfone. Soy quien se introduce en todo ser vivo para desgarrar sus entrañas y, deposito en los cuerpos, además del amor, dolor y muerte. Por esto dicen que soy la diosa terrible. Odiseo me ha llamado la Reina de Hierro. El abismo atrae, la metamorfosis duele. Es cuando el amado esposo me toma en aquél instante en que me convierto en semilla. Simiente en multiplicidad cual fruto de granada que revienta la tierra y surge. Mi sueño es retornar a mi madre y danzar ante el sol. Voy desnuda cuando estoy con Aidoneo y, cuando estoy con Deméter, voy envuelta en tejidos sedosos y encajes bordados con retoños del estío. Soy cantora desnudada por el lamento y por el desamor, me ultrajan, me abandonan, me ignoran, me raptan. Soy cantora vestida de rojo pasión y dulzura, reparto bienes y dones. También soy esta que siempre muere, polvo, descanso, y desaparece para lavar la ropa vieja. Soy además, nacencia y estrella nueva.

Cuando Hades me raptó, Ceres lloró, destruyó toda flor y fruto que alimentase. Los manantiales secaron y la tierra fértil se tornó en erial, morían de hambre los seres. Júpiter-Zeus mi padre, preocupado por tal exterminio, propuso un pacto a su hermano, mi esposo, quien accedió. Desde entonces, durante una época del año vivo en las regiones insondables con mi esposo y, en la otra, con mi madre en sus llanuras, valles y montañas. Muero y reino, reino también cuando nazco. Voy y vengo, circulo, hago giros con los ciclos de la vegetación.



Imagen: Proserpina - Hiram powers

POESIA



Mucho más en contra

Rolando Reyes López



Imagen: Demon sitting – Mikhail Vrubel

¿Dónde viven los hombres como yo?
No salí de las arenas limpias del Kollam
ni el Meenam tuvo que ver con el calendario de mi madre;
Deví no fue la diosa sobre mi cuna:
ELLA me había eliminado de los círculos
mucho antes que existiera mi familia.

La creadora no me ofreció las novias de Krisna,
sin embargo, yo amé los dos espíritus del hombre.

No asistí al Baile de las Flores,
nunca olvidé las virtudes de mi cuerpo
o la sabiduría de los Dioses del pasado.

Mi historia no apareció en De orbe novo decades,
porque no pude ocultarme a tiempo en las Efebias.

Los demonios de la muerte
me dieron esta prisión inmediatamente después
de que pude sostenerme sin ayudas;
Hades espera mi último minuto,

dice que soy su causa pendiente con Ra.

La calle donde vivo no está al norte del Vesubio,
 la lista en la que estoy nunca será revelada,
 muchos creen que no soy de esta civilización,
 que más bien parezco un tabú
 y que mi nombre no aparece
 en la nomenclatura antigua de especies verdaderas.

Mi vida es limitada, discreta, clandestina
 como salida de mundos anteriores.

Tengo la impresión de ser
 lo que no se ha podido crear;
 la violencia, el odio, la venganza y la muerte
 viven persiguiéndome
 porque soy un símbolo irreal de este tiempo.

Ellos no preguntan por los terremotos,
 ellos preguntan por mí,
 y avisan sobre las consecuencias de imitarme:
 No hacer contacto conmigo,
 es la frase de orden.

Fui privado de mi origen étnico,
 de mi nacionalidad, del sexo con que nací,
 de mi condición plebeya;
 me quitaron la salud, la edad,
 el idioma, las necesidades afectivas,
 la religión y mis pertenencias sexuales.

Otros dicen que mi rostro no será reproducido
 por los artistas de las pirámides,
 que, por suerte, no recuperaré mi lugar
 en las profundidades,
 y que
 por tanto
 tienen la orden de impedir
 que mis ideas se divulguen.

La reina indómita de Aquitania

Ana María de Obesso Grijalvo

Ese instante, ¿dónde está?
Aquel que me convirtió en el Roble Rojo
enseñándome a cubrir con corteza
mis anillos de lengua de oc.

En silencio me extravió
hasta la raíz de días perfumados
de naranjas y membrillos,
entre pies descalzos y laúdes,
repletos de risas y de parloteo.

Me vi forzada a crecer,
a regentar este cuerpo
sin domar mi espíritu.

Entregué la luz a las tinieblas sordas.

Sin sosiego, moldeé trueques de reinos,
parí hijos, sudé lágrimas y aullé mi fuego.

Mi corazón estuvo vagando entre
amores juglares y jaulas doradas,
hasta que tambores y trompetas
lo hicieron nuevamente vibrar.

Me alcé enarbolando todo el tallo de mi altura
y penetré de nuevo en el juego
de arañas, para vivir
mil despedidas crueles.

Presa de tiempos opacos, mi alma
se ha erguido como un muro
frente al azote del viento.

Ahora solo busco el descanso
de mis huesos blancos y astillados
por donde sangra mi vida.



Imagen: Queen Eleanor & Fair Rosamund – Evelyn de Morgan

Para que no muera el sol

Maria Graciela Kebani

Para que el sol alumbrase era necesario que comiese corazones y bebiese sangre, y para ello hicieron la guerra.

—Se apaga, se nos apaga el sol.

—¿Qué haremos?

—Guerra, solo la guerra nos salvará.

—Necesitamos corazones para nuestro sol.

—Y sangre para que sacie su sed.

—Nos cubrirán las tinieblas.

—Nos devorarán las sombras.

—Llamemos a la guerra.

—Nueva vida para el sol.

—¡Guerra! ¡Guerra!

—La muerte nos dará los corazones y la sangre para que renazca.

—Para que triunfe sobre la noche.

—¡Oh, Edificador! ¡Oh, Manifestador!

—¡Míranos y óyenos!

—No nos abandones.

—Tú, el que ve en la sombra, en el cielo y en la tierra.

—Danos la señal de tu palabra.

- Muéstranos el camino.
- Brindamos la paz para nosotros y nuestro descendientes.
- ¡Que tu luz no se extinga!
- Muéstrate en todo tu esplendor.
- Si quieres corazones, corazones tendrás.
- Si deseas sangre, sangre beberás.
- Descúbrenos tu rostro radiante.
- Yérguete en medio de la oscuridad.
- Incendia con tu fuego el cielo.
- Mira que si tú desapareces, nosotros también desapareceremos.



Imagen: Piedra del Sol

La leyenda del caballo Árabe

Ricardo Arasil

Patria del hombre badaui*,
hirviente, árida, yerma,
es duna de vientre gris
y alta columna de arena.

Es viento caliente y sur,
es cerno de la tormenta,
que remeda infiernos vivos
y hace voz ésta leyenda.

Y lloraba el hombre aquel
y su plegaria plantea,
él no tiene pastizales
ni aguadas, ni tristes melgas;
solo ve desolación,
todo es arena, no hay tierra
y en el oasis jadeante
tres efímeras palmeras.

Copia el hombre del paisaje
su forma de ser tan seca,
adusta, desde una piel
donde nunca hay primaveras.

Allí, el sol calcina vidas
y es la luna quien las lleva
al paraíso del agua
hacia el nirvana que espera
pleno en cebadas, trigales
y bendito de cosechas.

Y el buen Dios escucha el llanto
del beduino que ruega
y clama por un regalo,
que aliviane sus tristezas.

Su pueblo muere sin pan,
el agua le es casi ajena
y es de muerte la distancia
que el espejismo planea
hacia el verdor virginal
donde la vida es presea.

—No llores más, te daré
ese regalo al que apuestas.

Dios, llenó un puño de viento,
lo sopló para que pueda
alzar vuelo y dar color
a aquella pálida ofrenda.

Y la entregó al beduino
diciéndole aquí te llevas,
un coraje de león
con prestancia de gacela.

—Dará envidia a tu enemigo,
este regalo que aceptas.

—¡Plásmate viento del sur!
hazte una bestia serena,
porta la lealtad del perro,
lo veloz de la centella,
y saltando más que el gamo,
serás tigre en la pradera;
ojos de águila tus ojos
de mirada clara, enhuesta.

Las arenas del desierto
inauguraron la escena
de esa estatua galopante
tan incansable y tan bella
que dominó en la región
desafiante y altanera;
gajo del viento del sur,
con ilusión de saeta.

Y lo llamaron caballo...

Fruto de viento y arena.

Desde Ismael a Mahoma,
de Islamabad a La Meca,
volaste sin tener alas
por pedregales y estepas,
la Cruz del Sur en tu crin
y enancada, ¡ésta leyenda!

**badaui* = *beduino*



Imagen: Los árabes a caballo – José Navarro Llorens.

Canto a las profundidades

Ivón José Blanco Pérez

Francisco de la Vega,
en un alarde de prudencia exclamó:
¡Cuidadosos debemos obrar
de nuestro afecto hacia
las profundidades!

Las sirenas aclaman nuestros
más sinceros defectos.

Conceden lágrimas a los que
suplican por permanecer allí abajo,
ocultos entre la maleza.

Susurran relatos de botines y fortunas
que custodian cuerpos sin vida
de usureros y codiciosos.

¡Tan real es la muerte como
el reflejo del oro libertino!

Los cantos malditos resuenan
en las columnas de la ciudadela.
Hogar de criaturas que parecen
no temer el silencio.

En el interior del gran salón,
la densa niebla recubre

el cabello húmedo de la lujuria.

El hombre, yace dormido
en aguas turbias.
En su delirio, habla de sirenas,
de tesoros y naufragios.

Allí abajo, reposan las
interminables villas del reino perdido.
Esculturas de héroes y dioses
parecen expresar su valentía,
Descuidan la inmensidad del océano.
Lugares donde el ser humano
y la luz no alcanzan.

¡Que rincón tan tenebroso es capaz
de conservar semejante belleza!

¡Que soberbia la de aquellos atlantes,
que por orden de Zeus
despreciaron a Galatea!

Y sin embargo, grabaron
su nombre en la eternidad
de los mares.



Imagen: Hylas and the Nymphs – John William Waterhouse.

Dos poemas

Isbel González González

Lo que el fuego borrará

Canta, oh diosa, con tu voz más grave,
lo que olvidan los hombres, lo que el fuego
borrará y las palabras de aquel ciego
poeta dejarán al olvido. Suave
es la brisa del Euro entre las grietas
del corcel. Densa la luz, la ciudad
duerme. No soy Ulises, ni deidad
alguna me protege de las quietas
aguas de la Estigia. Amo en secreto
a Helena, mas, no soy Paris, ni el fuerte
Menelao, tan solo el más discreto
aqueo, bajo antiquísimas leyes;
esperando morir todas las muertes
dictadas por los dioses y los reyes.

El Aleph

...y vi la sombra muda del destino,
los límites dispersos, la osamenta
de ancestrales guerreros, lo que cuenta
el oráculo en Delfos, pergaminos
en las ruinas de Tebas. Vi caminos
y torpes caravanas en su lenta
procesión hacia Roma. Vi la afrenta
a una esclava en decúbito supino.
Todo esto sé; del Alfa y de la Omega,
del eterno retorno. Todo he visto:
el miedo y la moneda, Judas, Cristo
y a Pedro que nos ama y que nos niega.
Más, nunca divisé cómo se llega
al tiempo y dimensión donde ahora existo.

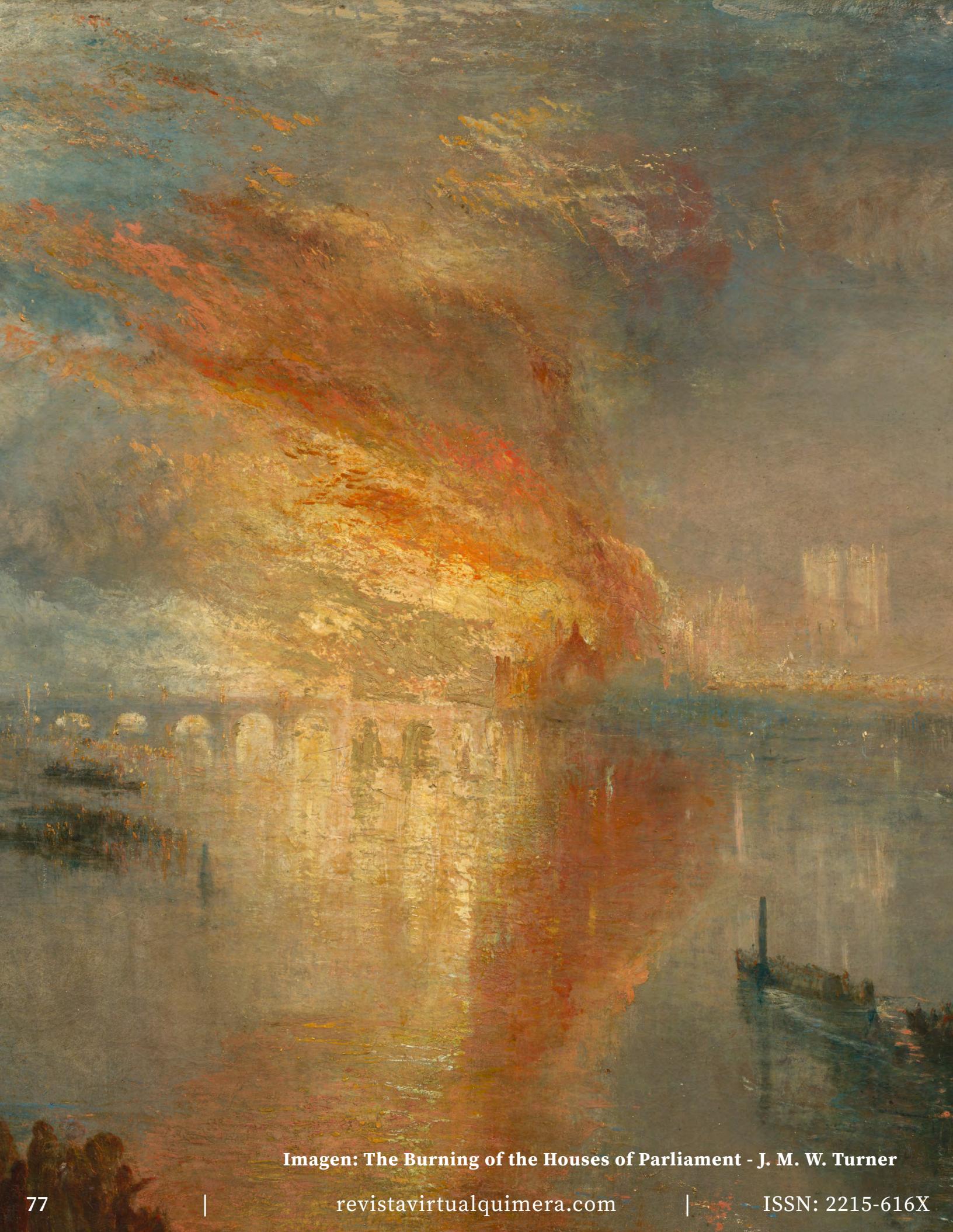


Imagen: The Burning of the Houses of Parliament - J. M. W. Turner

Dos poemas

Marianella Sáenz Mora

23 (Del poemario Transgredir(se))

Tres sillas y un crucifijo,
cenar en medio de un silencio terrorista
sin palabras extrañas
que dancen inocentes al contemplar
el retrato de infancia de una ingrata
en manos de Wislawa.

Mientras el país de las carabelas se fragmenta
creo también que ser feliz está en la cabeza,
entonces recurro a contemplar impaciente
como saldos de tu temida ausencia
tus pertenencias salpicadas por la casa.

Porque la madrugada
es el clímax de mi angustia
detonador de anorexias,
propósito de mis sacrificios
bandera de esta respuesta lapidaria que no llega mientras insistentemente no
estás
y los miedos asoman sus rostros desfigurados
desde el gris que ha cubierto las paredes.

Un colibrí inesperado
me saluda imprevisto y sorpresivo tras la ventana
augurio de que he sido escuchada por los dioses.

Intertextos de Wislawa Szymborska

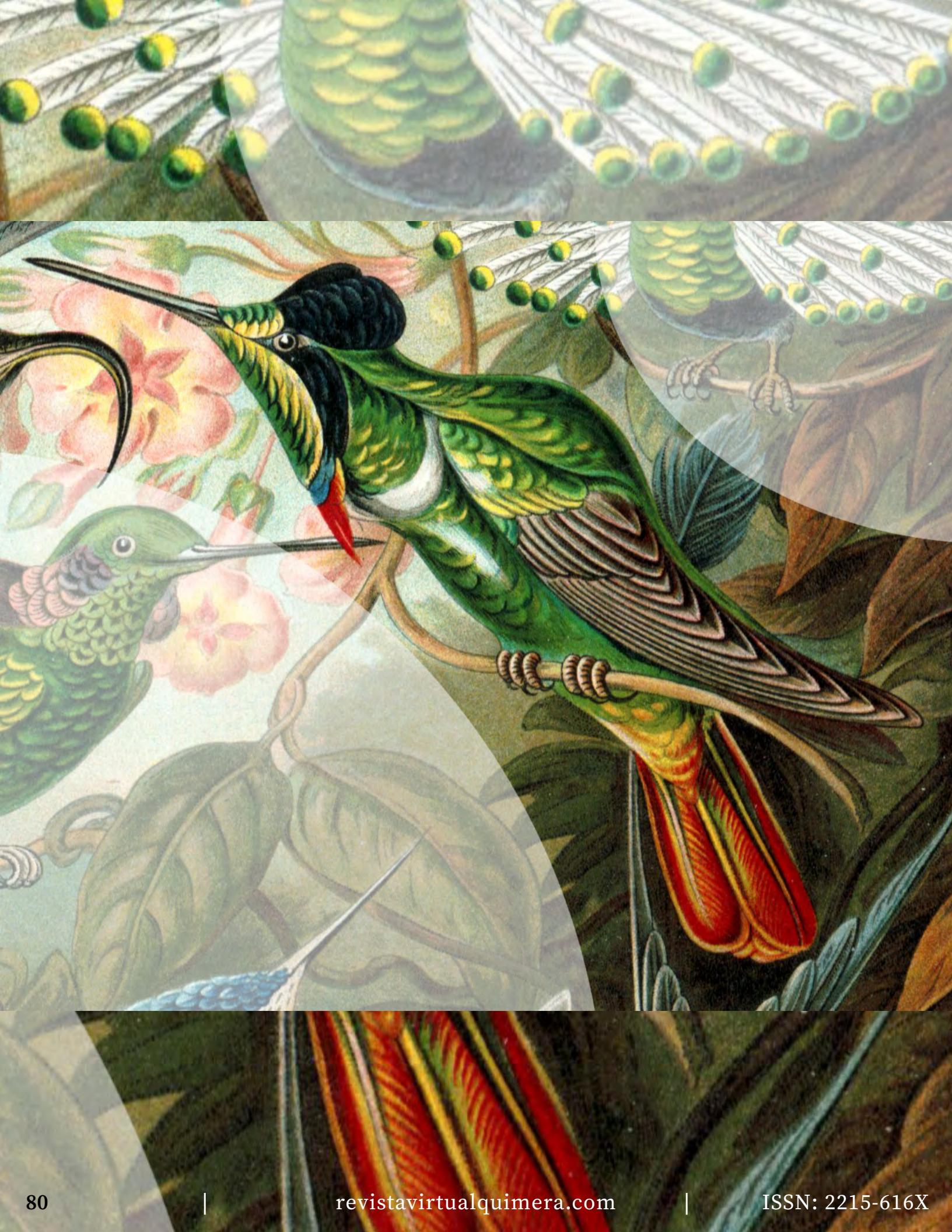
III (Del poemario Milagros y otros vórtices cotidianos)

Algunas veces
vamos con las manos rotas
y nuestra brevedad
es perímetro de maravillas.

Vamos por allí furtivos de anhelos
violentando el tiempo
revelando silenciosamente
la poesía que es la vida.

Esa que pese a ser muda
nos grita desde los rincones
y se nos queda adherida a los labios,
a su humedad
a la sonrisa que revierte
nuestra condición de semidioses
y hace del habitáculo del pecho
un nuevo Olimpo.

Y es que no nos damos cuenta
si es abril, junio o noviembre
no hacen falta los alisios
porque entonces, de repente
es suficiente, todo cuanto tenemos.



Gladiador Borghese

Beatriz Saavedra Gastélum

I

En el último resquicio
el tiempo se ha empeñado a la penumbra.

El hombre gladiador
liberado con los dones de la ciudad ficticia
incendia todo nuevamente,
viaja por las aguas silenciosas
en su inagotable travesía.

Es el sueño de Artemisa
cuando cruza el sombrío comienzo
de tierras prometidas
y sus dedos abren contra el cielo
el movimiento franco de llama figurada.

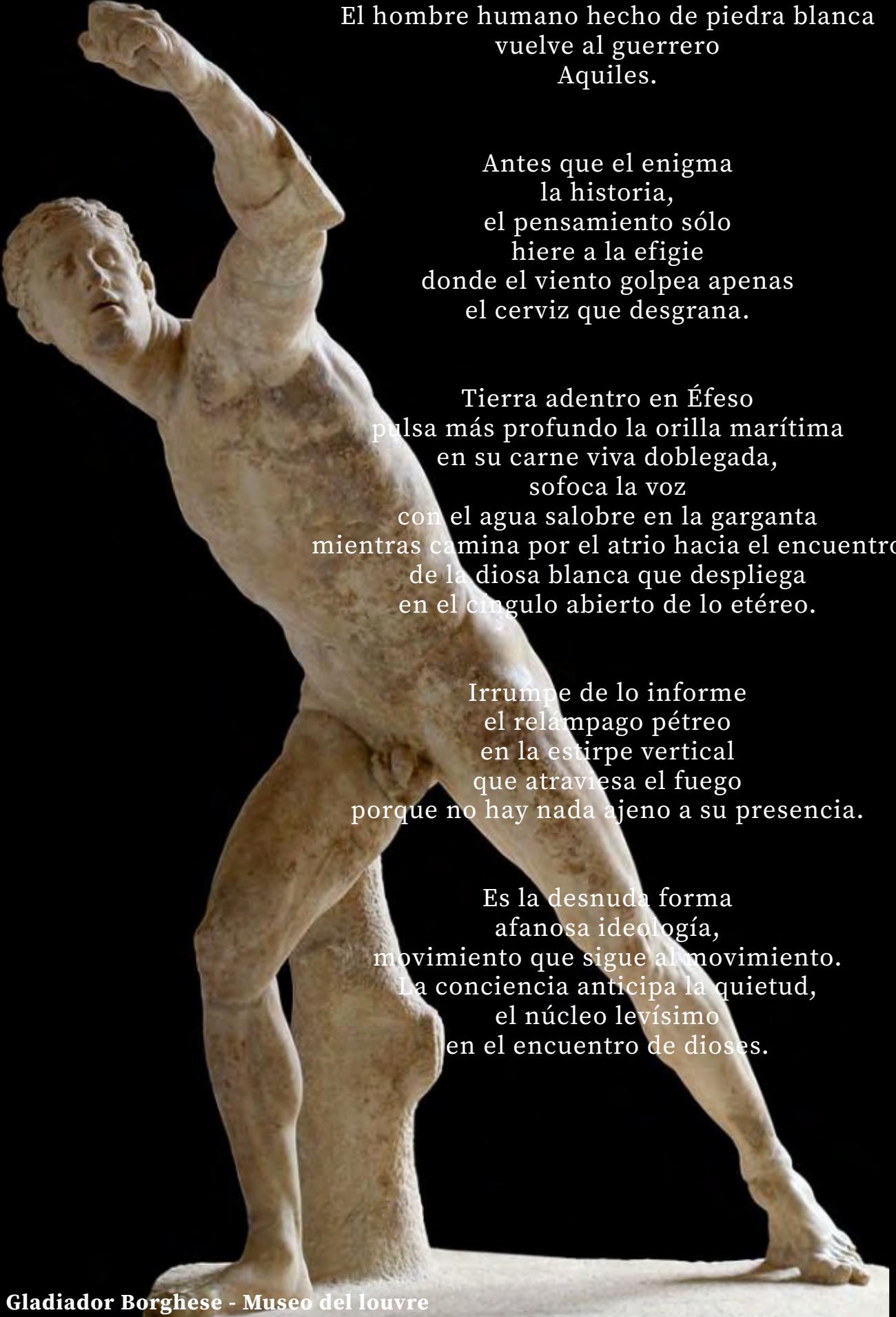
La noche aquiega la memoria
tras las columnas
que recluyen a la diosa nívea,
afuera el recinto estalla bajo el atisbo.

II

Tras la puerta el dios impone su imperio
de raíz honda en el deber puntual del abandono.

Hay en el aire un grito que se esparce en el templo,
el guerrero temerario
vela el reflejo largo tras la penumbra
para contemplar a la distancia el mito.

El hombre humano hecho de piedra blanca
vuelve al guerrero
Aquiles.



Antes que el enigma
la historia,
el pensamiento sólo
hiere a la efigie
donde el viento golpea apenas
el cerviz que desgrana.

Tierra adentro en Éfeso
pulsa más profundo la orilla marítima
en su carne viva doblegada,
sofoca la voz
con el agua salobre en la garganta
mientras camina por el atrio hacia el encuentro
de la diosa blanca que despliega
en el cíngulo abierto de lo etéreo.

Irrumpe de lo informe
el relámpago pétreo
en la estirpe vertical
que atraviesa el fuego
porque no hay nada ajeno a su presencia.

Es la desnuda forma
afanosa ideología,
movimiento que sigue al movimiento.
La conciencia anticipa la quietud,
el núcleo levísimo
en el encuentro de dioses.

Imagen: Gladiador Borghese - Museo del louvre

Mirando el abismo

Dayliana Carranza Méndez

Mirando el abismo

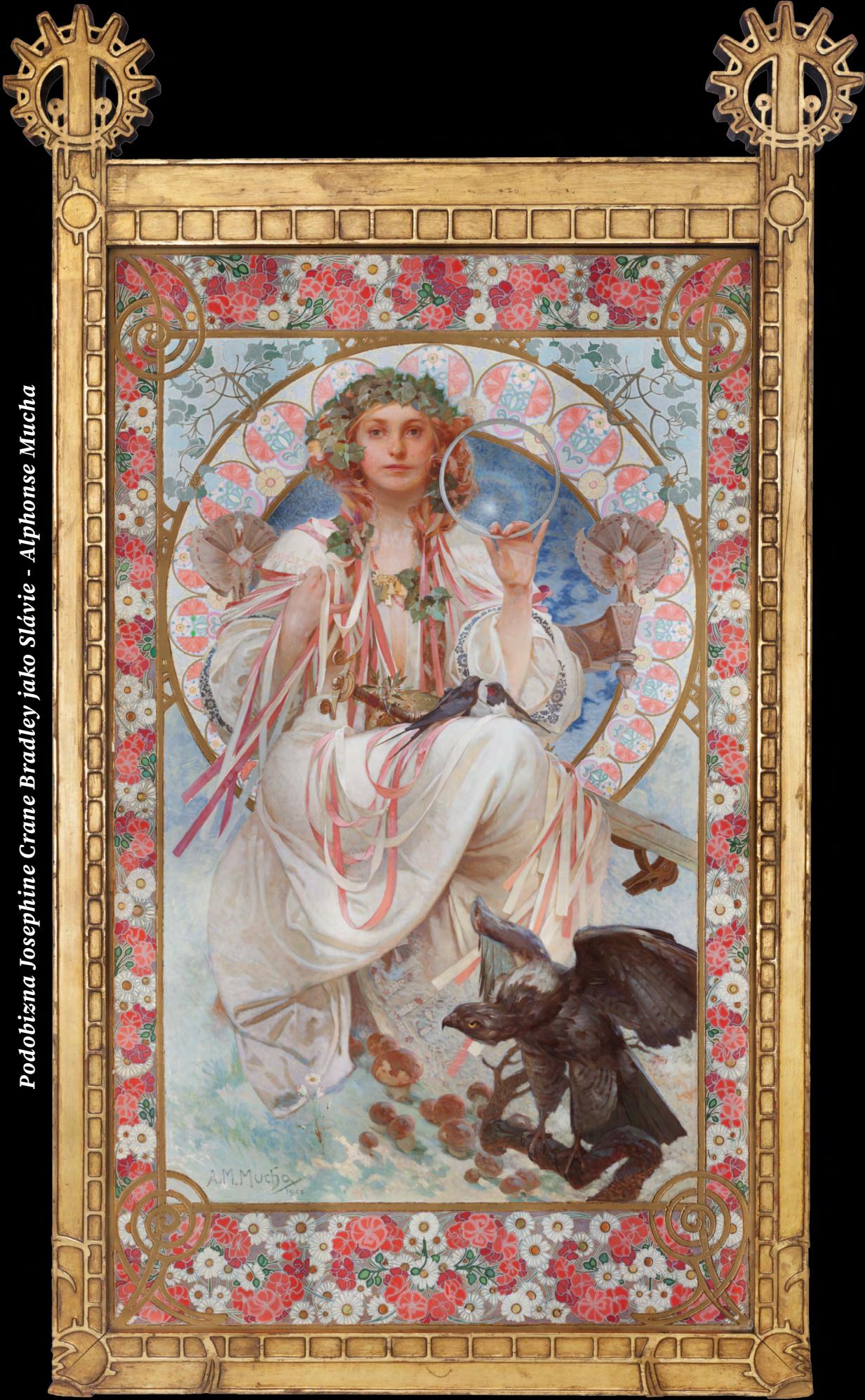
Viene el miedo detrás de su aliado
conquistando las ruinas
que visitó de la muerte.

Flotan hacia el risco
donde las venas se abren.

“Invoquemos a la niña
que sale de la tierra”

Aconsejan arrojarse al viento
para despertar serenamente
del sueño abrumador.

Serva me, servabo te:
el susurro que del fondo brotó



Podobizna Josephine Crane Bradley jako Slávie - Alphonse Mucha

Hare hare

Marta Prieto Tato

La vida
llegó como un disparo y no dejó
hueco para el amor y los abrazos
sobre conchas y fósiles nos esparciremos
cuando llegue el juicio de dios

la luna media entre nuestras almas gemelas
escupe su blanco sobre nuestros cuerpos desnudos
no sé estar sin tus interrogantes ni sin tus sobras
no sé estar donde las sonrisas llenan el escenario
nacimos como la sal negra en el océano
vinimos de la crisálida del dragón en llamas
y nos encontramos en las aceras de una ciudad
donde las rocas germinan las voces de sus habitantes
pequeños
muertos
sin razón y sin memoria
pequeños muertos con cristales en la garganta
sin voz con la que promover un cambio

ahora
la voz del ángel
rodea
la palabra cíclica
el texto sagrado
azul
éxtasis milagroso
acude a mí

hay millones de personas esperando tu alimento
corazones abiertos postrados ante la cruz
derviches girando en la espiral del paraíso
mujeres purificando sus labios tras ser besadas
¿dónde
llegarán
tus rayos?
el cuerpo de cristo sobre las iglesias deshabitadas

krishna hare hare rama
el cuerpo de cristo entre nuestros dientes
om namah shivaya
¿quién
los acogerá?

los lirios del campo recogen su pan
las golondrinas toman su grano de la tierra
pero nosotros vivimos arrodillados
ante el fantasma endiosado del capital
y a veces rezamos a la larga estirpe
de sueños cansados de darnos la luz
om bhur bhuvaḥ svah
tat savitur varnyam
bhargo devasya dhimahi
dhiyo yo nah pracodayat
cuando llegue la muerte soltaremos los pájaros
bañaremos el último aliento en aceite y jazmín
volará nuestro espíritu sobre las hojas de hiedra
pero ahora la vida todavía nos escribe
rezuma el olor a gasolina de tanta carretera recorrida
nos sobrecoge la erupción de acontecimientos

ahora
la voz del ángel
nos señala
la línea de la mano
vivimos como soldados
de la voluntad divina
caminamos
mirando el cielo
a la espera de la lluvia que cae

Imagen: Lower Fifth Avenue at Night - Guy Wiggins

Los ojos de Sísifo

Raúl Guerrero Payo

La misma montaña,
la misma roca,
los mismos pasos entorno al infinito.

El mismo castigo, otro día,
el mismo día pero más cerca de algo,
de la nada, tal vez, de quién sabe qué
y hasta cuándo;
de quien sabe anudar sogas y corbatas.

Más cerca de ti, quizás,
de los ojos que Sísifo
dejó de utilizar cuando su cuerpo
comprendió el castigo.

Más cerca del absurdo que se gesta
entre Vladimir y Estragón,
mientras alguien encadena a Tánatos
para que todo cobre sentido.

La misma rutina,
el pleonasmo de siempre,
la redundancia exacerbada,
los ojos cansados frente a la montaña.



Imagen: Sisyphus - Sir Edward Coley Burne-Jones

Bruja por derecho de mujer y otros poemas

Marta Rojas Porras



Imagen: The Sorceress - Bartolomeo Guidobono

Bruja por derecho de mujer

*Eres una Bruja por el hecho de ser mujer,
indómita, airada, alegre e inmortal.*

Robin Morgan

La piel no olvida nada.
Las cicatrices sangran.
La mirada deshilacha el recuerdo.
El corazón vuelve al dolor.
La humillación de la violencia y la muerte
no ha dejado de respirar.

Mandatos encubiertos
nos han dictado cómo comportarnos,

qué sentir, cómo no ser, cómo parecer.

Si rompemos el aro nupcial,
 Si parimos sin casarnos,
 quedamos fuera, por inmorales.
 Si no nos casamos, no somos solteras,
 sino solteronas fracasadas;
 las canas y arrugas mejor ocultas
 porque tenemos prohibiciones de avejentarnos.
 Y, si estériles, desechadas.

A la casa nos han confinado,
 con Penélopes y Marías y Martas
 en la rutina de Sísifo.
 Así, nos excluyeron del haber
 y robaron nuestras cosechas.
 Hipócritas,
 para esconder el despojo
 celebran, en grande, nuestra virtuosidad.

El decreto divino de un “destino natural”
 nos ha aturrido.
 Con destellos de luz de un espejo
 nos exhibe como madres y esposas buenas;
 como cuidadoras infatigables del nido familiar.
 Somos la calladita y de discreta sonrisa,
 la dulce, frágil y angelical.

En otra versión del mismo espejo,
 mentirosas, seductoras e inconstantes.
 Como a Eva, se nos ha responsabilizado
 de la pérdida del paraíso,
 de desatar todos los males
 y de negar la esperanza,
 desde nuestra ánfora de Pandora.

Nuestros genitales,
 sucios objetos de placer y pecado.
 Somos Magdalenas de la tentación.
 Sirenas seductoras.

Serpientes venenosas.

Tuvimos que pelear por nuestra autoridad.
No la heredamos.

La ganamos en la participación comunal
como yerberas santas con remedios para la garganta,
el apazote para los brotes
ungüentos para espantar los mosquitos,
consejos para el mal de amores.

Pronosticamos porque escuchamos el bosque,
miramos las estrellas
y desciframos las vueltas de la luna.

Y... nos hicimos sabias.
Y, por sabias y conectadas, peligrosas.
De brujas nos tacharon.

Desde la imagen de la disciplina santa,
con la más atroz crueldad,
públicamente, nos incineraron.
Rompieron nuestros huesos.

Nos arrebataron el derecho sobre nuestros cuerpos.
¿Cuántas fuimos quemadas?
El grito aún arde en los vientos.

Ya no nos cazan con fuego ni guillotina.

Ni como a Juana
nos encierran en calabozos de locas
para silenciarnos.

Las hogueras han cambiado de forma.
Nos siguen atrapando y matando.

Nos obligan a parir
cuando aún jugamos con muñecas.
Nos tchan de majaderas y fanáticas
cuando reclamamos ante un lenguaje
que nos mal nombra o no nos nombra,
y gramáticas anquilosadas
que nos niegan
reciben la sacra bendición
y el aplauso.

Nuestra larga historia de resistencia
 no podrá ser borrada.
 No existen torturas ni mentiras
 que nos puedan anular.
 Resistimos juntas.
 Miramos la historia escindida y oculta.
 Rescatamos del olvido
 el legado de fuerza y dignidad ancestral.

Como Ixchel, somos rocío de fertilidad libre.
 No admitimos más Dianas vigilantes de la castidad de las ninfas,
 ni más mentiras sobre nuestros placeres.
 Somos mortales, no divinas ni demonias.
 Nos declaramos brujas, autónomas,
 y determinamos no callar.

Combativas, desafiantes,
 Nos comprometemos a nutrir la esperanza y la imaginación.
 En un acto de sororidad
 y de lazos fraternos,
 celebramos aquelarres lúdicos,
 intercambiamos afectos, conocimientos, hechizos, y demás.

Más que leyendas, somos mujeres,
 diversas e infinitas mujeres.
 Estamos vivas y en vigilia.
 Somos libres.
 Somos brujas.

Madres

Madre.
 Nunca la agresora.
 La bondadosa y abnegada, siempre.

Jamás la que abandona su nidad.
 No la gruñona.
 No la explotada.

Madre estereotipo.
Objeto mercantil.
Pintura fantástica.

La mía, una maga constructora.
La de mi amiga, desaliento,
monstruo destructor de sus sueños,
manipulación del rencor.

Están las lobas al cuidado feroz de la manada.
Las Lloronas, agónicas en desventura por los ríos de la culpa.
Las ciegas ante la agresión que sufren las hijas.

Las mágicas brujas o hadas
que en veladas nocturnas
nos inyectaron el afán por volar.

Las que con sortilegios de lo nefasto cortaron las alas.
Las transgresoras y pioneras de la esperanza.
Las engatusadas por el sistema del miedo.

Mujeres, casi todas, muy valientes.
Su cosecha,
según la tierra donde fueron plantadas.

Ricas y pobres, buenas y malas,
torpes e inteligentes.
Todas imperfectas.
Todas humanas.

Y yo, madre, hoy,
plena e incompleta,
con un poquito,
de cada una de ellas.

Importa, sí, que dejen ya de asesinarnos

Una lluvia nauseabunda vomita estas calles.

No importa, María Paula, Maritza, Marianna,
si tu color atraía las auroras.

Si en tus cabellos, Rita, se enredaban esperanzas.
Karen Vanessa, Gretel, no importa
si tu vientre había sido habitado.

Si en tu casa, Kimberly, te necesitaban unos brazos.
Si arañabas miserias y soledades, Isabel.
Si eras joven o vieja, Yarissa.

Si tus manos vestían callos, Hellen.
Si ojos admirados detenían su paso
para contemplarte, Tatiana.

Importa sí, que mujeres de 19, 36, 20, 18
o de cualquier edad,
con arma blanca, con disparos, a palos,
con hijos, sin hijas, embarazadas, alegres, tímidas,
populares, exitosas o frustradas,
en Puerto Jiménez, San Carlos, Liberia,
Cartago, Siquirres, Golfito, San José,
en la ciudad o el campo,
costarricenses o nicaragüenses
turistas o residentes
son un eco silenciado en una lista.

Importa sí, que Jessica, de 34,
pasa a ser parte de una estadística
como el octavo femicidio del año.

Importa sí, la noticia de estos inicios de noviembre,
que enredada con la propaganda navideña dice:

Eva, ella vivía en Barva,
solo tenía 19 años, era estudiante universitaria
con un hijo de 4 años
y su expareja, el padre del niño, la mató.

Y en Eva, todas las Evas.

Y en el hijo de Eva, todas las víctimas huérfanas.
Y en la familia de Eva, todas las familias
torturadas por la violencia feminicida.

Importa sí, que cada una de estas mujeres
merecía apropiarse de sus sueños.

Importa sí, construir una sociedad de afectos sanos,
despojada de seres humanos como pertenencia
y fundante de masculinidades con prácticas más igualitarias.

¡Importa, sí,
que DEJEN YA DE ASESINARNOS,
que el “ni una menos”
sea realidad y no discurso vano!

Norte sobre el vacío

Byron Ramírez

El extiende el norte sobre el vacío, y cuelga la tierra sobre la nada.
JOB 26:7

Aquí está Job, de nuevo, con los brazos abiertos
esperando la lluvia ácida del mes de agosto.
De llanto, han tejido tus años
una segunda piel sobre su cuerpo: caparazón de hambre y barro.

Aquí está Job
—ni mar ni monstruo marino—
tan solo un hombre pequeño y pobre que se posa sobre tu hombro
y el aire atraviesa sus llagas,
y no se inmuta la luz ante su imagen de perro inválido.

¿Has hecho tú una valla alrededor de él,
de su casa y de todo lo que tiene, por todos lados?

¡Te lo arrebato para siempre!
Lo sostengo con ímpetu de fiera amenazada. Ahora sí:
Aquí está Job sobre mi palma, tembloroso.
Nadie puede lastimarlo ahora
ni siquiera el Verbo insolente, anudado a tus costillas,
ni siquiera la espada o el diluvio que inventarás más tarde
cuando la ciudad duerma su siesta junto al Leviatán.

Nada podrá tocarlo. Cerraré la mano si te acercas
y entonces será una isla mi puño
en la cual habitará el hombre pequeño
y amanecerá el día de la nada

porque la palabra día existirá en la memoria de mi pulso
como existirán manzanos y cavernas
y una gran playa sin turistas donde Job acampará la madrugada
esperando que yo nombre a su familia
y su familia brote entonces de mi aliento,
nazcan girasoles en las piedras de los ríos,
surjan nuevas bestias que invoquen la penumbra
y construyan por la tarde un camino de agua
que llegue hasta las caravanas de Temán.

¿Quién prepara para el cuervo su alimento,
cuando sus crías claman a Dios, y vagan sin comida?

¡Aquí, aquí! Querrás luego buscarlo para ungir sus pies con aceite
y decirle hijo, has vuelto a mi regazo agradecido,
pero nadie te dejará pasar de la puerta del jardín
aunque ofrezcas a Orión como regalo
o te rasgues las ropas a la orilla del León,
porque Job, tan pequeño, estará pescando en mi huella dactilar
con una nueva Tierra de Uz a sus espaldas.

Yo te mostraré, escúchame:
aunque lo llames, no responderá,
aunque te oiga, no atenderá tu llamado.

El ojo que lo vio, no lo verá más; sus ojos estarán sobre mí,
y yo no existiré. ¡No insistas! Deja que tiemble el mundo.
Aquí estarás para siempre, atrapado en la lejanía de tu propia obra.
Y aunque ni la muerte ni la culpa puedan tocar el borde de tu manto,
el silencio del hombre pequeño envenenará tu sangre.
Será su felicidad tu peor castigo; el infierno naciendo en tu cabeza.

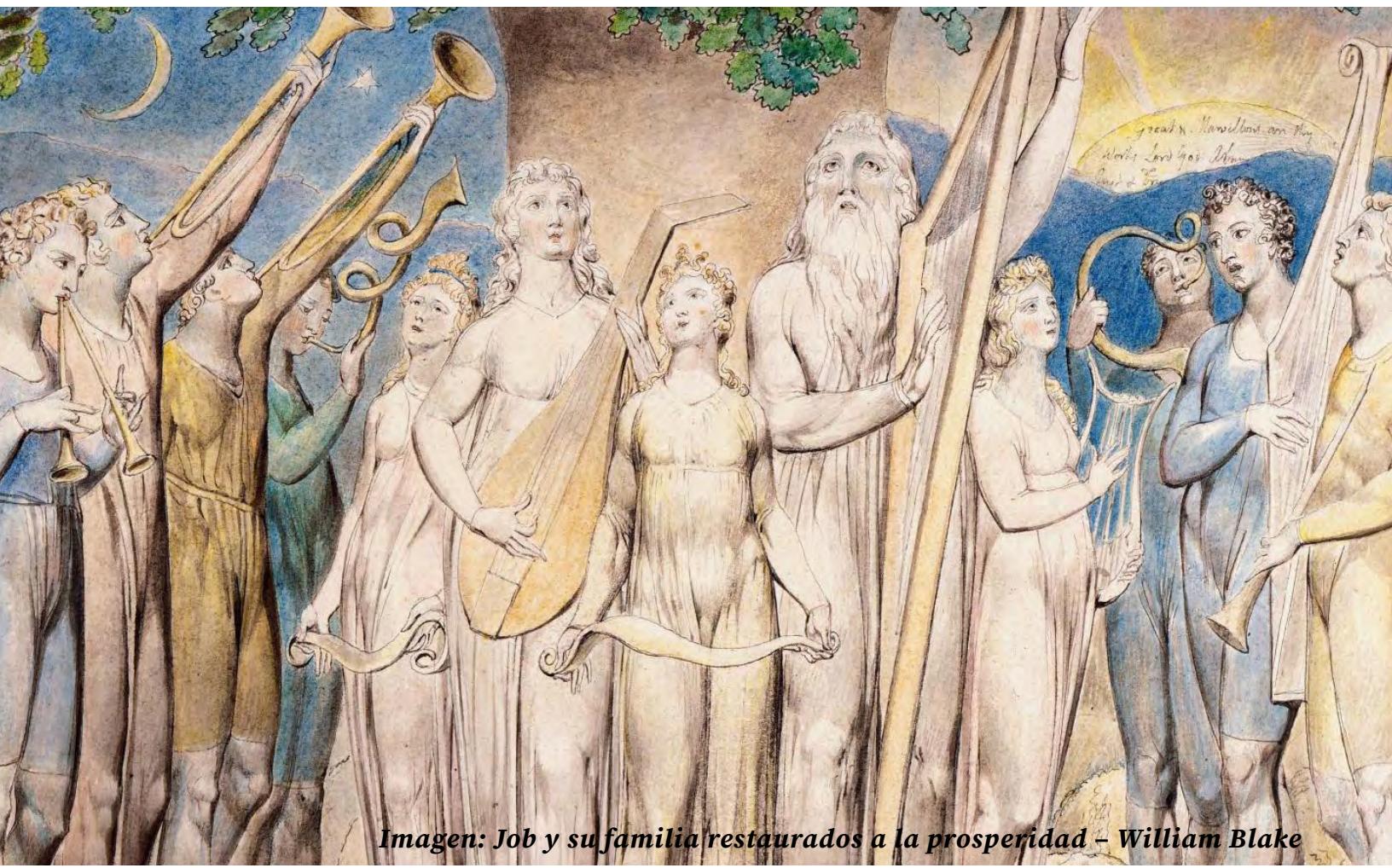


Imagen: Job y su familia restaurados a la prosperidad – William Blake

El mito de Agustina

Sebastián Hamlin

Por haber sido cruelmente sometida,
Al infortunio infesto de la razón,
Abrumada reza la doncella Agustina,
Mientras sostiene en ciernes su frágil corazón.

Pero Agustina no es una mera princesa.

Y, desde el infinito, se aprecia su rostro que asoma.
No es Helena de Troya, ni ha crecido en la realeza,
Mas es su belleza superior a la de Roma.

Hace siglos que reza e implora Agustina,
Pues su vil dulzura la obliga a compadecer:
La nobleza, robustez y la entereza mortecina,
De los hombres que por ella han de perecer.

Yo observo commovido y taciturno,
A todos aquellos que intentaron luchar,
Entre montañas, valles y pinos nocturnos
Uno a uno van cayendo hacia el fondo del mar.

¿Qué otra imagen cabe en mi mundo de seda,
Si sus ojos de fuego me han inspirado a vivir,
Si el poder vizcaíno y etéreo de su ánfora griega,
Me han regresado el alma y devuelto el sentir?
No obstante, es un sentir infinito y virulento,
El que siento cuando, escondido, veo a Agustina.

En el aposento oscuro de mi corazón, el tormento,
Son los bordes del amor, donde la vida termina.

Y no queda mucho esta noche por contar
 Cuando Agustina calla, me esconde y reflexiono.

Sus ígneos susurros se elevan briosos junto al mar,
 Y erigen de la Tierra los templos del abandono.

¡Agustina, Agustina, Agustina!
 Que tu vuelo se alce como las golondrinas,
 Y que desprendan tus alas mi angustia sometida,
 Que el silencio de tu boca abierta y desnuda,
 Calme el efímero abismo de mi estentórea realidad.

¡Agustina, Agustina, Agustina!
 Que la danza mortuoria y vivaz del tiempo y sus arrugas,
 Cual clamoroso golpe derrumbando torres de cristal,
 Vea la sedienta luz que cobarde se rinde ante tu figura,
 Y alumbre el rostro afligido de mi barroca soledad.

¡Agustina, Agustina, Agustina!
 ¿A cuántos hombres más piensas asesinar?
 De todas partes del mundo, siempre han venido relucientes,
 Robustos, musculosos e indomables caballeros,
 Y todos ante la belleza inmortal de tu rostro envolvente,
 ¡Han rendido sus armas y han descendido al océano!
 Y desde el abismo añoran tus besos hirientes.

¡Agustina, Angustia, Agustina!
 ¿Es que yo no soy digno de ahogarme frente a tus ojos?
 Cuando todos caminan sumisos, y aún tortuosos,
 Me observas de soslayo, tímida y perdida
 Como buscando un alma aún viva,
 Que perdone tu corazón
 Y le otorgue reposo.



Imagen: Agustina de Aragón - Augusto Ferrer-Dalmau

Dos poemas del libro “Las lunas del mal”

Lucía Alfaro Araya

Tregua

Necesito reconstruir su rostro,
su círculo perfecto
cada treinta de octubre
y no morir de mar en el intento.

Necesito llegar a ese puerto
donde llegan los pájaros
que perdieron el rastro
y hacer de este corazón
un muelle silencioso

en desventaja idónea,
para que copulen las ballenas,
los naufragios, los delfines,
y que el fin de las sirenas
no sea la extinción de los sueños.

Necesito encontrarla flameando
en los faros de los barcos de infancia
sin cobardía o valor,
simplemente mirarla de cinco años
en las latas urgentes de los techos
y lavarle los ojos con la sal
de mis aguas ocultas,
cauterizar la sangre,
la mentira, la arena
con la grafía rebelde
que palpita debajo de esta huella.

luna en minúscula

Imaginó ser un satélite invencible
pero es solo una gota de sudor
que cae del gran astro.

Yo la encontré en el fondo de mí misma
porque el mar no le fue suficiente.

La conozco y no puede mentirme.
Caminé por los zaguanares tristes de su psique
y entonces la nombré luna en minúscula.

Nunca más dominará este océano.

La playa está sitiada
con valeriana y otras hierbas santas,
para que no martille la memoria
del ángel de las aguas.

Su huella fue borrada

por los mismos cangrejos
que devoró en su cena.

Ahora está floreciendo el cactus
que sembré entre manglares
y la señal que dejó en mi costado
cicatrizó bendita.

¿Qué inteligencia extraña le ordenó vigilarnos?

El devenir opaco de la cara que oculta
la obliga a alejarse.

No aumentará su órbita.

Todos saben que no tiene luz propia.
Los ancestros ya lo han demostrado:
nadie es indispensable
en la raíz volátil de las piedras.

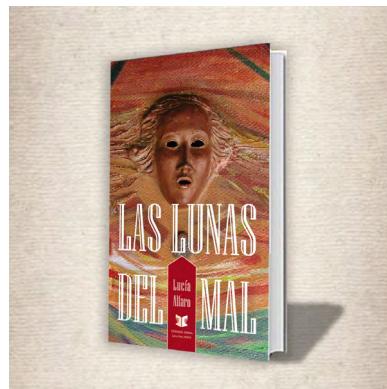




Imagen: The Spirit of the Southern Cross - Artur Loureiro

¿Usted me quiere, mína?

Maria Pérez-Yglesias

*A ellas, mis amigas de Talamanca,
cabécares y bribris,
con las que compartí trabajo y afecto*

Las hojas memoria,
estremecidas
por siwá,
el viento de la cordillera,
me escoltan.
Talamanca
en el filo del aire.

—Sá Rö kabéklawá.

Somos cabécares,
frase cantora
de río manso,
montaña verde,
remolino de sentimientos
mudos.

Acabo de regresar,
de tierras nuevas.

Vine a encontrarme
con mi gente,
conmigo,
con los muertos.

Me raptaron
un día por la noche
y el Telire revoloteó sus aguas
gritó sus piedras
y guardó la calma.

Me llevaron lejos
de la tierra de Sibö,

allá donde no quieren
 a oló, zopilote
 y la culebra no cuida a los niños
 de las ratas,
 del hambre,
 de los jayëw a bëchi
 “los hombres diablo”.

Mína-mamá.
 ¿Sabe quién soy?
 ¿Me reconoce, chichi-perro?
 ¿Huelen la esperanza,
 en la punta
 de mis dedos rotos?

No sé hablar cabécar, mína.
 Perdí tté,
 la palabra de táchi-abuelo,
 du-pájaro,
 tulu-luna,
 de los ríos que inundan,
 del námá-tigre
 kónó_tepezcuintle,
 chámó avispa.

De sál, mi mono colorado.

Perdí el olor a ká yaka-selva
 la espesura de mil colores.

Olor a lluvia,
 a barro pegajoso,
 a danta recién parida,
 a kuö —maíz blanco y cascado
 a maíz-daláibö amarillo
 y a tortilla nueva.

Mína,
 no sé cómo se siente
 correr a pie desnudo,
 mecerse en la hamaca,
 abrazar hermanos,
 subir a un kal-árbol de corteza fuerte
 y ramas anchas.

— A klö tiö, a bailar, klö tiö, a bailar.

Káne, káne,
mína-madre
estoy de regreso,
vamos al ju-rancho, a nuestra casa.

Apenas siento el sabor
a jobo,
a sancocho de chámó,
de plátano, banano o guineo.

A cacao virgen, mína
a nuestra “gallina de palo”,
al diká, pejibaye.

Te miro, mína,
y las sombras me esconden
tu recuerdo de vestido batsé-rojo.

Batsé,
la sangre de tu piel herida,
molida a golpes,
a insultos y tristezas.

Me arrebataron
de tus brazos, mína-mamá.

De tu perfume a tierra mojada,
de tu pecho moreno,
lechoso,
cálido.

— ¡Ká, ká, ká, nooooo!

¿ Me recuerda, mína?
Soy su hija,
su yába
su pequeña yabalá.

Corriste, mína
tropezaste con diglö-río,
de agua buena y,
a lo lejos,
solo escuchaste un bote,

un llanto,
unas risas de triunfo vengador...

— Sá rö distö kuö wö gepi...

Lo aprendí, mína,
“somos semilla
como los granos del maíz”.

La tormenta
fractura la tarde.

Siwá-aire sopla violento,
Sixaola desafía las orillas
de la esperanza
y llega a la choza
abandonada en la ladera...

Un pequeño chichi negro,
con el rabo entre las piernas,
se refugia en el tronco de un gigante
de la selva.

Un rayo escandaliza
y enciende el cerro.

Me abandonaron, mamá.

Escúcheme mína:
quemaron mi muñeca
y mi trapito compañero.

Rodé de mano en mano,
de promesa en burla,
de lugar en lugar.

Triste,
sola,
callada.

—¿Usted me quiere, mamá?

Mína, acaricia su trenza.

Me observa,

extraña niña
a la que ni conoce,
ni quiere recordar,
ni puede asumir.

El aguacero amaina,
diglō-río vuelve a su cauce.

Una familia de aulladores
retoma los saltos de rama en rama
y un pizote solo
irrumpe en un claro de un bosque.

Con el pequeño colgando del chal,
toma a sus dos hijas de la mano,
kuta ei kuta,
mis hermanas y,
dándome la espalda,
camina hacia el rancho.



Trova bribri hacia Sulákaska

Josué Rodríguez Calderón

Me vertieron dulce la sangre
fuerte dentro de semilla aflorada,
una semilla de maíz, palpitante
azur del cielo y bribri me vistieron.

Del devaneo entre libertad
y fantasía salí a salomar
trova en el clan bulbolwak,
armonioso trozo ancestral,
así fortuna arde en mi corazón.

Dilecto me siento al brotar
de Iriria, mientras mi cabello
lacio seduce la bondad
del rostro de un legado sublime.

Quizás ese espíritu derrochado
en versos de mi ojo derecho,
al partir se una al aclamado
pájaro negro para derramar
el sorbón y bailar desde la eternidad.

Al contar cuatro, danzar
como la locura dentro de abejas,
caer mieloso desde las estrellas,
mientras amanezco oreo en Sulákaska.

A ese paraíso he de marchar
habiendo tatuado en mis huellas
el cuido de paz por la madre tierra,
con fragancia de luz el tigre de agua
me recuerda quimérico que soy guardián.

Del dínamo verde y frugal
 de un vasto conocimiento me tiñeron,
 un idioma en latido sideral
 celaron mis sentidos en bello linaje.

Embriagado de una lluvia de historias
 con el verbo salvaje de mi lanza,
 acorralado por espíritus montañezcos,
 cuando me azoten las arrugas
 dejaré mi canto en las generaciones.

Me deleito en la risa del mayor
 cargando mi mochila melancólica,
 el llamado heredado me incita
 a beber sidéreo agradeciendo a Sibö.

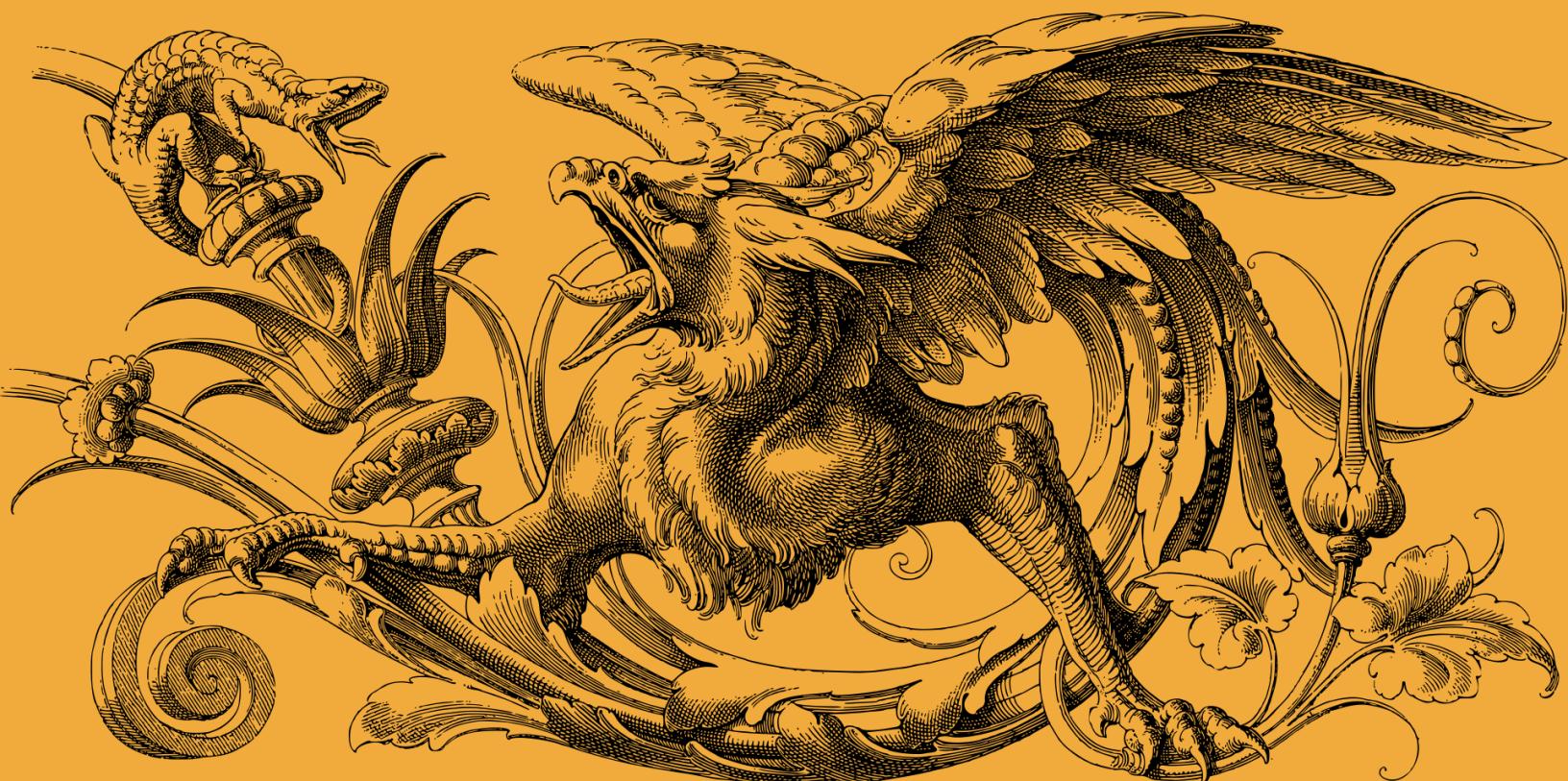
Moler el cacao sinestésico
 y ver pintarse de su acuarela
 una vez más a la ardilla para revivir
 taciturno el comienzo, en cada cerro
 encenderé la memoria indígena.

Al pasar el tiempo
 ese rito funerario de acordeón
 soltará mi alma para saludar a Yábulu
 y cada guardián de inefables ventanas.

Por eso mi sendero se columpia
 en bienestar con mis hermanos,
 en médanos de devoción pacífica
 por la naturaleza, alzaré mi vuelo
 ardiente pues hacia Sulákaska me dirijo.

Nota: El término Sulákaska hace referencia a una especie de Inframundo para los bibris. Es el lugar en donde se fabrican las almas, el lugar al que vuelven luego del deceso mortal, el hogar donde reside SuLá, el hacedor de almas.

ENSAYO



Una breve divagación sobre el libro

David Ruiz

Imagen: Still life with books - L. Block



El libro para los antiguos

Los maestros de la antigüedad desconfiaron de los libros. ¿Por qué esta reacción tan confrontativa con un objeto de transmisión cultural? Con un instrumento civilizatorio... ¿Qué es un libro? Una forma de anclaje, un apego, una herramienta para fijar lo dicho. Tal vez para los antiguos el libro está más cerca de la muerte que de la vida; un logos que no responde, que no se defiende. Dice lo que tiene que decir, y sabe decirlo de forma autoritaria. El libro tiene boca, pero no tiene oídos. Comunica, pero no

escucha razones. En el Fedro hay una narración dentro de una narración, un diálogo que contiene una fábula, ésta es de origen egipcio y habla en contra de la escritura, "parecen vivas (las imágenes y los símbolos), pero no contestan una palabra a las preguntas que les hacen". A manera inversa, el libro en la antigüedad es la sombra de la palabra dicha. La antigüedad en este sentido es el mundo del revés, ya que el libro no tenía el crédito que le concedemos nosotros en la actualidad.

Como las imágenes prehistóricas de las cavernas de Altamira: los símbolos

del libro son mimesis de la realidad, figuras pintadas que pertenecen al mundo del parecer, pero no del ser. El poeta Homero, el poeta ingenuo como lo llamó Nietzsche; cantó, no escribió. Sus rimas murieron con él, con su voz. Nunca más, nadie lo dirá como él lo dijo. La mejor traducción de la Odisea y la Ilíada, sólo es un eco débil y desafinado de las aventuras del polytropos Odiseo y de la muerte de Aquiles. Todo lo que el ser humano puede hacer; lo hace en vida y después de eso: es sombra de la sombra. Clemente de Alejandría dijo: "Escribir en un libro todas las cosas es dejar una espada en manos de un niño" (Stromata). La Fábula egipcia antes mencionada en el Fedro, lamentaba el invento de la escritura y su soporte más elemental; ya que los hombres descuidarían el ejercicio de la memoria y se harán dependientes de los símbolos.

Sócrates no escribió. En el diálogo del Banquete se considera el Amor como un misterio, porque hay un sin-sentido en el decirlo y no vivirlo. Sócrates fue un maestro oral que animó la praxis filosófica, el Eros en la vivencia y la sabiduría a través del diálogo: buscar y despertar las reminiscencias interiores, un ethos que se involucra con lo verdadero y con la belleza.

Otro ejemplo es Lao-Tze, filósofo chino contemporáneo de Confucio, el primero de corte romántico, el segundo de pensamiento clásico. Después de trabajar en la biblioteca de la dinastía Zhou, viajó itinerante por la China del siglo VI a. C. El maestro chino al igual que Sócrates o Jesús, nunca pretendió escribir, hasta que un hombre de

armas se lo solicitó personalmente. Todo con el fin práctico de resguardar el pensamiento del Tao. Guardar la sabiduría del camino, a través de un artefacto. Al igual que los místicos, los antiguos confiaron más en el logos oral que en lo escrito, en la palabra animosa, viva y directa. Tal desconfianza puede provenir de una supuesta pérdida, de una trascendencia que los antiguos depositaron y asentaron en la experiencia espiritual y en el diálogo: ya que la verdad es intransferible, indecible y mucho menos aprehensible por símbolos arbitrarios, de esencia mutable y de doble articulación. En la antigüedad (de manera tácita o reaccionaria ante lo novedoso), la vivencia de la verdad no se podía contener en un libro.

La fascinación por el libro

Los antiguos buscaban armonizar la teoría (lo que se contempla) y la praxis (lo que se hace). A esto lo llamaron ethos. Hay un peligro en el libro como exceso: radica en el olvido de la vida, en un des- involucramiento de las circunstancias dadas, éas que nos provee la existencia.

El libro era un invento nuevo, y el espíritu desconfiado y prevenido de los griegos, los hacía dudar de ese objeto que encierra el logos. Los judíos por otra parte, se mantenían firmes a sus convicciones y creencias, y fueron los pioneros en el tema relacionado al culto del libro (recibimos de los griegos la duda, la ciencia y el arte, y de los judíos la fe, la moral). Primero, la biblia de los setenta (Septuaginta) de estilo primitivo, que el tiempo iría puliendo lentamente como la caída del

imperio y el ascenso del cristianismo. La onírica revelación de la cruz.

En el concilio de Roma del 382 se crea un canon, siendo estos procesos históricos manifestaciones de los procesos de la pisque colectiva. Acaece entonces, que los maestros orales van perdiendo su fuerza, e inicia el fin de la superioridad de lo oral sobre lo escrito.

Un largo proceso que ocurre en un instante como todos los grandes cambios; y tales cambios, emprenden nuevas técnicas de apreciación. Emergen las técnicas en la elaboración de los libros, en la escritura y la lectura: El libro sirve para leer el universo y su plan divino, y se mejora la calidad del papiro, del pergamo y lo empleado al arte de escribir.

El libro fascina y fascinarse es estar hechizado, sufrir un encantamiento (las personas en la antigüedad para evitar el encantamiento por mal de ojo, se colocaban figuras con forma de falo en el cuello). A San Agustín se le proclama como uno de los precursores de la hermenéutica, de acceder al libro desde una nueva forma, "Cuando Ambrosio leía, pasaba la vista sobre las páginas penetrando su alma, en el sentido, sin proferir una palabra o mover la lengua (...)" (*Confesiones*, Libro VI). El acto de leer empieza a convertirse en un ejercicio del espíritu; y entendió el obispo de Hipona, que las sagradas escrituras ocupaban una doctrina. Tal fascinación por el libro, desembocó en un cuidado en lo que se lee y de manera análoga, en cómo se lee y su residuo final: la comprensión...

El palimpsesto, el libelo, la proliferación

La fascinación por el libro provocó que muchos individuos fueran lectores de un solo libro; aunque la biblia es un libro hecho de muchos libros: cosmogonía, poesía, cartas, relatos... Antes de la re- invención de la imprenta por Gutenberg, el libro era un privilegio eclesiástico y de la monarquía; y algunos irrespetuosos raspaban las fibras de los manuscritos para volver a escribir. Tarea del buen escritor; borrar y escribir, escribir y borrar. La tecnocracia de la imprenta llevó a la supuesta democratización del conocimiento, y el libelo, hermano menor o esperma del libro, sirvió como recurso propagandístico. Fue Voltaire experto en la pornografía política y en el arte de difamar por medio del libelo.

Difícil es conocer el progreso o uso de los instrumentos, artefactos y técnicas. El ser humano vive entre la oscuridad y el asombro (...) para él claramente demostrado que no conoce ni un sol, ni una tierra y sí únicamente un ojo que ve el sol y una mano que siente el contacto de la tierra" (*El mundo como voluntad y representación*, Libro I). Se llegó a la proliferación del libro, ¿es el libro un fin o instrumento de un fin?... Para los cabalistas, musulmanes y judíos; ambos casos es un sí. El libro es un atributo de Dios, y la divinidad fue movida a escribir dos, y uno de ellos es el universo. Si en la antigüedad y la Edad Media la cantidad de libros era limitada, su proliferación desembocó en una propagación del descuido, una confusión del término ocio y a la aceptación de la mala letra. Nietzsche en su propia versión de Cristo, El

Zarathustra; menciona "Entre todo cuanto se escribe, yo amo sólo aquello que alguien escribe con su sangre. Escribe tú con sangre, y comprenderás que la sangre es espíritu" (Del leer y escribir, Libro I). José Ortega y Gasset motivaba en un discurso llamado: La misión del bibliotecario, a leer el Fedro de Platón, para entender qué es el libro. Ya que el uso continuo de las cosas, hace que estas se gasten y vayan perdiendo un sentido de causa, un origen que sólo la historia de la tradición puede hacer que vuelva a arder. Para Ortega y Gasset, el siglo XIX fue un momento culmen para la historia del libro, "¿Qué ha pasado entretanto con los libros? Se han publicado muchos; la imprenta se ha hecho más barata. Ya no se siente que hay pocos libros; son tantos los que hay, que se siente la necesidad de catalogarlos" (p. 28). El libro como objeto es manifestación de conflicto, y manifestación del ser histórico construido por el tiempo.

En el principio fue el gruñido, luego la creación de la imagen. Y se desencadena la posibilidad de fijar lo dicho. Una supuesta desaparición del Caos que es solo aparente; porque en las palabras escritas hay borrones, se subraya, y se malentiende. Opera en el libro lo inconsciente, manifestado en el acto de escribir. Es un intento de hilar la oscuridad del pensamiento.

El culto mitraico: Implantación en Roma e Hispania y su influencia en el cristianismo

Marco Almansa Fernández



Imagen: Mithras and the bull, fresco from Temple of Mithras, Marino, Italy

Universidad Complutense de Madrid

ello, acudimos a las fuentes literarias cristianas así como los hallazgos arqueológicos que nos han llegado para conocer mejor el mitraísmo.

1. INTRODUCCIÓN

Este trabajo trata, brevemente, sobre el culto del mitraísmo, sus orígenes y las características de este culto considerado misterio. Además, se citará parte de la pugna contra el cristianismo en la búsqueda de una cuota religiosa para ocupar el espacio cultural. Sin embargo, descubriremos que la información sobre este tipo de cultos privados es realmente escasa, dado que no se permitieron dejar registros sobre el mismo. Para todo

2. DESARROLLO

El mitraísmo es un culto misterio procedente del Oriente Medio, en concreto de Irán en el II-I Milenio a. C. bajo la religión zoroastrista, que tenía como divinidad principal a Ahura-Mazda. Pero erraríamos si sólo nos quedáramos en este punto geográfico sin citar su otro origen, la India. Este culto indoíranio se irá

extendiendo por el Mediterráneo gracias a la participación de otro actor importante, el Imperio Romano. Y fue, precisamente, a partir del s. I d.C. cuando este nuevo culto se incorporó de forma definitiva en el panteón romano.

Tenemos constancia que en época de Pompeyo Magno, en un pasaje descrito por Plutarco (Pomp., XXIV.7) [1] —cuando pretendía, exitosamente, acabar con los piratas que operaban en la región anatólica de Cilicia (67a.C.)— se describe la existencia de la divinidad Mitra y de su culto profesado por dichos corsarios. Aunque, debemos ir al autor latino Estacio para encontrar los primeros indicios literarios de este culto en el Península Itálica (Tebaida, I. 719 ss.)[2] a finales del s. I d.C. Y no será hasta los años 392-395 d.C. cuando con el emperador Teodosio haga desaparecer todo culto mitraico, además del cultus deorum original romano, a favor del cristianismo.

Vamos a tratar los motivos por los que el mitraísmo ha viajado desde Oriente hasta posicionarse en lugares tan alejados como Hispania, norte de África y Britania. Y esto se debe, fundamentalmente, a dos factores sumamente importantes: el movimiento de tropas y el comercio.

En el primer caso, las distintas legiones a lo largo de la historia de Roma se fueron trasladando a diferentes regiones a medida que las campañas militares iban consiguiendo sus objetivos territoriales. Por ello, no era de extrañar que viéramos desplazamientos de tropas de un lugar a otro, lo cual no era sólo para la conquista de nuevos territorios,

sino también para la resolución de revueltas locales en donde era necesaria la participación del ejército para sofocarlas.

Seguramente, tendríamos que viajar a tiempos del emperador Nerón (54-68 d.C.) para conocer los primeros contactos con la región iranía y el culto mitraico. No quita que el Oriente fuera desconocido para los romanos, recordemos las campañas de Marco Licinio Craso contra los persas (55-53a.C.), entre otros conflictos en la zona.

Volviendo a la época nerónica, la pugna por el control de Armenia contra los partos estaba vigente y el movimiento de tropas y relevos fue constante, siendo los primeros momentos del culto mitraico en Italia. Después, se tendría más contacto con las Guerras Partas de Trajano a partir del año 113 d.C. Nuevamente, la disputa volvió a lo largo del s. II-III d.C. Las tropas, primero con Marco Aurelio y después con Septimio Severo, se trasladaron desde Oriente a Germania y viceversa, lo que facilitó que el culto mitraico se instalara en Europa, así como en Britania (también por el traslado de tropas debido a revueltas producidas por los britanos-romanos y al norte del muro de Adriano, los pictos).

En el norte de África a lo largo del s. II-III d.C. se dio un gran esplendor que empezó a decaer a partir de mediados del s. III d.C., lo que produjo un desplazamiento de tropas constantes, con la sucesiva instalación del culto mitraico durante este siglo.

En relación al ambiente comercial, rápidamente, cierto es que pudo tener

un peso sustancial en la expansión, sin embargo, no podemos encontrar registro arqueológico concreto sobre este factor. Aunque de forma indudable, el movimiento de familias a otras ciudades, la compartición de ideas entre personas, fue un factor muy a tener en cuenta, no sólo en el caso mitraico, sino en otros cultos o religiones místicas.

Debemos tener en presente que el culto mitraico encajó perfectamente con el aspecto militar, preferentemente masculino. Esto se debió a la estructura jerárquica en la que debían transitar los iniciados hasta alcanzar la última y séptima fase del escalafón mitraico, es decir, el pater. Del mismo modo, se puede extraer a la promoción militar por méritos que ocurría en el ejército romano. Por este motivo el culto arraigó de forma extensa dentro de las legiones que iban trasladándolo allá donde pasaban.

Ciertamente, no sabemos cómo se denominaban los distintos sacerdotes mitraicos, sin embargo, podemos intuir que adquirían el nombre según la fase que hubiesen alcanzado, de menos a mayor las indicamos. El iniciado sería designado Corax (Cuervo); Nymphus (Novio); Miles (Soldado); Leo (León); Perses (Persa); Heliodromus (Corredor del Sol) y Pater (Padre). Estos nombres y sus símbolos los podemos conocer gracias al Mitreum (lugar donde se practicaba el culto mitraico) de Ostia, en Italia. Porfirio (de Abstinentia, 4.16) afirmaba que los sacerdotes mitraicos podrían ser llamados “cuervos”, aunque esto, probablemente, sea una confusión con el grado de iniciación.

Para los mitraicos, su divinidad representaba el ciclo de la vida, esto es, el simbolismo de la vida hasta la muerte y el eterno retorno. Además, también prometía una especie de vida eterna en un Más Allá tras la muerte terrenal. De hecho, si nos fijamos en las representaciones de Mitra con la denominada Tauroctonía, observamos que en la esquina superior izquierda aparece el Sol, al otro lado la Luna. Por otro lado, en los laterales, aparecen las distintas fases o trabajos que podían haber realizado la divinidad para conseguir el toro blanco de sacrificio. En el interior de la escena aparecen, a ambos lados de Mitra, los gemelos Cautes (amanecer) y Cautómate (anochecer), lo que en su conjunto nos está queriendo narrar es el ciclo vital del día y de la vida. Toda esta escena está en el interior de una cueva, pues es el lugar donde se ocultó Mitra para el sacrificio taurobólico o, según otras versiones, donde nació esta divinidad. Y, es precisamente este suceso lo que influirá en la arquitectura de los diferentes mitreos, que imitarán la oscuridad de la cavidad, sin aperturas hacia el exterior, con la única iluminación de algunas antorchas o lucernas, como en Cabra (Córdoba), Lugo, Londres, Dura Europos (Siria), Roma, Germania o los Países Bajos.

Existen varios animales dentro de la imagen de la Tauroctonía, como un escorpión que pinza los testículos del toro o una serpiente que bebe la sangre junto a un perro, a los que se les atribuye un significado astrológico. Pero nos queremos fijar en el ave que aparece junto al Sol, un cuervo. Este animal servía de mensajero

entre la divinidad principal y Mitra, tal vez también entre el Pater y el resto de iniciados, siendo el Corax un ayudante-correo, tal como aparecen en Roma los veredarii, los mensajeros.

El mitraísmo tiene multitud de elementos sincréticos, es decir, de fusión o unión con otras divinidades. Por ejemplo, tenemos, tanto por parte de Europa y en Hispania, un sincretismo en Mitra-Mercurio y Mitra-Júpiter Dolichenus, o bien, se puede decir que al menos aparecen Mercurio y Júpiter dentro del espacio mitraico. También nos encontramos con un Mitra-Sol Invictus que será el culmen de las uniones, teniendo el mayor auge de culto con el emperador Aureliano en torno a los años 270-275 d.C. Y también, entre otros, como parte de lo comentado anteriormente, de su relación con el paso del tiempo y el ciclo de la vida, aparece un Mitra-Cronos como el que se encuentra en el Museo Arqueológico de Mérida (España). Además, se representan figuras leontocéfalas con una serpiente enroscada, significado, en este caso, del tiempo.

3. MITRAISMO Y CRISTIANISMO

Dado que existen multitud de semejanzas con el cristianismo o de éste con el mitraísmo, quisiéramos añadir precisamente un texto que indica este conflicto que ya sucedía en el s. III-IV d.C. Se trata de un relato de Justino Mártir, Primera disculpa , cap. 66:

Porque los apóstoles, en las memorias escritas por ellos, que

se llaman Evangelios, así nos han entregado lo que les fue ordenado; que Jesús tomó pan, y habiendo dado gracias, dijo: 'Haced esto en memoria de Mí, este es Mi cuerpo' y que, de la misma manera, tomando la copa y habiendo dado gracias, dijo: 'Esta es mi sangre'; y se lo dio a ellos solos. Que los diablos malvados han imitado en los misterios de Mitra, ordenando que se haga lo mismo. Porque, ese pan y un vaso de agua se colocan con ciertos encantamientos en los ritos místicos de uno que es siendo iniciado, o sabe o puede aprender.

Esto nos da una imagen, primero errónea, de quién adoptó o copió a quien. Pues era muy habitual en los cultos místicos, antes de la aparición del cristianismo, que nació con el mismo significado, que éstos realizaran ofrendas de pan, vino y ejecutaran banquetes de comunión y rituales de tránsito, como un bautizo o ceremonias similares.

Se celebraba el 25 de diciembre el nacimiento de Mitra, igual que otras divinidades como Horus, Saturno, Dionisio y Jesucristo, fecha nada baladí porque marcaba (actualmente también lo hace), el tránsito desde la noche más larga del año hacia el primer día en el que el nuevo sol hacía que los días durasen más y las noches menos. De allí viene precisamente esa imagen del Sol Invictus de Mitra o de un Jesús-Dios vencedor de las tinieblas.

De estas iniciaciones estaban excluidas las mujeres, quienes sí participaban en los cultos de Isis y Cibeles, entre otros, los cuales tuvieron gran

popularidad en Roma. Este fue un motivo por el que el mitraísmo no triunfó sobre el cristianismo, además de las prohibiciones teodosianas. Es decir, dado que, aunque ofrecía la posibilidad de una vida en el Más Allá al igual que el cristianismo, no permitía la participación femenina y por tanto, que las mujeres pudiesen beneficiarse del consumo alimentario. Por otro lado, el cristianismo intentó dar de comer a toda persona independientemente de su género o clase social, ya que la tendencia natural de las familias era, para obtener algo de alimento, depender del asistencialismo y la caridad de la comunidad cristiana, integrándose en ella.

Nota del autor: Para tener un panorama más amplio, es aconsejable visualizar el vídeo de la interesante charla que se realizó sobre este tema el día 1 de febrero de 2021, a través de las redes sociales de la Revista Virtual Quimera.

4. BIBLIOGRAFÍA

- CLAUS, M., (2000): *The Roman Cult of Mithras. The God and his Mysteries*, (trad. R. Gordon), Edimburg.
- CUMONT, F., (1987): *Las religiones orientales*, Madrid.
- ROMERO MAYORGA, C. (2016): *Iconografía mitraica en Hispania*. Universidad Complutense de Madrid. (tesis doctoral).
- RUBINO, C., , (2006): “Pompeyo Magno, los piratas cilicios y la introducción del Mitraísmo en el Imperio romano según Plutarco”, *Latomus*, 65. 4, pp. 915-927.
- SCHMIDT, H.P., (1978), “Indo-iranian Mitra Studies: The State of the central problem”, *Études Mithriaques, Acta Iranica*, vol. 17. Leiden, pp. 340-365.
- TURCAN, R., , (1993): *Los cultos orientales en el mundo romano*, Madrid.

[1] ζένας δὲ θυσίας ἔθνον αὐτοὶ τὰς ἐν Ὀλύμπῳ, καὶ τελετάς τινας ἀπορρήτους ἐτέλουν, ὃν ἡ τοῦ Μίθρου καὶ μέχρι δεῦρο διασώζεται καταδειχθεῖσα πρῶτον ὑπ' ἐκείνων.

[2] Te llames Mitra, y con rigor eterno tuerzas del toro el indomable cuerno.

Del emperador filósofo y la legitimidad de la sangre

Felix Alejandro Cristiá



Imagen: La coronación de Marco Aurelio, tapiz del Palacio de Malferit, Valencia.

¿Podría haber una pregunta que más despertara el interés por el pensamiento político que la de quién debería gobernar, o cuáles capacidades debe tener un buen gobernante?

En su diálogo Politeia (Πολιτεία, más conocido como *República*), Platón se entrega a la noble búsqueda de la Nación ideal y de su gobernante, aquel quien debe ser responsable de hacer lo que mejor le convenga al Estado por encima de los intereses individuales. A propósito de esto, Sócrates en el Libro III (Platón, *República*, 412b), nos dice:

—Entonces, si nuestros gobernantes

deben ser los mejores guardianes, ¿no han de ser acaso los más aptos para guardar el Estado?

—Efectivamente.

—Y en tal caso ¿no conviene que, para comenzar, sean inteligentes, eficientes y preocupados por el Estado?

—Sin duda.

Así bien, el filósofo ateniense opinará que el gobierno de la nación —que no debemos olvidar, es de carácter aristocrático— tendría que estar en manos de los que hayan adquirido

la capacidad de discernimiento, en otras palabras, quienes hayan alcanzado suficiente sabiduría, haber cultivado la prudencia y ejercitado constantemente el saber práctico; este es, en efecto, el gobernante-filósofo.

—A menos que los filósofos reinen en los Estados, o los que ahora son llamados reyes y gobernantes filosofen de modo genuino y adecuado, y que coincidan en una misma persona el poder político y la filosofía, y que se prohíba rigurosamente que marchen separadamente por cada uno de estos dos caminos las múltiples naturalezas que actualmente hacen así, no habrá, querido Glaucon, fin de los males para los Estados ni tampoco, creo, para el género humano [...]. (Platón, República, 472d)

No quedándose aquí el modelo del dirigente ideal, también se destaca de Platón la opinión de que los hijos e hijas de los ciudadanos deben ser “como hermanos y como hijos de la misma tierra” (República, 414e), es decir, que no fueran sucesores legítimos de alguna persona y de su patrimonio, sino hijos comunes de la pólis, para así enaltecer el orden político y el bien común, previniendo conflictos de intereses relacionados con la propiedad y la herencia. Ahora bien, ¿qué tanto se cumplió lo que defendía Platón? ¿Filósofos lograron gobernar naciones?

Siglo II, comprendiendo un período de expansión y esplendor a menudo referido como el “Siglo de oro”. Esta época da inicio en el año 96 con el emperador Marco Nerva, y finaliza en el 180 con la muerte de Marco Aurelio, aunque también se suele extender unos 16 años más con el reinado de Cómodo.

Lo peculiar de esta dinastía radica en que el poder del emperador no se transmitía por línea sanguínea; en ausencia de varones que pudieran heredar el mando, los emperadores adoptaban niños y designaban al sucesor de acuerdo a sus capacidades. Comenzando por Nerva, le siguieron Trajano, Adriano, Antonino Pío y Marco Aurelio. Niccolò Machiavelli, en el capítulo X del primer libro de Discursos sobre la primera década de Tito Livio, del que en el futuro le acuñarían la frase de los “cinco buenos emperadores”, estudia el gobierno de los romanos:

Verá, además, leyendo la historia de todos ellos, cómo se puede organizar bien un reino, pues todos los emperadores que sucedieron a su predecesor por herencia, excepto Tito, fueron malos, y los que lo hicieron por adopción, fueron todos buenos, como los cinco que van de Nerva a Marco Aurelio: y cayendo luego el imperio en mano de los herederos de éste, volvió a arruinarse. (Maquiavelo, 2015, pp. 73-74)

Los aciertos de esta dinastía comprendían: la expansión territorial y eficacia militar (Nerva, Trajano), delimitaciones y obras de defensa (Adriano), hasta el esfuerzo por mantener la estabilidad en el imperio

Los Antoninos

La dinastía Antonina es bien conocida, gobernó el imperio romano durante el

(Antonino Pío y Marco Aurelio). Este último, quien durante los primeros años de su mandato compartió el gobierno con Lucio Vero –también adoptado por Antonino–, dedicó parte de su tiempo a la filosofía, legándonos su libro *Cosas para mí mismo* (*Tὰ εἰς ἑαυτόν*), que a menudo se traduce como *Meditaciones o Pensamientos para mí mismo*, el cual escribía, según cuenta la historia, al final de los días de campaña militar del año 170. Esta obra seguramente no tenía la intención de fundar un paradigma educativo, sino que es resultado de una introspección.

Cabe señalar que no era la primera vez que el imperio romano había sido dirigido por un filósofo. Poco más de 100 años antes, Séneca gobernó de facto junto a Sexto Burro durante 8 años, ya que era el preceptor del legítimo heredero al poder quien, no obstante, era todavía un Nerón muy joven. Se suele decir que Trajano recordaba el gobierno de Séneca como el más justo hasta entonces, reduciendo impuestos indirectos y persiguiendo la corrupción de los gobernadores en las provincias.

«en una misma persona el poder político y la filosofía»

Marco Aurelio en sus *Pensamientos*, escritos en griego helenístico, destaca el sentido de responsabilidad, la austeridad y el culto a los ancestros. En la sección XVI del Libro I conmemora a las personas que marcaron su vida, por ejemplo, a quien fue su padre adoptivo por designio de Adriano:

De Tito Antonino, mi padre adoptivo:

ser clemente, pero inflexible en las sentencias dictadas [...]. Habría podido aplicársele lo que se dijo de Sócrates: que tenía la fuerza de privarse o de gozar indiferentemente de lo que la mayor parte de los hombres no puede ni carecer sin tristeza, ni poseer sin exceso.

Su pensamiento estoico influenciado por Epicteto exalta la imperturbabilidad del alma, el no temer a la muerte y concentrarse en el presente que es lo único que existe. La naturaleza en los estoicos tiende a seguir y justificar un orden, donde cada ciudadano –sus acciones o inacciones– debe aceptar lo que es (desde el esclavo hasta el patrício), y los intentos por cambiar el orden atentarían contra el universo mismo, Dios, la naturaleza; brindando cierta reminiscencia a la antigua Maategipcia.

Acuérdate de estas dos verdades: la una, que el teatro de la vida ha sido siempre idéntico, que todo evoluciona en un círculo, y que es indiferente ver los mismos objetos durante un siglo que durante dos, o por espacio de un tiempo ilimitado; la otra, que quien muere muy joven pierde tanto como quien ha vivido muchos años. Ambos pierden sólo el presente, por el hecho de que no podrían perder lo que no tienen. (Libro II, XIV)

Y por supuesto, sus reflexiones también fungían como consejos para todo aquel que, sabiéndose gobernar a sí mismo, podría gobernar una nación. La libertad se encuentra en la manera en que vivimos con la naturaleza, según cómo aceptamos lo que nos sucede. Su visión sobre la

vida, muerte y espiritualidad estaban estrechamente ligada a la voluntad y la austерidad, las cuáles había que controlar para garantizar el bien mayor: el bienestar del imperio, como nos dice en la sección XXII del Libro V: "Lo que no es perjudicial para la ciudad no lo es tampoco para el ciudadano. Ten por norma esta máxima siempre que creas que has recibido una ofensa".

En este momento se hace necesario recalcar que este emperador, así como otros pensadores de la antigüedad, no fue filósofo como se suele entender hoy en día. Recordando a Platón, el filósofo no debe dedicarse únicamente a la reflexión o a ejercer el poder. La gran mayoría de pensadores de la antigüedad griega clásica se entregaban a los gozos de la sabiduría en tiempos de ocio, antes de las academias y los liceos. Sócrates, Jenofonte y otros destacados admirados de su época fueron militares, y en casos como Esquilo -como se dice que mandó a colocar en su epitafio- sentían más dicha en ser recordados como guerreros que luchan por su patria que como autores. Así bien, muchos de ellos, e incluyendo a los romanos, antes de ser 'filósofos' debían ser servidores de la comunidad cívica.

¿El error del emperador filósofo?

Sin embargo Marco Aurelio, a diferencia de sus antecesores, sí tuvo descendencia, por lo que ocurrió al final lo que dictaba la tradición. A su muerte el poder pasó a manos de su hijo Lucio Cómodo, siendo el último de la dinastía, más sin embargo y

curiosamente, considerado uno de los peores emperadores de Roma. Este último Antonino, a diferencia de sus predecesores, fue criado con la convicción de que heredaría el poder; no tenía nada que asegurar, nada por lo que luchar ni por lo que competir, desembocando en un gobernante narcisista, populista y paranoico. La muerte de Cómodo inició un período de crisis en el imperio, donde aparecieron diversos aspirantes al trono y se intensificó la corrupción, llegando finalmente una etapa de militarización extrema; comienza el declive de Roma.

Siendo que, por cuestiones de 'naturaleza', los líderes de esta dinastía no tuvieron descendientes sanguíneos y tuvieron que seleccionar a su sucesor de acuerdo a sus capacidades pero que, sin embargo, sus labores fueron muy destacables en la historia romana, es pertinente la pregunta: ¿cuántos errores hubiera podido ahorrar la monarquía que se expandiría por el mundo si hubieran seguido con esta particularidad de los Antoninos, no como una consecuencia de la ausencia de heredero, sino como un método para cerciorarse de que gobernara alguien realmente competente? Pero la necesidad de preservar un legado propio normalmente tiene más peso que el bien común (y con ello la afrenta al servicio de la comunidad, y por ende al orden?).

De todas maneras, quizá no hubiese sido algo que le hubiera preocupado mucho al emperador y filósofo romano antonino, ya que el porvenir es siempre incierto y la naturaleza -verdadera regente- terminará imponiéndose.

¿Qué es lo único que puede facilitarle [al ser humano] su viaje en este mundo? La filosofía. Ésta consiste, pues, en velar por el dios que reside en su interior, de suerte que no reciba ni afrenta ni heridas, que no se deje arrastrar por los placeres ni por los dolores, que no haga nada a la ventura, que no emplee los embustes ni la hipocresía, que no cuente nunca con lo que otro haga o deje de hacer [...], en fin, que aguarde la muerte sin inquietud, no viendo en ella más que una disolución de los elementos que constituyen el organismo de todo ser vivo. Si estos elementos no sufren daño alguno al transformarse perpetuamente de un estado a otro, ¿por qué han de inspirar desconfianza y temor? (Libro II, XVII)

En el año 176 –cuatro años antes de su muerte– Marco Aurelio hizo una visita a la ciudad de Sócrates, donde fundó una escuela que impartiría las “Cuatro cátedras de filosofía” y, persuadido por el orador griego Elio Aristides –aunque motivado por intereses quizás más políticos que filantrópicos–, mandó a reconstruir la ciudad de Esmirna, saqueada por los Costobocios años antes, y se convirtió en benefactor del templo de Eleusis donde se inició en sus misterios. Se podría decir que llegó a cumplir en gran medida aquellas conjeturas de las que se ocupó Platón mediante la evocación de su querido maestro: que fuera un filósofo –entendido como un hombre completo– quien liderara una nación.

No esperes jamás poder establecer la república de Platón. Conténtate si consigues hacer a los hombres un poco mejores. (Marco Aurelio, Pensamientos, Libro IX, XXIX)

Lamentablemente, el tiempo no pudo vencer a los tradicionalismos que tarde o temprano se imponían; la monarquía y la oligarquía seguirían tirando de la historia, legitimando el poder de la sangre y repitiendo sus errores.

Bibliografía:

Cortés, J. (1998). “Marco Aurelio, benefactor de Eleusis”. Gerión, no. 26, 1998, Servicio de Publicaciones, Universidad Complutense, Madrid.

Marco Aurelio (2017). Pensamientos para mí mismo. Traducción de Joaquín Delgado. Errata Natura.

Maquiavelo, N. (2015). Discursos sobre la primera década de Tito Livio. Traducción de Ana Martínez Arancón. Alianza.

Platón (1988). Diálogos IV. República. Traducción de Conrado Eggers Lan. Gredos.

Séneca (2014). Sobre la firmeza del sabio. Sobre el ocio. Sobre la tranquilidad del alma. Sobre la brevedad de la vida. Alianza.

Reseña



Viaje al interior del mito (reseña) por Leopoldo Orozco y descarga gratuita de “Anábasis, antología de narrativa fantástica y ficción histórica”

Leopoldo Orozco

Anábasis, palabra sonora y misteriosa, viene del término griego Ἀνάβασις, que designa una expedición tierra adentro, desde la costa. Dos obras notables, provenientes de momentos muy diferentes en la historia humana, han llevado este ilustre nombre: la primera, de Jenofonte, es la crónica de la marcha de los diez mil guerreros de Ciro el Joven desde las costas del mar Egeo hacia las entrañas desconocidas de Persia, y de vuelta; la segunda, obra del francófono Saint-John Perse, es “el poema de la soledad en acción”, un viaje simbólico del ser humano hacia dentro de sí mismo, como si el mundo que nos rodea fuera esa proverbial costa y nuestro mundo interior fuera la tierra que anhelan conquistar los soldados de Ciro.

El título con el que Victoria Marín Fallas ungíó a esta antología de narraciones no es casualidad: la compiladora propone, sí, toda una anábasis, un viaje tierra adentro. ¿Cuál es la tierra en la que nos adentramos?, preguntarán. Se responde: el nuevo territorio que descubrimos es el de la historia y del mito. Estos dos conceptos, aunque de entrada puedan parecer antitéticos, subsisten

gracias a las correspondencias que se dan en el espacio que, aparentemente, los dividen.

La antología comienza con relatos ubicados en nuestra contemporaneidad: la costa que compartimos todos, el mar que vive y que respira al mismo tiempo que nuestros pechos. El fantasma de un monarca prehispánico observa el mundo (el nuestro) cambiando alrededor suyo; una joven es salvada de la violencia de un macho obtuso por un espíritu que, de tan estigmatizado, se creería terrible; una aparición es presenciada al lado de la carretera. Poco a poco, el misterio del tiempo agita su túnica hacia adelante, caminando de espaldas. Nos obliga a seguirlo, fascinados. Abandonamos las barcas que se mecen todavía con las olas.

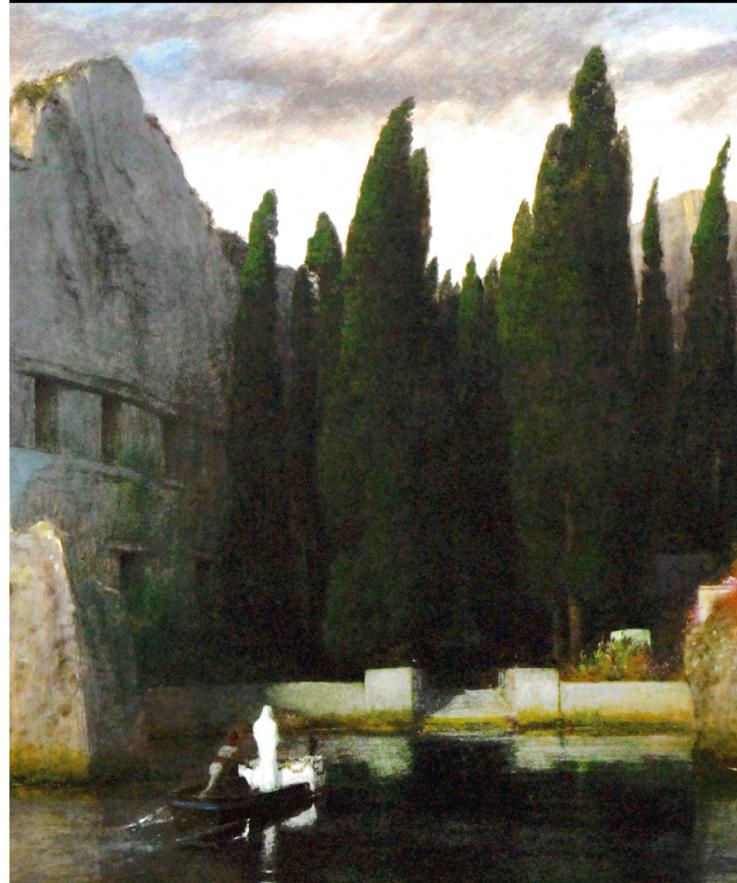
Entramos a la Edad Moderna: vemos el baile sensual de Lucrezia Borgia a través de los ojos de un pintor que no sale de su asombro. Vuela como un soplo brevísimos. La Edad Media ofrece más enigmas: presenciamos la tortura que no logró arrancar a Fray Bérenguer de Lacroisille su más íntimo secreto; el andamiaje detrás de la

historia concerniente a cierto músico y su cohorte de roedores; el final tragicómico de un rey que se deshace poco a poco, por designio de un Dios al que intenta vengar de los infieles. Inmediatamente nos sumergimos en las dunas de la edad antigua: una cuidadosa recreación, a través de los susurros de una voz regia encerrada en una torre de arena, del imperio asirio.

Como último paso, llegamos a ese lugar que, de tan lejano, nos parece salido de otro mundo, como si hubiéramos irrumpido en otro modo de realidad: el Tiempo Mítico. De caminar tanto detrás de esa sombra, llegamos a otro mar desconocido. Aquí viven dioses y monstruos, llegamos al país en el que habitan los seres de las leyendas que oíamos de niños, y que oyeron, a su vez, los niños egipcios, y los griegos, y los vikingos, congregados alrededor del fuego (pues bien decía Cortázar que todos los fuegos son y han sido el mismo). Al final de este viaje, después de disfrutar estos y muchos más relatos, ¿qué encontramos? ¿Cómo afrontamos esta visión transversal de la historia, de las historias? ¿Qué hacemos, como aquél personaje de Borges al estar frente al Aleph, al momento de poder verlo todo? ¿Regresamos exhaustos a nuestras barcas, que nos esperan lívidas sobre aguas conocidas, o nos sumergimos en ese nuevo mar que espera ser nombrado, para ver qué hay detrás de sus olas? Esta antología es un intento extraordinariamente bien logrado de dar a esa pregunta una respuesta: la hallaremos dentro nuestro al terminar de leerla.

ANÁBASIS

ANTOLOGÍA DE NARRATIVA FANTÁSTICA
Y FICCIÓN HISTÓRICA



Compiladora Victoria Marín

ISBN (IMPRESO): 978-9930-582-32-9

ISBN (PDF): 978-9930-582-33-6

DESCARGA ANÁBASIS,
ANTOLOGÍA DE NARRATIVA
FANTÁSTICA Y FICCIÓN
HISTÓRICA



Revista Virtual Quimera es un proyecto independiente con intereses culturales y educativos que pretende difundir arte y conocimiento; no solo en línea, sino también por medio del cumplimiento de actividades que involucren a los miembros de nuestras comunidades sin distinción.

Los ejes de nuestro trabajo son la literatura, la historia, el folclore en general, el mito y la herencia de las culturas antiguas. Por esta razón seleccionamos textos y desarrollamos temas que permiten demostrar la pervivencia y la función de estos elementos en nuestra sociedad.

Sin embargo, la voces que se reúnen en nuestro espacio no tienen como objetivo perpetuar un canon o imponer una visión tradicionalista de la vida y el arte, por el contrario, su diversidad brinda herramientas para analizar el entorno e identificar los componentes de la genética cultural del ser humano en la actualidad, esto en aras de la de-construcción y reconstrucción del pensamiento y de la producción humana.